

TROYA Y LA ODISEA

5º

Parte I

De cómo Telémaco, el hijo de Odiseo, fue inducido a un viaje en busca de su padre y de cómo escuchó la historia de Troya contada por Menelao y Helena.

Esta es la historia de Odiseo, el más conocido héroe de Grecia, sus luchas y sus viajes, cantada por los poetas. Comienza esta historia con su hijo, el joven llamado Telémaco.

Cuando Telémaco era un niño de apenas un mes, llegó a Ítaca un mensajero enviado por el Gran Rey Agamenón, rogándole a Odiseo que se uniera a los reyes y príncipes de Grecia que estaban por iniciar una guerra contra Troya. El sabio Odiseo, previendo los desastres que sobrevendrían a aquellos que se comprometieran con esa guerra, estaba renuente a ir; de modo que cuando el mensajero de Agamenón llegó a la isla de Ítaca, donde Odiseo era Rey, pretendió estar loco. Y para que el mensajero Palámedes creyera que en verdad estaba loco, Odiseo hizo algo que ningún hombre había visto hacer antes: tomó un burro y un hacha y los enyugó juntos a un mismo arado y empezó a arar la tierra. Cuando tuvo arado un surco lo sembró, pero no con semillas que pudieran crecer, sino con sal. Cuando Palámedes lo vio haciendo esto, casi llegó a pensar que Odiseo estuviera realmente loco. Para comprobarlo, tomó a su hijo Telémaco y lo colocó en la tierra donde debía pasar el arado. Pero al llegar Odiseo al lugar donde yacía Telémaco, desvió el arado, mostrando de este modo que no estaba loco. Así fue como a Odiseo no le quedó más que aceptar las órdenes del Rey Agamenón. Y la orden de Agamenón era que Odiseo partiera a Aulis donde se estaban reuniendo los barcos de los reyes y príncipes de Grecia. Pero antes debía ir a otro país en busca del héroe Aquiles y persuadirlo de que también luchara en la guerra contra Troya.

Odiseo se despidió de su hijito Telémaco, de su joven esposa Penélope, y de su anciano padre Laertes. Se despidió de su casa y de las tierras de Ítaca. De las que él era Rey. Reunió un consejo con los principales hombres de Ítaca y les encomendó el cuidado de su mujer, de su hijo y de todas sus pertenencias. Reunió a sus marineros y soldados y partió en su nave.

Pasaron los años y Odiseo no regresaba. No fue sino al cabo de diez años que los reyes y príncipes de Grecia lograron tomarse la ciudad de Troya, terminando de este modo con la amenaza de guerra. Pero Odiseo no regresaba. Los bardos regresaban a Ítaca contando historias sobre la muerte o el regreso de los héroes que habían luchado en la guerra contra Troya. Pero ningún bardo traía noticias de Odiseo, ni de su muerte, ni de su aparición en algún país conocido por los hombres.

Pasaron diez años más. Ahora el joven Telémaco había crecido y era un joven fuerte y decidido.

II

Un día, mientras el joven Telémaco estaba sentado y triste en casa de su padre, vio a un extranjero llegar hasta las rejas de su casa. Había muchos cortesanos en el patio exterior, pero ninguno se acercó a recibir al recién llegado. Entonces, como él nunca permitía que un extranjero permaneciera en la reja sin apurarse a darle la bienvenida -porque también tenía esperanzas que algún día alguien le trajera noticias de su padre- Telémaco se levantó de su asiento, atravesó el salón y el patio llegando hasta la reja donde esperaba el extranjero.

"Bienvenido a la casa de Odiseo" -dijo Telémaco, dándole la mano. El extranjero se la tomó dándole un amistoso apretón de manos.

"Yo te agradezco Telémaco por tu bienvenida" -dijo- "y me da mucha alegría de entrar a la casa de tu padre, el famoso Odiseo".

El extranjero parecía ser el capitán entre sus soldados. Sus ojos eran grises claros y brillaban maravillosamente. En su mano llevaba una gran lanza de bronce. Él y Telémaco cruzaron juntos el patio y entraron al salón. Después que el extranjero dejó la lanza en el recinto para las armas, Telémaco lo hizo pasar a un lugar tranquilo donde no había visitas, lo invitó a sentarse en una alta silla y colocó un piso para que apoyase los pies.

Afuera había muchos cortesanos y Telémaco no iba a permitir que su huésped fuera perturbado con preguntas o con alabanzas. Una criada trajo agua para que se lavara las manos y la vertió desde un jarro de oro a un lavatorio de plata. Luego la ama de casa colocó una mesa pulida a su lado donde puso el pan de trigo y muchos

Sabrosos bocadillos. Otros sirvientes trajeron platos con carne y copas de oro donde luego sirvieron el vino.

Pero los sirvientes que atendían a Telémaco y a su huésped fueron interrumpidos por una muchedumbre que en ese momento entró al salón. Haciendo ruido las visitas se sentaban a la mesa y ordenaban su comida a gritos. Los criados corrían llevándoles grandes fuentes de carne y jarras de vino. Los hombres comían, bebían y hablaban en voz alta entre ellos y no le quitaban la vista al extranjero que se había sentado con Telémaco.

"¿Hay una fiesta de matrimonio en tu casa?" -preguntó el extranjero- "¿o es que los hombres de Ítaca se reúnen aquí para conversar y tomar?".

El rostro de Telémaco enrojeció de vergüenza. "No hay ninguna boda aquí" dijo- "ni los hombres de Ataca se juntan aquí entre ellos para beber. Como parece ser muy sabio y eres respetuoso hacia el nombre de mi padre, te contaré quiénes son estos hombres y por qué perturban esta casa".

Luego le contó Telémaco que su padre aún no había regresado de la guerra de Troya aunque ya habían pasado diez años desde que la ciudad había sido tomada por los que habían partido con él.

"Caramba" -dijo Telémaco- "debe haber muerto en su viaje de regreso hacia acá y sus huesos deben yacer en algún estrecho o canal desconocido del océano. ¡O quizás murió en la guerra con Troya! Aunque si esto hubiese ocurrido, los reyes y príncipes tendrían que haberle hecho una tumba digna de su nombre y de sus hechos heroicos; y así ahora su recuerdo sería reverenciado

entre los hombres, y yo, su hijo, tendría un nombre y no estaría siendo pisoteado por hombres como los que ves aquí, hombres que se banquetean y dan órdenes en la casa de mi padre y derrochan los bienes que él acumuló".

"¿Pero por qué están aquí?" -preguntó el extranjero.

Telémaco le respondió a esto también. Le contó que cuando hubieron pasado siete años desde la caída de Troya y Odiseo aún no regresaba, hubo los que pensaban que había muerto y que nunca más sería visto en tierras de Ítaca. Luego, muchos de los jóvenes lores de la tierra pretendían que Penélope, la madre de Telémaco, se casara con uno de ellos. Llegaban a la casa a ofrecerle matrimonio. Pero ella, llorando la ausencia de Odiseo y siempre esperando su retorno, no respondía a los lores. Ya por tres años venían a la casa de Odiseo a cortejar a la mujer que él había dejado.

"Colocan a mi señora madre en dos terribles alternativas" -dijo Telémaco: "o prometer casarse con uno de ellos, o permitirles derrochar las riquezas de la casa. Aquí vienen y comen el pan de nuestros campos, matan los animales de nuestros rebaños y beben el vino que en otros tiempos mi padre guardaba y recargan a nuestros sirvientes con sus órdenes".

Luego que Telémaco contó todo esto al extranjero, levantó su cabeza y mirándole a los ojos y le dijo:

"Oh, huésped mío, la sabiduría y el poder brillan en tus ojos. Háblame ahora y dime qué debo hacer para salvar la casa de Odiseo de la ruina. Y dime también si crees que es posible que mi padre esté aún con vida".

El extranjero lo miró con sus claros, maravillosos y brillantes ojos grises y le preguntó:

"¿Eres realmente el hijo de Odiseo?"

"Verdaderamente, soy el hijo de Odiseo" -dijo Telémaco.

"Cuando te miro y observo tu cabeza y tus ojos, sé que tu cabeza y tus ojos son como los que tenía Odiseo." -dijo el extranjero- "Bien, siendo hijo de tal hombre y de una mujer como Penélope, seguro que tu espíritu encontrará el modo de deshacerte de esos pretendientes que están destruyendo tu casa".

"Bien" -dijo Telémaco- "tu mirada y tus palabras me hacen sentir preparado para la tarea de enfrentarlos".

"Yo creo que Odiseo, tu padre, no ha desaparecido de la tierra" -dijo el extranjero- "aún puede llegar al hogar venciendo obstáculos y peligros. Pero debes averiguar más acerca de él. Escúchame atentamente ahora y te diré lo que debes hacer. Mañana reúne un consejo con los principales hombres de Ítaca, ponte de pie en ese consejo y declara que ha llegado el momento en que los pretendientes que gastan tus riquezas regresen cada uno a su casa. Después que se verifique el consejo, haré que viajes para buscar información sobre tu padre, para que averigües si todavía está con vida y dónde se podría encontrar. Anda primero a Filos, al hogar de Néstor, ese viejo rey que estuvo con tu padre en la guerra de Troya. Pide a Néstor que te dé cualquier información que tenga sobre Odiseo. Luego de Filos anda al hogar de Menelao y Helena, y pide también a ellos información sobre tu padre. Y si averiguas que pudiera estar vivo, regresa. Te será fácil soportar aún un año más los derroches de los pretendientes. Pero si te informaran que verdaderamente tu padre, el valiente Odiseo, ha muerto, regresa y levanta en tu propio país un gran túmulo funerario y sobre éste celebra todas las ceremonias fúnebres en su honor. Entonces

permite a tu madre elegir un buen hombre con quién casarse, sabiendo que Odiseo jamás regresará al hogar. Después de eso sólo quedará una cosa más por hacer. Tendrás que castigar a aquellos pretendientes que han estado destruyendo el patrimonio de tu padre y que insultan a esta casa con su presencia. Y cuando todo esto quede hecho, tu, Telémaco, estarás libre para buscar tu propio destino. Te elevarás a la fama, porque observo que eres hermoso y fuerte, y lo más probable es que seas un hombre sabio y valiente. Pero ahora yo tengo que despedirme pues debo seguir mi viaje".

El extranjero se paró de la silla en que estaba y salió con Telémaco atravesando el salón hasta llegar a la reja exterior. Telémaco dijo: "Lo que me has dicho, no lo olvidaré. Pues sé que me has hablado con un corazón sabio y pleno de amistad, como un padre a su hijo".

El extranjero le dio un apretón de manos y cruzó la reja. Y entonces, mientras Telémaco lo miraba alejarse lo vio cambiar de forma. Primero se transformó en una mujer alta y hermosa cabellera y con un lanza de bronce en la mano. Y luego la forma de mujer cambió nuevamente. Se transformó en una gran águila marina, que con grandes alas se levantó y voló muy alto por los aires. Telémaco supo entonces que su visitante era un ser inmortal y no otro que la diosa Atenea, que había sido amiga de su padre.

III

Cuando Telémaco regresó al salón, los que allí estaban festejando habían dejado de lado las copas y habían llamado a Femius, el bardo, para que les cantara alguna historia que los entretuviera. Y cuando Telémaco pasó entre ellos uno de los cortejantes dijo a otro: "El huésped que estuvo aquí ha dicho algo a Telémaco que lo ha hecho cambiar. Nunca antes lo vi mantenerse tan orgullosamente. Quizás le ha hablado sobre el regreso de su padre, el famoso Odiseo".

Al llegar Femius los pretendientes de Penélope le pidieron que cantara una historia, y el bardo, en floridos versos empezó a cantar la historia del regreso de los reyes y príncipes desde Troya, y de cómo algunos dioses y diosas les habían puesto dificultades al abandonar la ciudad que habían conquistado. Cuando el bardo empezó su historia, Penélope, la madre de Telémaco, bajó las escaleras con dos criadas, una a cada lado. Escuchó lo que el bardo cantaba y se quedó ensimismada en su dolor, colocándose el velo sobre el rostro. "Oh Femius" -le imploró llorando- "¡cesa ese canto que destroza mi corazón, esa historia me trae penas y me deja desconsolada todos mis días! Oh Femius, ¿no conoces otra historia de hombres y dioses que puedas cantar para deleitar a mis nobles pretendientes?".

El bardo habría dejado de cantar al oír estas palabras, pero Telémaco ya se había dirigido a donde estaba de Penélope y le decía:

"Mi señora madre ¿por qué no dejas que el bardo deleite a tus admiradores con los cantos que su espíritu lo mueve a darnos?. No es culpa de él si canta cosas que son tristes para nosotros. En cuanto a ti, madre mía, debes aprender a soportar esta historia, porque será cantada extensamente y por mucho tiempo. Y tú no eres la única que está afectada; muchos otros hombres, además de Odiseo, no han podido disfrutar los felices días del regreso al hogar después de la guerra de Troya".

Penélope miró con sorpresa al joven que le hablaba con tanta sabiduría. ¿Era éste realmente

el Telémaco que antes no se atrevía a levantar la cabeza? Cuando volvió a mirarlo vio que llevaba su cabeza alta y orgullosamente, esa cabeza que tanto se parecía a la de Odiseo. Vio que su hijo era ahora realmente un hombre. Penélope no le dijo ni una palabra, porque un nuevo pensamiento había llegado a su mente. Se dio vuelta en la escalera, y con sus dos criadas regresó a la cámara donde estaba su telar y lanzaderas. Mientras ella subía las escaleras alejándose de sus pretendientes, éstos murmuraban que ella pronto debería elegir a uno de ellos como esposo. Telémaco se volvió hacia los que estaban en torno a las mesas y les dijo:

"Pretendientes de mi madre, tengo algo que decides".

"Por los dioses, joven" -dijo uno- "debes decirnos primero quién era el que te ha hecho sentirte tan grande y orgulloso como para dirigimos un discurso".

"Seguramente" -dijo otro- "el que ha hecho eso es el extranjero que estaba con él. ¿Quién era? ¿Por qué vino aquí y de qué tierras dijo que era?".

"¿Por qué no se quedó para que lo pudiéramos ver y hablar con él?" -dijo otro de los pretendientes.

"Estas son las palabras que quiero decirles. Festejemos ahora en paz, sin ninguna riña entre nosotros y escuchemos las historias que el bardo nos cante. Pero mañana tengamos un consejo con los principales hombres de esta isla de Ítaca. Yo iré al consejo y hablaré ahí. Pediré que abandonen esta casa que es nuestra y que festejen con lo que ustedes mismos hayan reunido. Dejemos que los hombres más sabios juzguen si lo que habré dicho ha sido correcto o no. Si ustedes no ponen atención a lo que voy a decir abiertamente en el Consejo frente a los sabios ancianos de nuestra tierra, entonces será de su propia responsabilidad lo que les suceda".

Todos los pretendientes estaban maravillados de que Telémaco hablara así, con tanta entereza. Y uno dijo: "Porque su padre, Odiseo, fue rey, este joven cree que va a ser rey por herencia. ¡No le permita Zeus nunca ser rey!".

Entonces dijo Telémaco, "Si el dios Zeus desea que yo sea rey, estoy dispuesto a tomar el reino de esta tierra de Ítaca con todos sus problemas y peligros", y al decir esto Telémaco realmente parecía un rey.

Pero se sentaron en paz y escucharon cantar al bardo. Cuando empezó a anochecer, los pretendientes dejaron el salón y cada uno se fue a su casa. Telémaco se levantó y se fue a su dormitorio. Delante de él marchaba la anciana que lo había cuidado desde niño, Euriclea era su nombre. Llevaba dos antorchas encendidas para alumbrar el camino. Cuando llegaron a su dormitorio Telémaco se sacó el abrigo y lo colocó en manos de Euriclea, que lo desdobló y colgó en un gancho al lado de la cama. Luego salió y cerró la puerta con su mango de plata y empujó hacia adentro el gancho que aseguraba la puerta. Toda la noche la pasó Telémaco envuelto en su manta de lana pensando en lo que diría en el consejo al día siguiente, en la diosa Atenea y lo que ésta, bajo la forma de extranjero, le había dicho que hiciera, y en el viaje que haría en el futuro para ver a Néstor en Filos y a Menelao y Helena en Esparta.

IV

Tan pronto como amaneció, Telémaco se levantó de la cama, se vistió, amarró sus sandalias en sus pies, colgó su afilada espada en su hombro y tomó en su mano la lanza de bronce. Partió

así al lugar donde se reuniría el Consejo al aire libre con sus dos rápidos lebreles a su lado.

Los principales hombres de la tierra de Ítaca ya se habían reunido para el consejo. Cuando estuvieron seguros que habían llegado todos, el hombre de más edad entre ellos, el Lore Egiptus, se levantó y empezó a hablar. Él tenía cuatro hijos, dos de ellos aún vivían con él y le ayudaban a atender sus campos, pero otro, de nombre Eurinomus, formaba parte de la corte de pretendientes de la madre de Telémaco. Egiptus tenía otro hijo; había ido en el barco de Odiseo a la guerra de Troya y Egiptus sabía que había perecido en el viaje de regreso. Siempre penaba por su hijo, y al pensar en él mientras hablaba, se le llenaban los ojos de lágrimas.

"Nunca desde que Odiseo nos ordenó juntarnos antes que tomara su barco para ir a la guerra de Troya, nos habíamos vuelto a reunir en consejo" dijo. "¿Por qué nos hemos reunido ahora? ¿Alguien ha tenido noticias del regreso de Odiseo? Si es así que el dios Zeus le dé buena suerte a quien nos traiga tan buenas noticias".

Telémaco estaba feliz con el bondadoso discurso del anciano. Se levantó para hablar y el heraldo puso un bastón en su mano en señal de que fuera escuchado con atención. Entonces habló Telémaco dirigiéndose al anciano Lore Egiptus.

"Les voy a decir quién es el que ha llamado a los hombres de Ítaca para que se reúnan en consejo y con qué objeto." -dijo- "Respetado Lore Egiptus, yo he llamado a esta reunión, pero no porque tenga noticias sobre el regreso de mi padre, el famoso Odiseo, ni porque yo vaya a hablarles sobre asuntos de nuestro país. No. Voy a hablarles a todos ustedes porque sufro y me siento abatido; yo, cuyo padre reinó sobre ustedes y fue querido por todos ustedes. Odiseo está ausente de Ítaca hace tiempo y me temo que no vaya a regresar nunca. Ustedes han perdido a su rey, pero pueden elegir a otro rey que los dirija. Yo he perdido a mi padre y no tendré otro padre en el resto de mis días. Y no es ésta mi única pérdida, como les mostraré, hombres de Ítaca".

"Por tres años mi madre ha sido presionada por hombres que vienen a exigirle se case con uno de ellos. Día tras día llegan a nuestra casa, matan y devoran nuestro ganado y derrochan el vino que había sido guardado para el regreso de mi padre. Derrochan nuestros bienes y riquezas. Si yo ya fuera un adulto, defendería mi casa de esto. Pero por el momento, no puedo hacerlo, tengo que soportar y ver cómo nuestra casa y riquezas están siendo destruidas".

Así habló Telémaco, y cuando terminó su discurso, Antínoo, que era uno de los pretendientes, se levantó.

"Telémaco" -dijo- "¿por qué tratas de avergonzarnos de esta manera? Les digo a todos los presentes que no somos nosotros, sino tu madre la culpable de lo que pasa. Nosotros, sabiendo que su esposo Odiseo ya no está vivo, le hemos pedido que sea la esposa de uno de nosotros. No nos ha dado una respuesta honesta. En cambio, ha puesto su mente en algo para mantenemos siempre a la espera".

"Contaré al Consejo en qué consiste este algo. Penélope tiene un gran telar en su casa y empezó a tejer una gran tela. A cada uno de nosotros nos ha mandado un mensaje diciendo que cuando termine de tejer esta tela elegiré un esposo entre nosotros. Laertes, el padre de Odiseo, vive solo en compañía de alguien que lo cuida vivo o muerto, nos dice ella. Debo tejer un sudario contra el tiempo que le quede de vida. No me molesten mientras estoy ocupada con esto. Porque si llegara a morir y no tuviera un sudario para envolverlo, todas las mujeres de esta tierra me culparían a mí".

"No hemos sido opresivos con ella y hemos dejado a Penélope tejer su tela. Y los meses han pasado y la tela no se termina de tejer. Pero hemos escuchado de una de sus sirvientas cómo Penélope trata de terminar la tela. Lo que teje de día lo deshace de noche. Por lo tanto, nunca se terminará de tejer, y así trata de burlarse de nosotros".

"Ha ganado el apoyo de la gente al hacer esto. Qué sabia es Penélope al hacer esto, dicen. Que se quede contenta con su treta y nos deje solos. Nosotros también tenemos nuestra treta. Viviremos en su casa, comeremos y beberemos allí y daremos órdenes a sus sirvientas y veremos qué es lo que la satisface más: darnos una respuesta o dilapidar la fortuna de su casa. En cuanto a ti, Telémaco, tengo estas palabras que decirte. Saca a tu madre de la casa de tu padre y llévala a casa de su padre, Icaros. Dile a Icaros que la dé en matrimonio al que ella elija entre nosotros. Has esto y no habrá más derroche en la casa que será tuya".

Entonces Telémaco se levantó y dijo: "Nunca voy a sacar a mi madre de la casa que le dio mi padre. Abandonen la casa de mi padre o, como se los digo ahora, llegará el día en que la maldición caerá sobre ustedes por su insolencia".

Y mientras Telémaco hablaba, dos águilas volaron desde la cumbre de la montaña al lugar donde estaba el consejo. Dieron vueltas mirando a la gente con la destrucción en sus ojos. Se hirieron una a otra con sus espolones y luego volaron lejos de la ciudad.

Un anciano que estaba allí, llamado Halisterses, experto en los significados de las aves, le dijo a los que lo rodeaban lo que significaba el combate de las águilas en el aire: "Odiseo" -dijo- "no está lejos de sus amigos. Regresará, y su regreso significará aflicción a los que insultan su casa. Ahora, que terminen sus fechorías". Pero los pretendientes sólo se reían del anciano, y le decían que se fuera a su casa a profetizar a sus niños. Luego se paró otro anciano llamado Mentor, quien había sido amigo y compañero de Odiseo. Habló al consejo diciendo:

"Nunca más un rey debe ser generoso, porque generoso y gentil fue para ustedes el rey Odiseo. Y ahora su hijo les pide ayuda y ustedes no se apuran a dársela. No me aflige tanto que estos pretendientes derrochen sus bienes como ustedes lo hacen y nadie se pare a impedirlo, sino que lo sigan haciendo con peligro de sus propias cabezas. Porque una maldición caerá sobre ellos. Lo digo y repito a ustedes delante del consejo: ustedes son muchos y los pretendientes son pocos: ¿Por qué no los hacen salir de la casa de Odiseo?"

Pero nadie del consejo tomó la defensa de Telémaco, Halisterses y Mentor; tan poderosos eran los pretendientes y tanto les temían los hombres del consejo. Los pretendientes miraron a Telémaco y a sus amigos con burla. Entonces, por última vez se levantó Telémaco y habló al consejo.

"He hablado en el consejo y los hombres de Ítaca saben, y los dioses saben las cosas correctas y erradas de mi caso. Todo lo que pido de ustedes ahora es que me den un barco rápido con veinte jóvenes como tripulación de modo que yo pueda ir a Filos y a Esparta a buscar información sobre mi padre. Si averiguo que está vivo y que regresará, podré soportar otro año en casa y someterme a lo que ustedes hacen allí".

Aún frente a este discurso se burlaron. Uno de ellos, de nombre Leocritus, dijo:

"Aunque Odiseo estuviera vivo y regresara a su propio salón, eso no nos asustaría. Él es uno y nosotros somos muchos, y si él luchara con aquellos que lo sobrepasan en número, entonces que la desgracia caiga en su propia cabeza. Y ahora, hombres del consejo, dispérsense y que vaya

cada uno a su casa, y déjenlos que Mentor y Halisteres ayuden a Telémaco a conseguir su barco y su tripulación".

Leocritus dijo eso sabiendo que Mentor y Halisteres eran ancianos y tenían pocos amigos, y que nada podrían hacer para ayudar a Telémaco a conseguir su barco. El consejo se dispersó y todos se retiraron. Pero los pretendientes se fueron juntos de vuelta a la casa de Odiseo.

V

Telémaco salió solo y caminando por su cuenta hasta que llegó a la orilla del mar. Hundió su mano en el agua y oró, diciendo: "Oh diosa Atenea, tú que viniste ayer al salón de mi padre, he tratado de hacer lo que me dijiste; sin embargo, los pretendientes de mi madre me impiden tomar un barco para ir en búsqueda de noticias sobre mi padre".

Habló en oración y entonces vio a uno que se parecía al viejo Mentor caminando hacia él. Pero por sus ojos grises, claros, maravillosamente brillantes, supo que no se trataba de otra persona sino de la diosa Atenea.

"Telémaco" -dijo ella- "si tú realmente tienes una gota de la sangre de tu padre en ti, o una porción de su espíritu, si tú eres como era él, listo para cumplir con la palabra como con el trabajo, tu viaje no será en vano. Si tú eres diferente de lo que él era, no tengo esperanzas que cumplas tus deseos. Pero he visto en ti algo de la sabiduría y el valor de Odiseo. Escucha entonces mi consejo y has lo que te digo. Regresa a la casa de tu padre y quédate por un tiempo con los pretendientes, y junta grano y harina de cebada y vino en jarras, y mientras tu haces todo eso, yo juntaré una tripulación para tu barco. Hay muchos barcos cerca de Ítaca. Elegiré el mejor, lo aperaremos rápidamente y lo lanzaremos al océano".

Cuando Telémaco escuchó esto, no tardó más y se fue a casa, se quedó con los pretendientes, y cuando hubo hablado con ellos, bajó a la bóveda. Era una espaciosa sala llena de oro, bronce y cajas con ropas y toneles de vino. Las puertas de esta bóveda permanecían cerradas noche y día, y Euriclea, la nodriza que había cuidado a Telémaco cuando era niño, guardaba el lugar. Ella llegó hasta él, y él le dijo:

"Mi querida Euriclea, solo tú debes saber lo que voy a hacer ahora, y debes jurar no contárselo a mi madre hasta doce días después: lléname doce jarras de vino, mide doce medidas de harina de cebada en bolsas de cuero bien cerradas. Júntalas todas para mí, y cuando mi madre se vaya a los aposentos de arriba, veré que se las lleven. Yo voy a Filos y a Esparta, donde Néstor y Menelao, a buscar noticias sobre mi padre".

Cuando escuchó esto la nodriza Euriclea, se lamentó: "Ay, querido niño, ¿de dónde has sacado estas ideas? ¿Cómo puedes salir a viajar por los mares y a tierras extrañas, tú que jamás has salido de tu casa? Quédate aquí donde eres bien querido. En cuanto a tu padre, ha muerto hace mucho tiempo entre extraños. ¿Por qué debes ponerte en peligro para saber que él ya no existe? No, no vayas, Telémaco, mi hijo de leche, quédate en tu propia casa y en tu amado país".

Telémaco dijo: "Querida Euriclea, una diosa me ha dicho que debo ir. ¿No es eso suficiente para ti y para mí? Ahora prepara las cosas para mí como te lo he pedido y júrame que no le dirás nada a mi madre hasta doce días después, o hasta que ella me eche de menos". Habiendo jurado como él se lo había pedido, Euriclea colocó el vino en las jarras y puso la cebada en cueros bien cosidos. Telémaco dejó la bóveda y volvió al salón. Se sentó con los pretendientes y escuchó al

bardo Femius cantar sobre la partida de Odiseo a las guerras de Troya.

Mientras estas cosas estaban sucediendo, la diosa Atenea recorrió la ciudad preparando el viaje de Telémaco. Fue donde uno y otro joven y les habló del viaje y les pidió alistarse y bajar a la playa donde iba a estar el barco. Luego fue donde un hombre llamado Noemón y le pidió un barco rápido, y Noemón se lo dio.

Cuando se puso el sol y los caminos se oscurecieron, Atenea arrastró el barco hasta el lugar desde donde debería partir, y trajo los aparejos. Los jóvenes que Atenea había reunido, que eran todos de la edad de Telémaco, llegaron, y Atenea los entusiasmó.

Hablándoles sobre el viaje, y cuando el barco estuvo listo fue a casa de Odiseo, dejó caer un sueño tan profundo sobre los pretendientes que aún estaban en el salón, que se quedaron dormidos con sus cabezas sobre la mesa al lado de las copas de vino. Atenea lanzó un silbido a través del salón y Telémaco lo escuchó, se levantó y fue donde ella. Ella se presentó bajo la forma del viejo Mentor, el amigo de su padre Odiseo.

"Ven" -dijo- "tus amigos están listos para empezar a remar; no debemos retrasarlos". Pero algunos de los jóvenes habían venido con quien creían era el viejo Mentor. Ayudaron a Telémaco a llevar los cueros con grano y las barricas de vino. Llegaron al barco y Telémaco subió entre los aplausos de todos; entonces los jóvenes soltaron las amarras, se sentaron en los bancos y empezaron a remar. Atenea, bajo la forma de Mentor, se sentó al timón.

Colocaron el mástil de pino y lo amarraron con los estayes, y levantaron las velas con cordeles de cuero de vacuno. Y vino el viento e infló las velas y los jóvenes pulsaron los remos y el barco partió. Durante toda la noche Telémaco y sus amigos remaron bajo las velas y sintieron que el barco cruzaba rápidamente avanzando por las negras aguas. Femius, el bardo, estaba con ellos, y al ir pasando la noche les cantó sobre Troya y los héroes que habían luchado contra ella.

VI

"Troya -cantaba el bardo- era la más grande ciudad de los hombres; había sido construida cuando los semidioses caminaban por la tierra; sus murallas eran tan fuertes que sus enemigos no podían destruirlas ni escalarlas. Troya tenía altas torres y grandes rejas; en sus ciudadelas había hombres fuertes y bien armados, y entre sus tesoros había bóvedas de oro y plata. Y el Rey de Troya era Príamo. Ahora era viejo, pero tenía hijos que eran buenos capitanes. El jefe de todos ellos era Héctor".

"Héctor -cantaba el bardo- era un buen adversario para cualquier guerrero que los reinos vecinos pudieran mandar contra Troya. Puesto que era noble y generoso, así como valiente, la gente lo adoraba. Y Héctor, hijo de Príamo, era el comandante de la ciudad" .

"Pero Príamo tenía otro hijo que no formaba parte de los capitanes. Su nombre era Paris. Ahora, cuando Paris era un niño, un adivino le había dicho al Rey Príamo que Paris le causaría dificultades a Troya. Entonces el Rey Príamo había enviado al niño lejos de la ciudad. Paris fue criado entre gente de campo y cuando creció pastoreaba ovejas".

Luego el bardo cantó sobre Peleus, el Rey de Ftia y su matrimonio con la ninfa del río, Tetis. Todos los dioses y las diosas fueron invitados a la fiesta de matrimonio. Sólo una de las inmortales no fue invitada, Eris, la diosa de la Discordia, ella sin embargo se presentó a la fiesta. En los juegos

que siguieron a la fiesta de matrimonio, ella lanzó una manzana de oro entre las invitadas, y en la manzana estaba escrito: "Para la más bella".

Cada una de las tres diosas que estaban allí deseaba ser reconocida como la más bella, y cada una reclamó la manzana de oro. Afrodita, que inspiraba amor; Atenea que daba sabiduría y Hera que era la esposa de Zeus, el más grande de los dioses. Pero nadie entre los invitados quería juzgar entre las diosas y decir cuál era la más bella. Y entonces el pastor Paris vino y los invitados le pidieron que diera su opinión.

Dijo Hera a Paris, "Concédeme la manzana y te daré un gran reino". Dijo Atenea "Concédeme la manzana de oro y te haré el hombre más sabio". Y vino Afrodita y le murmuró, Paris miró a Afrodita, y a sus ojos era la más bella. A ella le dio la manzana de oro y desde entonces ella fue su amiga. Pero Hera y Atenea se fueron furiosas.

El bardo cantó cómo Paris volvió a la ciudad de su padre y fue hecho un príncipe de Troya. Gracias a los favores de Afrodita, era el joven más hermoso. Luego Paris volvió a salir de la ciudad enviado por su padre, y fue a Tiro. Pero al regresar a Troya desde Tiro, pasó por Grecia.

Y bien, la mujer más bella del mundo estaba en Grecia. Era Helena, y estaba casada con el Rey Menelao. Paris la vio y de inmediato la amó por su belleza, y Afrodita inspiró a Helena para que se enamorara de Paris. Se la robó de casa de Menelao y se la llevó a Troya.

El Rey Menelao envió gente a Troya pidiendo que le devolvieran su mujer. Pero los troyanos decidieron que ningún rey en el mundo podría convencerlos de devolver a Helena a Menelao, pues deseaban que la mujer más bella del mundo se quedara en su ciudad. Príamo y su hijo Héctor sabían que se había hecho mal y que Helena y todo lo que había traído con ella debía ser devuelto. Pero en el consejo había hombres vanos que no estaban de acuerdo con Príamo y Héctor y declararon que no entregarían a Helena, la mujer más bella del mundo, a un pequeño Rey de Grecia.

Luego el bardo cantó sobre Agamenón. Era el Rey de la rica Micenas, y su nombre era tan importante y sus hechos eran tan famosos que todos los reyes de Grecia lo tenían en alta estima. Agamenón, viendo a su hermano Menelao ultrajado por los troyanos, juró atacar Troya. Y habló a los reyes y príncipes de Grecia diciéndoles que si todos unían sus fuerzas, serían capaces de tomarse la gran ciudad de Troya y vengar la ofensa causada a Menelao y ganar grandes glorias y tesoros para ellos. Y cuando se reunieron y evaluaron sus fuerzas, los reyes y príncipes de Grecia aceptaron las palabras de Agamenón y estaban ansiosos de hacerle la guerra a Troya. Se unieron en un juramento en el que decidieron tomarse la ciudad. Entonces Agamenón mandó mensajes a los héroes de tierras lejanas, a Odiseo y a Aquiles, que era hijo de Peleas y Tetis, rogándoles que también se unieran a la guerra.

En dos años los barcos de todos los reyes y príncipes se reunieron en Aulis, y los griegos con sus líderes, Agamenón, Aias, Diomedes, Néstor, Idomeneus, Aquiles y Odiseo, navegaron hacia las costas de Troya. Un Héroe tras otro subyugaron las ciudades y naciones que eran aliadas de los troyanos, pero no pudieron tomarse Troya. Y el bardo cantó a Telémaco y a sus compañeros de viaje, cómo pasaba año tras año y cómo las huestes griegas todavía se mantenían entre sus barcos y los muros de la ciudad, y cómo en el noveno año les vino una peste que les mató más hombres que los que habían muerto luchando contra los troyanos.

Y el barco siguió por las negras aguas, muy rápido, con la diosa Atenea al timón, disfrazada de viejo Mentor, mientras los jóvenes escuchaban las canciones del bardo Femius.

VII

Salió el sol, y Telémaco y sus compañeros de viaje se acercaron a las playas de Filos y a la alta ciudadela construida por el famoso Rey Neleus, padre de Néstor.

Vieron en la playa a un grupo de hombres haciendo ofrendas a Poseidón, el dios del mar de negros cabellos. Había nueve compañías y cada compañía tenía nueve bueyes negros para el sacrificio, y el número de hombres de cada compañía era quinientos. Mataron a los bueyes y pusieron sus partes a asar en los altares del dios, y los hombres se sentaron al banquete. Los viajeros subieron su barco a la playa y Telémaco saltó a la arena. Pero delante de él iba la diosa de los ojos grises, Atenea, disfrazada del viejo Mentor. Y la diosa le dijo a Telémaco que Néstor, el Rey que habían ido a buscar, estaba en la playa. Le pidió que se adelantara de buen ánimo y le pidiera a Néstor noticias sobre su padre Odiseo.

Pero Telémaco le dijo a ella: "Mentor ¿cómo voy a hablarle a alguien que es tan importante? ¿cómo debo saludarlo? ¿cómo debo yo, un hombre joven, hacerle preguntas a un anciano Rey como Néstor?"

Atenea, la diosa de ojos grises lo animó diciéndole: "Ya saldrán las palabras correctas". Así es que Telémaco avanzó con su divina compañía. Néstor estaba sentado en la playa rodeado de sus hijos, y cuando vieron a los dos extranjeros que se acercaban, los hijos de Néstor se pusieron de pie para darles la bienvenida. Uno de ellos, Peisistratus, tomó a Atenea y a Telémaco de la mano, y los llevó a ambos donde estaba Néstor.

Le pusieron a cada uno una copa de oro en la mano, y vertieron vino en las copas. El hijo de Néstor, Peisistratus, le pidió a Telémaco y a la diosa que rogaran para que el sacrificio que estaban haciendo a Poseidón, el dios del mar, les trajera felicidad a ellos y a su pueblo. Entonces la diosa Atenea, disfrazada como el viejo Mentor, levantó la copa en su mano y oró:

"Escúchame Poseidón, remecedor de la tierra: En primer lugar a Néstor y a sus hijos concédeles renombre. Luego concédele a la gente de Filos recompensa por el sacrificio de los bueyes que te han hecho. Concédenos también, a Telémaco y a mí, un retorno seguro después que hayamos obtenido lo que hemos venido a buscar en nuestro rápido barco".

Telémaco rezó con las palabras de la diosa y entonces los hijos de Néstor los hicieron sentarse en las pieles que fueron colocadas en la playa y les sirvieron fuentes con carne y copas de vino. Cuando hubieron comido y bebido, el viejo Rey Néstor les habló:

"Antes de compartir el alimento y la bebida, no es cortés preguntar a los extranjeros quiénes son y a dónde van, pero ahora huéspedes míos, yo os pregunto cuál es vuestra tierra, qué buscáis y cuál es vuestro nombre".

Entonces Telémaco dijo: "Néstor, famoso Rey, gloria de los griegos, venimos de Ítaca y buscamos noticias de mi padre, Odiseo, que hace largo tiempo luchó junto a ti en la guerra de Troya. Contigo, dicen los hombres, él saqueó la gran ciudad de los troyanos. Pero no se ha contado ninguna historia posterior a ésa, y yo he venido a tus rodillas, oh Rey, a rogarte que me des noticias de él; si es que murió y lo viste morir, o si tú oíste de otro que él haya muerto. Y al responder, no hables con piedad hacia mí, te lo ruego, sino dime todo lo que sepas o hayas oído. Y si alguna vez mi padre te ayudó en tierra troyana, en memoria de la ayuda que te dio, te ruego que me digas la verdad, a mí, su hijo".

Entonces dijo Néstor, el viejo Rey: "Realmente, hijo mío, traes pena a mi alma. ¿Dónde están los que estaban conmigo en la guerra contra la poderosa ciudad de Troya? ¿Dónde está Aias, Aquiles y Patroklos y mi querido hijo Antilocos, que era tan noble y fuerte? Y ¿dónde está Agamenón ahora? Regresó a su propia tierra para ser muerto en su propio salón por el más traidor de los enemigos. Y ahora me preguntas por Odiseo, el hombre que me fue más querido que cualquier otro. ¡Odiseo, con el cual compartía todas las ideas! Nunca discrepábamos en la asamblea ni en el consejo".

"¡Tú me dices que eres hijo de Odiseo! Seguro que lo eres. Me lleno de admiración cuando te miro y te escucho, porque te ves como él se veía y hablas como él hablaba. Pero tienes que hablarme más sobre tu tierra y de cómo van las cosas en Ítaca".

Entonces le contó al viejo Rey sobre las malas acciones de los pretendientes de su madre, y cuando se lo hubo contado, Telémaco gritó, "Oh, que los dioses me den suficiente fuerza para que yo me vengue de ellos por sus muchas transgresiones".

El viejo Néstor dijo, "¿Quién sabe si Odiseo llegará a casa a vengar la violencia de esos perseguidores y los insultos que han prodigado a tu hogar? La diosa Atenea puede permitir que esto suceda. Era muy cercana a tu padre, y nunca los dioses mostraron tal favor a un mortal como la diosa de ojos grises lo mostró a tu padre".

Pero Telémaco contestó: "No hay modo que se puedan cumplir tus palabras, oh Rey".

Entonces Atenea, en la apariencia del viejo Mentor, le habló diciendo, "¿Qué palabras han pasado por tus labios, Telémaco? Si les complace, cualquiera de los dioses puede traer a un hombre a su hogar desde lejos. Solo esto los dioses no pueden hacer: evitar la muerte de un hombre que está sentenciado a ella".

Telémaco le contestó diciendo, "Mentor, no hablemos más de estas cosas. Néstor, el famoso Rey ha sido muy gentil conmigo, pero no tiene nada que contarme sobre mi padre. Me temo ahora que Odiseo no regresará jamás".

"Vayan donde Menelao" -dijo Néstor- "vayan donde Menelao en Esparta. Últimamente ha regresado de un lejano y extraño país, y puede que haya oído sobre Odiseo en sus viajes. Pueden ir a Esparta en su embarcación, pero si desean viajar por tierra, les daré un carruaje, caballos y mi hijo irá con ustedes y los guiará a Esparta."

Telémaco, con Atenea, la diosa de ojos grises con la apariencia del viejo Mentor, habrían regresado a su barco, pero Néstor el Rey dijo: "Zeus prohíba que ustedes dos vuelvan a su barco a descansar cuando tenemos una habitación de huéspedes en nuestra casa. Vengan conmigo a un lugar donde puedan reposar confortablemente. Nunca se dirá que un hijo de Odiseo, mi querido amigo, descansa en la dura cubierta de un barco mientras yo estoy vivo y mis hijos están en mi casa. Vengan conmigo ahora".

Entonces la diosa Atenea, con la apariencia del viejo Mentor, dijo: "Tú has hablado como te corresponde, famoso Rey. Telémaco debe escuchar tus palabras e ir contigo. Pero es conveniente que los jóvenes que vinieron con él, por amor a él, deben tener con ellos a una persona mayor en el barco esta noche. Alojare con ellos".

Así diciendo, Atenea, la diosa de ojos grises, con la apariencia del viejo Mentor, se fue de la playa, y Telémaco se fue con Néstor y sus hijos a la ciudadela de Neleus y ahí se bajó, y la joven Policaste, la hija menor del Rey Néstor, lo atendió. Le dio ropas nuevas para vestirse, un buen

manto y jubón.

Durmió Telémaco con Peisistratus, el hijo más joven de Néstor.

A la mañana desayunaron e hicieron sacrificios, y cuando hubo cumplido con la gente, el Rey Néstor dijo a sus hijos.

"Atención ahora, hijos míos. Enganchen los caballos al carro para que Telémaco inicie su viaje a Esparta".

Los hijos de Néstor así lo hicieron y engancharon los rápidos caballos al carruaje y la dama de la casa colocó vino y golosinas en el carruaje. Telémaco subió al carro y Peisistratus se sentó a su lado. Entonces Peisistratus tocó a los caballos con el látigo y estos saltaron hacia adelante, y el carro se deslizó rápido por las planicies. Pronto dejaron atrás la empinada ciudadela de Neleus y la tierra de Filos. Y cuando se hundía el sol y los caminos se tornaron oscuros, llegaron a Ferae y fueron a la casa de Diocles, donde descansaron por la noche.

En la mañana, tan pronto se levantó el sol, engancharon los caballos y subieron al carro y por otro día viajaron por las planicies. Habían llegado lejos, y los caminos se volvieron otra vez oscuros en torno a ellos.

VIII

Llegaron a Esparta, un país que yacía bajo, junto a los cerros, y dejaron el carro fuera de la morada del Rey. Justo ese día, Menelao estaba enviando a su hija a Ftia con caballos y carruajes, como novia para el hijo de Aquiles, y una novia estaba llegando a la casa para Megapentes, su propio hijo. Debido a estos dos matrimonios había fiesta en el palacio, y parientes y vecinos se estaban reuniendo allí. Un bardo les cantaba a los huéspedes y dos acróbatas giraban en el alto salón para divertirlos.

Eteoneus, el servidor, se dirigió al Rey en su alto salón. "Famoso Menelao" dijo Eteoneus- "afuera hay dos extranjeros, hombres que parecen héroes, ¿qué quieres que haga con ellos? ¿debo desenganchar los caballos, pidiéndoles que entren al palacio o debo dejarlos que sigan y busquen otro alojamiento?".

"¿Por qué haces esa pregunta, Eteoneus?" -dijo enojado Menelao- "¿No hemos comido nosotros el pan de otros hombres en nuestros viajes, y no hemos descansado en la casa de otros hombres? Sabiendo esto, no tienes derecho a preguntar si debes pedirle a los extranjeros que entren o si debes dejarlos seguir. Hazlos pasar y que se unan a la fiesta".

Entonces Eteoneus salió del salón, y mientras los mozos desenganchaban los caballos, él hizo que Telémaco y Peisistratus entraran al palacio. Primero fueron llevados al baño, y cuando salieron refrescados de ahí, recibieron nuevas ropas. Ya vestidos, fueron llevados al salón del Rey. Allí se sentaron, y una doncella les trajo agua en una jarra y la vertió sobre sus manos en una fuente de plata. Luego colocaron

A su lado una brillante mesa, y el ama de casa colocó pan, carne y vino para que pudieran cenar. Menelao fue donde estaban sentados y dijo a Telémaco y a Peisistratus, "Por su apariencia sé que son del linaje de Reyes. Ahora cenen, y cuando hayan cenado, les preguntaré quiénes son y de dónde vienen".

Pero antes que terminaran de comer y cuando aún el Rey Menelao les estaba mostrando los cercanos tesoros, llegó Helena al alto salón. Helena, por quien los reyes y príncipes de Grecia

habían ido a la guerra. Sus sirvientas la acompañaban, y colocaron una silla para ella cerca de Menelao, y una alfombra de suave lana a sus pies. Luego una de ellas trajo una canasta de plata con hilos de colores, y Helena se sentó en su alta silla, tomó la rueca en sus manos y empezó a hilar las hebras. Ella le preguntó a Menelao sobre los acontecimientos del día, y mientras lo hacía, observó a Telémaco.

Entonces Helena dejó a un lado la rueca y dijo: "Menelao, te voy a decir quién es uno de estos extranjeros. Nunca vi alguien más parecido a otro, que este joven a nuestro querido Odiseo. Sé que no puede ser otro que Telémaco, a quien Odiseo dejó de niño, cuando por mi causa los griegos empezaron la guerra contra Troya".

Entonces dijo Menelao, "Yo también noté su parecido con Odiseo. La forma de su cabeza, la mirada de sus ojos, me recuerdan a Odiseo. Pero ¿es verdad que Telémaco ha venido a mi casa?".

"Famoso Menelao" -dijo Peisistratus- "este es realmente el hijo de Odiseo, y yo soy el hijo de otro camarada suyo, de Néstor, que estuvo con usted en la guerra de Troya. He sido enviado con Telémaco como guía hasta su casa".

Menelao se levantó y dio su mano a Telémaco. "Nunca ha llegado a mi casa un joven más bienvenido. Por mí, Odiseo sufrió muchos afanes y muchas aventuras. Si hubiera venido a mi país, yo le habría dado una ciudad para gobernar, y creo que nada nos hubiera separado. Pero sé que Odiseo no ha regresado a su propia tierra de Ítaca".

Entonces Telémaco, al pensar en su padre muerto, o vagando por el mundo, lloró. Helena también derramó lágrimas, recordando las cosas que habían pasado. Y Menelao, pensando en Odiseo, y en todos sus afanes, estaba silencioso y triste; y triste y silencioso estaba también Peisistratus, pensando sobre Antilocos, su hermano que había muerto en la guerra de Troya.

Pero Helena, deseando desviar sus mentes a otros pensamientos, vertió en el vino una droga que aquietaba las penas y traía el olvido, una droga que le había dado Poligamia, la esposa del Rey Teon en Egipto. Y cuando hubieron bebido el vino, se fueron los tristes recuerdos y conversaron entre ellos sin pesadumbres. Entonces el Rey Menelao contó su aventura con el anciano Uno del Mar, la aventura que traía las últimas noticias de Odiseo.

IX

Dijo Menelao: "Sobre el río que atraviesa Egipto hay una isla que la gente llama Faros, y a esa isla llegamos con mi barco después que los héroes que habíamos luchado en Troya nos habíamos separado unos de otros. Ahí fuimos retenidos día tras día, por voluntad de los dioses. Nuestra provisión de trigo se agotó y mis hombres corrían peligro de morir de hambre. Entonces, un día cuando mis compañeros trataban desesperadamente de sacar peces del mar, encontré en la playa a una inmortal que tuvo piedad de nosotros".

"Ella era Eidotee, una hija del anciano Uno del Mar. Le rogué que me dijera cómo podríamos salir de ese lugar, y ella me aconsejó atrapar en una emboscada a su padre, al anciano Uno del Mar, que también se llama Proteo. "Podrás hacer que él te diga -porque él sabe todas las cosas- qué es lo que debes hacer para poder salir de esta isla de Faros" -dijo ella- "más aún, él podrá contarte qué les ha ocurrido a los héroes de los que te has separado, y qué es lo que ha sucedido en tu propia casa".

"Entonces - le dije a esa bondadosa ninfa Eidotee- muéstrame cómo puedo yo tender una

celada a tu inmortal padre, el anciano Uno del Mar".

Eidotee dijo: "Mi padre, Proteo, sale del mar cuando el sol está en el cenit. Entonces se tiende a dormir en las cavernas que hay junto a la playa. Pero antes de ponerse a dormir, cuenta, como el ovejero cuenta a las ovejas, las focas que salen del mar y se tienden a su alrededor. Si hay una de más, o una de menos de las que debería haber, no se duerme en las cavernas. Pero yo les voy a mostrar cómo tú y alguno de tus compañeros pueden acercarse sin que el anciano Uno del Mar los detecte. Toma tres de los tuyos -los tres en los que tienes más confianza- y tan pronto amanezca mañana, encuéntrame a la orilla del mar".

"Diciendo esto la ninfa Eidotee se hundió en el mar y yo me alejé de ese lugar con ansiedad, pero con esperanzas en el corazón".

"Ahora, tan pronto como amaneció, caminé a la playa con tres de mis hombres de más confianza. La hija del anciano Uno del Mar, Eidotee, vino hacia nosotros. En sus brazos tenía cuatro pieles de focas recién muertas, una para cada uno de nosotros. Y en la caverna donde estaban las focas, cavó hoyos en la arena y nos pidió que nos colocáramos allí, cubriéndonos con las pieles". Entonces nos dijo:

"Cuando mi padre, el anciano Uno del Mar, venga a dormir aquí, ponle las manos encima y sujétalo con todas tus fuerzas, él se cambiará a muchas formas, pero no lo sueltes por ningún motivo. Cuando vuelva a su forma primitiva, puedes soltarlo. Entonces le preguntarás cómo puedes abandonar este lugar, o pregúntale cualquier cosa que se te ocurra, y te contestará con la verdad".

"Nos acostamos en los hoyos que ella había excavado en la arena y ella nos cubrió a cada uno con las pieles que había traído. Luego salieron las focas del mar y se tendieron en torno nuestro. El olor que salía de estas bestias nos afectaba mucho, y ahí fue donde nuestra aventura llegó a ser terrible. No la habríamos soportado si Eidotee no nos hubiera socorrido. Ella trajo ambrosía y la colocó bajo cada una de nuestras narices, de modo que el olor que nos llegaba no era el de las bestias marinas sino algo divino. Entonces la ninfa se volvió a hundir en el mar".

"Ahí quedamos, con corazones angustiados, entre el rebaño de bestias hasta que el sol llegó al cenit. El anciano Uno del Mar salió de las profundidades del océano, fue entre medio de las focas y las contó, incluyéndonos a nosotros cuatro en su ganado. Luego con gran satisfacción se acostó a dormir".

"Nos lanzamos sobre él con un grito y lo sujetamos con todas nuestras fuerzas. Pero tan pronto lo habíamos agarrado cuando su forma cambió. Se transformó en un león que nos encaró. No lo soltamos. Se transformó en serpiente, pero aún así lo sujetamos. Se transformó en un leopardo y luego en un gran oso; se transformó en un torrente de agua y luego en un árbol florido. Y aún lo sujetábamos con todas nuestras fuerzas y nuestros corazones no desmayaban ante las distintas formas que iba tomando. Luego, viendo que no podía desprenderse de nosotros, el anciano Uno del Mar, llamado Proteo, cesó en sus cambios y volvió a ser como lo habíamos visto al principio".

"Hijo de Atreus" -dijo dirigiéndose a mí- "¿quién te ha enseñado a tenderme esta celada?".

"Eres tú, el que sabe todas las respuestas, quién debe respondernos a nosotros" -dije yo-. "Dime ahora, ¿por qué es que estoy preso en esta isla? ¿Cuál de los dioses me retiene aquí y por qué razón?".

Entonces el anciano Uno del Mar me contestó, diciendo la verdad: "Zeus, el más grande de todos los dioses, te retiene aquí. Tú no hiciste sacrificios a los dioses y por esa razón has sido retenido en esta isla".

"Entonces ¿qué debo hacer para volver a ganar el favor de los dioses?" –dije yo. Él me respondió, diciendo la verdad:

"Antes de izar las velas hacia tu ciudad debes retomar al río Egiptus, que sale de África, y ofrecer allí sacrificios a los dioses".

"Cuando dijo esto, mi espíritu se hizo pedazos de pesar. Tendría que hacer un largo y peligroso viaje para hacer este sacrificio, alejándome de mi tierra. Sin embargo, la voluntad de los dioses se tenía que cumplir. Nuevamente me sentí movido a hacer nuevas preguntas al anciano Uno del Mar, y pedirle noticias de mis compañeros de la guerra de Troya".

"Ah, hijo de Odiseo, más quebrado que nunca quedó mi espíritu por el dolor al escuchar de sus destinos. Entonces oí cómo mi hermano, el gran Agamenón, llegó a su propia tierra, con alegría en el corazón, pero su mujer lo odiaba, y ella y Egiptus lo asesinaron en su propia casa. Me senté y lloré en la arena, pero aún seguí preguntando al anciano Uno del Mar. Y él me contó sobre el fuerte Aias, y cómo fue muerto por la caída de una roca después que él se había vanagloriado de que Poseidón, el dios del mar, ya no le podía hacer daño. Y sobre tu padre, el famoso Odiseo, el anciano Uno tenía una historia que contar".

"Entonces Odiseo estaba -y aún ahora podría estar- en una isla lejos de toda la humanidad: Ahí habita en el salón de la ninfa Calipso" -me dijo el anciano Uno del Mar- yo lo vi derramar grandes lágrimas por no poder salir de ese lugar. No tiene ni barco ni compañeros, y la ninfa Calipso lo retiene allí, y él siempre sueña con regresar a su país, en las tierras de Ítaca. Y después que habló de Odiseo, nos abandonó y se metió en el mar."

"Entonces yo regresé al río Egiptus, anclé mi barco e hice piadoso sacrificio a los dioses. Nos sopló un buen viento, y partimos a nuestro país. Llegamos rápidamente, y ahora me puedes ver como el más feliz de todos los que partimos a la guerra de Troya. Y ahora, querido hijo de Odiseo, has escuchado lo que un inmortal me ha contado sobre tu padre, cómo él aún está con vida, pero cómo está impedido de regresar a su hogar".

Así fue como el joven Telémaco obtuvo noticias sobre su padre de parte de Menelao. Cuando el Rey dejó de hablar, salieron del salón con antorchas en la mano y llegaron al vestíbulo donde las sirvientas de Helena habían preparado camas para Telémaco y Peisistratus. Y mientras yacían allí recostados bajo las mantas de color púrpura y los suaves cobertores, el hijo de Odiseo pensaba en su padre, que todavía estaba con vida, pero que era prisionero de la ninfa Calipso en una isla desconocida.

X

Su barco y sus compañeros de viaje esperaban en Filos, pero Telémaco se quedó en Esparta por un tiempo más porque deseaba oír de Menelao y de Helena la historia de Troya. Se quedó muchos días, y el primer día Menelao le habló de Aquiles, el más grande de los héroes que había luchado contra Troya, y otro día Helena le contó sobre Héctor, el más noble de todos los hombres que defendieron la ciudad del Rey Príamo.

"Aquiles" -dijo el Rey Menelao- "nació de una estirpe favorecida por los inmortales. Peleus,

su padre, tenía como amigo a Quirón, el más sabio de los Centauros, esos inmortales que son mitad hombre y mitad caballo". Fue Quirón quien dio a Peleus su gran lanza. Y cuando Peleus deseó casarse con una inmortal, Zeus, el más grande de los dioses, privilegió a la ninfa Tetis para ese matrimonio, a pesar de que el matrimonio con un mortal no era lo que ella deseaba. A la boda de Tetis y Peleus vinieron todos los dioses. Y como regalo de matrimonio Zeus les dio una armadura que ningún mortal había usado antes, una armadura maravillosamente brillante y maravillosamente fuerte, y les regaló además dos caballos inmortales".

"Aquiles fue el hijo de Tetis y Peleus, es decir, de una mujer inmortal casada con un héroe mortal. Creció muy fuerte y muy rápido. Cuando hubo crecido hasta ser un joven, fue enviado a Quirón, y el mejor amigo de su padre lo educó en todas las artes de la guerra. Llegó a ser el mejor lancero, y en las montañas, junto al Centauro, ganó en fuerza y velocidad".

"Ahora, después de su regreso a la casa de su padre, se preparaba la guerra contra Troya. Agamenón, el Rey, deseaba que Aquiles se uniera a las huestes. Pero Tetis, sabiendo que caerían grandes desgracias sobre los que fueran a la guerra, temía por Aquiles. Resolvió ocultarlo de modo que no le alcanzaran a llegar las palabras de Agamenón. ¿Y cómo ocultó la ninfa Tetis a su hijo? Lo envió a la corte del Rey Licomedes y le rogó al Rey que lo ocultara entre sus hijas".

"Así es que Aquiles fue vestido como una niña y se quedó entre las hijas del Rey. Los mensajeros de Agamenón lo buscaron por todas partes. Muchos de ellos llegaron a la corte del Rey Licomedes, pero no encontraron a nadie que pudiera ser Aquiles entre los hijos del Rey, y se regresaron".

"Odiseo, por orden del Rey Agamenón, vino a buscar a Aquiles. Él sabía que el joven no estaba con los hijos del Rey. Vio a las hijas del Rey en el huerto, pero no pudo saber si Aquiles estaba entre ellas, porque todas tenían velo y se vestían igual".

"Entonces Odiseo se fue y regresó como un mercader, trayendo en su saco cosas para las mujeres, velos y adornos y espejos de bronce, pero entre los velos y adornos y espejos, el sabio Odiseo dejó una reluciente espada. Cuando llegó frente a las niñas en el huerto del Rey, extendió su saco de mercader. Los espejos, velos y adornos fueron examinados con interés, pero alguien tomó la espada y la miró con ojos brillantes. Odiseo supo que éste era Aquiles, el hijo del Rey Peleus".

"Le dio el mensaje del Rey Agamenón en el que le pedía que se uniera a la guerra que los Reyes y Príncipes estaban por emprender contra Troya. Y Aquiles estuvo feliz de recibir el mensaje y de ir a la guerra. Regresó a Ftia, la ciudadela de su padre. Allí se preparó para ir a Aulis, donde se estaban reuniendo los barcos. Tomó con él a los famosos guerreros de su padre, los Mirmidones, que jamás fueron batidos en una batalla, y su padre le entregó la armadura y los caballos que había recibido como regalo de Zeus, los dos caballos inmortales: Xantos y Balios".

"Pero lo que más regocijó a Aquiles fue que su querido camarada Patroklos sería su compañero de armas. Patroklos había llegado a Ftia y a casa de Peleus cuando era un jovencito. En su propio país había dado muerte a otro niño en una desgracia ocurrida a raíz de un juego de dados. Su padre, para evitarle el castigo, huyó con él donde el Rey Peleus, y el padre de Aquiles les dio refugio y tomó a Patroklos y lo crió con sus propios hijos. Después lo nombró escudero de Aquiles. Estos crecieron juntos y se querían entre sí más que hermanos".

"Aquiles se despidió de Ftia, de su padre héroe y de su inmortal madre y él y Patroklos con

los Mirmidones se fueron hasta Aulis a la orilla del mar y se unieron a las huestes de Reyes y Príncipes que habían hecho una promesa de no cejar hasta que se tomaran la famosa ciudad de Troya".

XI

Aquiles llegó a ser el más famoso de los héroes que lucharon contra Troya en todos los años que duró la guerra. Ante su vista, protegido por la brillante armadura, regalo de Zeus, y erguido en su carruaje tirado por los caballos inmortales, se rompían las filas troyanas y los hombres de Troya huían tras las rejas de su ciudad. Y muchas ciudades menores y pueblos en torno de Troya fueron capturados con la ayuda de Aquiles. "Ahora, por causa de dos muchachas cautivadas en alguna de estas ciudades, se produjo una riña entre Aquiles y Agamenón. Una de las muchachas se llamaba Criseida y la otra Briseida. Criseida fue dada a Agamenón y Briseida a Aquiles".

"El padre de Criseida era un sacerdote de Apolo, y cuando al pedir a su hija no le fue devuelta, él rogó a los dioses venganza por el rapto. Apolo escuchó este ruego e inmediatamente abandonó la cumbre del Olimpo con su arco de plata en la mano. Se colocó tras los barcos y lanzó sus flechas a las huestes. Fue terrible el resonar de su arco de plata. Le dio primero a las bestias del campo, a los perros, las mulas y los caballos, y después a los hombres y los que eran derribados por sus flechas eran azotados por la plaga".

"Los soldados empezaron a morir, y cada día morían más por la plaga que por las espadas y las flechas de los troyanos. Entonces se llamó a un consejo y los jefes debatieron sobre qué debería hacerse para salvar a las huestes. En el Consejo había un adivino llamado Calcante; se paró y dijo saber la causa de la plaga, y sabía además cómo se podría salvar al resto de las huestes.

"Se debe a la ira de Apolo" -dijo Calcante- "y la ira de Apolo sólo se podrá calmar si Agamenón devuelve a Criseida a su padre, el sacerdote de Apolo".

"Esto puso furioso a Agamenón: 'Tú ves solo cosas malas en mí -le dijo a Calcante. Yo aprecio mucho a Criseida, la doncella que se me ha dado. Sin embargo, antes de que muera mi gente, dejaré que me la quiten. Pero que todo el consejo sepa: algún premio me deberá ser dado para que la gente sepa que Agamenón no ha sido derrotado' .

"Entonces Aquiles dijo: 'Agamenón, de todos los Reyes, eres el más ambicioso. Los mejores de nosotros trabajamos y batallamos para que tu vengas y tomes la parte del botín que desees. No seas aún más ambicioso. Deja que esta doncella se vaya con su padre y después ya te daremos otra recompensa.'

"El consejo se debe comprometer a darme una recompensa". -Dijo Agamenón. "Sigues hablando de recompensa, Agamenón" -respondió Aquiles- "nadie gana más de lo que tú ganas. Yo no tengo problemas con la gente de Troya y sin embargo he venido aquí y mis manos soportan el embate de la guerra".

"Ustedes, que son capitanes, deben darme una recompensa" -dijo Agamenón o si no, iré a la tienda de Aquiles y tomaré a la joven que le han dado, a Briseida, la de las bellas mejillas.

"Estoy cansado de hacer la guerra para ti" -contestó Aquiles. "Aunque estoy siempre en la lucha, poco es el botín que llega a mi tienda. Voy a regresar a mi tierra, a Ftia, porque no me interesa quedarme aquí y ser deshonrado por ti, oh Rey".

"Ándate" -dijo Agamenón- "si tu alma está dispuesta a irse, ándate. Pero no pienses que no

hay capitanes y héroes aquí que puedan hacer la guerra sin ti. Ándate y sé señor entre tus Mirmidones. Nunca buscaremos tu ayuda. Y que todos sepan que yo soy más grande que tú, Aquiles. Iré a tu tienda y me llevaré a la hermosa Briseida".

"Cuando Aquiles escuchó esto de Agamenón, el corazón se le partió en dos y no supo si debería quedarse tranquilo y quieto en su ira, o dejar de lado el consejo e ir donde Agamenón y matarlo con su espada. Su mano estaba sobre la empuñadura de su espada, cuando se le apareció una inmortal, la diosa Atenea. Nadie excepto Aquiles, se dio cuenta de su presencia. "No saques tu espada contra Agamenón" -dijo- "porque ambos son igualmente queridos por los dioses". Entonces Aquiles colocó nuevamente la pesada espada en su funda, pero aunque controló su mano no se refrenó de decir furiosas y amargas palabras. Arrojó al suelo el bastón que había sido puesto en sus manos en señal de que debería ser escuchado en el consejo. "Por este bastón que nunca más tendrá hojas o flores" -dijo- "yo juro que aunque rueguen por ayuda las huestes de Agamenón, Aquiles no irá en su ayuda. Juro que haré lo posible porque Héctor triunfe sobre ti".

"Entonces se cerró el consejo y Aquiles con Patroklos -su querido camarada se fueron a su tienda. Un barco fue lanzado al mar con la joven Criseida puesta a bordo y Odiseo al mando. El barco partió llevando a Criseida. En la playa encontraron al sacerdote de Apolo y Odiseo dejó a la joven en las manos de su anciano padre. Hicieron sacrificio a Apolo y desde entonces la plaga desapareció de la hueste".

"Pero los mensajeros del Rey llegaron a la tienda de Aquiles y tomaron a Briseida, la de las bellas mejillas, y la dejaron libre. En amarga ira, Aquiles seguía sentado a orillas del mar, firme en su resolución de no ayudar a los hombres de Agamenón, aunque el gran Héctor les hubiera de inflingir grandes derrotas".

XII

"Tal era la disputa -querido hijo- entre Agamenón, Rey de los hombres, y el gran Aquiles. ¡Ah! Debido a esta disputa muchos hombres valientes y grandes capitanes que yo recuerdo, encontraron la muerte".

"Pero Agamenón se calmó al poco tiempo y mandó tres emisarios para restablecer la amistad entre él y Aquiles. Los enviados eran Odiseo, Aias y el anciano Foinix, que había sido padrino de Aquiles. Cuando estos enviados fueron a su cabaña lo encontraron sentado con una lira en sus manos, cantando la música que él había preparado. Su canción trataba de lo que Tetis, su madre-diosa, le había dicho sobre su propio destino: cómo, si seguía en la guerra contra Troya, ganaría inmortal fama, pero que entonces pronto perdería la vida; pero si dejaba la guerra, sus años en su tierra natal serían largos, pero no ganaría mucha fama. Patroklos, su querido amigo escuchaba su canto. Y Aquiles cantaba sobre cuál sería su situación real si abandonaba la guerra contra los troyanos y volvía a casa de su padre. El anciano Peleus le daría la bienvenida y le buscaría una esposa entre las más hermosas muchachas griegas. "En tres días" -cantaba- "puede Poseidón, Dios del Mar, llevarme a mi tierra y al castillo de mi padre".

"Cantas bien, Aquiles" -le dijo Odiseo- "y sería agradable escuchar tu canto si nuestros corazones no estuvieran acongojados con grandes penas. Pero ¿no han pasado nueve años desde que llegamos aquí a hacer la guerra a Troya? Y ahora, ¿no están podridos los maderos de nuestros barcos y sueltas las jarcias, y no piensan muchos de nuestros guerreros que sus esposas e hijos

han estado largo tiempo esperando su retorno? ¡Y aún los muros de Troya se levantan frente a nosotros tan altos e inconquistables como siempre! No es raro que nuestros corazones estén llenos de pesadumbre. ¡Y ahora Aquiles, el más grande de nuestros héroes, y los Mirmidones, los mejores de nuestros guerreros, nos dejan y abandonan la lucha!"

"Todos los días el gran Héctor hace retroceder nuestros batallones dirigidos por Agamenón y Aias y Diomedes, empujándonos hacia el muro que hemos construido en torno a nuestros barcos. Detrás de ese muro nos detenemos y nos llamamos unos a otros para ver quiénes han escapado y quiénes han caído en la carnicería que ha hecho Héctor. Sólo cuando nos ha empujado tras nuestro muro, Héctor regresa con su carro y retira a sus hombres".

"Pero Héctor no ha entrado por las puertas de su ciudad. ¡Escucha ahora Aquiles! Sus carruajes permanecen en la planicie. ¡Mira ahora sus fogatas! Puedes ver mil fuegos, y junto a cada uno hay cincuenta guerreros con sus caballos sueltos al lado

De sus carros, comiendo cebada. Ansiosos esperan la luz del amanecer cuando vendrán contra nosotros de nuevo, esperando esta vez sobrepasar el muro que hemos construido, llegar hasta nuestros barcos e incendiarios y así destruir toda esperanza de regreso".

"Estamos todos invadidos por el pesar y el miedo. Hasta Agamenón llora. Lo vemos parado frente a nosotros como frente a una negra fuente que brota desde un gigantesco y prominente peñasco. ¿Qué otra cosa puede hacer sino derramar lágrimas? Puede ser que mañana les pida a las huestes que lleven los barcos al agua y abandonen las costas de Troya. Entonces su nombre quedará para siempre deshonrado por la derrota y la pérdida de tantos soldados".

"Odiseo, ¿piensas tú que yo debo sentir pesar por los sufrimientos de Agamenón?" -dijo Aquiles- "Pero aunque hables de Agamenón, eres bienvenido, tú y tus compañeros. Aún en mis momentos de ira, ustedes tres me son muy queridos".

"Los hizo pasar a su cabaña y pidió que se les preparara una gran cena. Se les ofrecieron copas de vino a Odiseo, Aias y Foinix, y cuando hubieron cenado y bebido el vino, Odiseo se volvió hacia donde se sentaba Aquiles a la luz de la fogata y dijo:

"Debes saber Aquiles, que los tres hemos sido enviados por el Rey Agamenón. Quiere ser tu amigo nuevamente. Te ha injuriado y ofendido, pero todo lo que un hombre pueda hacer lo hará para enmendar su error. Devolverá a la joven Briseida. Te dará muchos regalos. Te dará tres trípodes y veinte calderas y diez talentos de oro. Sí, y además, doce caballos reales, cada uno de los cuales ha ganado alguna carrera. Al que posea estos caballos nunca le faltarán las riquezas, ya que ganarán premios por su rapidez. Y escucha qué otras cosas nos pidió Agamenón que te dijéramos: si vencemos a Troya, te permitirá cargar tu barco con los trofeos de la ciudad, con oro y bronce y cosas preciosas. Y después, si llegamos a nuestros hogares, te tratará como a su único hijo de sangre real y te dará siete ciudades para que las gobiernes. Y si quieres casarte, hay tres hijas en su casa, tres de las más hermosas mujeres de Grecia y la que tú elijas te la dará como esposa -Crisotemis, Laodike, o Ifianasa.

"Así habló Odiseo. Y luego Aias dijo: Piensa, Aquiles, y abandona ahora tu ira. Si Agamenón te odia y tu desprecias sus regalos, piensa en tus amigos y tus compañeros y tenles piedad. Hazlo por nosotros; levántate y vuelve a la batalla y mantente en la lucha contra el terrible Héctor."

"Aquiles no contestó. Sus ojos de león estaban fijos sobre los que habían hablado y su mirada no había cambiado durante todo ese tiempo".

"Entonces el anciano Foinix, que lo había alimentado, se volvió hacia él. No pudo hablar, porque se le saltaron las lágrimas. Pero al final, tomando la mano de Aquiles dijo:

"En la casa de tu padre ¿no te crié para que fueras un gran hombre muy noble, Aquiles? Tú entrabas conmigo y con nadie más al comedor, y cuando niño te quedabas en mis rodillas y comías el trozo que yo te daba y bebías de la copa que yo ponía en tus labios. Yo te acompañaba, y sufrí y me cansé mucho para que llegaras a ser fuerte, hábil y rápido. Sé agradecido de corazón, Aquiles, abandona la ira. Despójate de tu ira y salva a las huestes. Los regalos que te hará Agamenón son muy grandes y ningún Rey ni Príncipe debiera despreciados. Pero si aún sin regalos tú entraras en la batalla, entonces la hueste te honraría por sobre todos los héroes".

Aquiles contestó a Foinix suavemente, y dijo: "El honor que la hueste me diera no lo necesito, porque estoy honrado por el juicio de Zeus, el más grande de los dioses, y mientras me quede aliento, ese honor no lo perderé. Pero tú Foinix, quédate conmigo y yo te daré muchas cosas, aún la mitad de mi reino. Ah, pero no me empujes a ayudar a Agamenón, porque si lo haces, te veré como un amigo de Agamenón y te odiaré, padraastro mío, como lo odio a él".

Entonces Aquiles le dijo a Odiseo: "Hijo de Laertes, el hombre más sabio, escucha lo que te voy a decir. Aquí me habría quedado y ganado el inmortal renombre que mi madre-diosa me dio, aún a costa de mi corta vida, si Agamenón no hubiera provocado la ira que ahora me envuelve. Has de saber que mi alma es implacable con respecto a él. ¡Cuán a menudo hice guardia noches sin dormir, cuán a menudo pasé mis días en sangrientas batallas a favor de la causa de Agamenón y de su hermano! ¿Por qué estamos aquí sino por la bella Helena? Y sin embargo una joven a quien yo quería como Menelao quería a Helena, me ha sido arrebatada por orden de este Rey. ¡La dejará libre ahora! Pero no, no deseo ver a Briseida nunca más, porque todo lo que venga de Agamenón me es odioso. Odiosos son todos los regalos que me dé, y él y sus tesoros valen tanto para mí como vale la paja. Ya he elegido. Mañana haré que mis Mirmidones echen al mar mi barco y partiré de Troya hacia mi tierra".

Dijo Aias: "¿Es que los dioses han puesto en tu pecho un espíritu implacable y orgulloso por sobre todos los espíritus de los hombres?".

"Si, Aias" -dijo Aquiles- "mi espíritu no puede contener mi ira. Agamenón me ha tratado, no como a un jefe del ejército que ha ganado muchas batallas para él, sino como a un vulgar peón de sus campos. Anda ahora y dile mi voluntad. Nunca más volveré a pensar siquiera en su guerra".

"Así habló, y cada hombre tomó una copa de dos asas y derramó el vino como ofrenda a los dioses. Entonces, Odiseo y Aias abandonaron la choza con tristeza. Pero Foinix se quedó y Patroklos, el querido amigo de Aquiles, le hizo una cama con vellocinos y alfombras".

"Odiseo y Aias caminaron junto a los barcos, a lo largo de la costa, hasta donde estaba Agamenón con los principales guerreros de la hueste. Odiseo les contó que por ningún motivo Aquiles volvería a la batalla y todos quedaron silenciosos y apesadumbrados". Entonces Diomedes, el gran jinete, se puso de pie y dijo: "Dejemos que Aquiles se quede o se vaya, luche o no luche, como él quiera. Pero es a nosotros, que hemos hecho un juramento de tomarnos la ciudad de Príamo, que nos corresponde la lucha. Cenemos y descansemos ahora y mañana nos lanzaremos contra las huestes de Héctor. Y tú, Agamenón, tomarás el primer lugar en la batalla."

"Así habló Diomedes y los guerreros aplaudieron e hicieron libaciones de vino a la salud de los dioses y después se fueron a sus tiendas a dormir. En cuanto a Agamenón, el Rey, no pudo

dormir esa noche. Frente a sus ojos estaba el resplandor de las mil fogatas de la guardia de Héctor y en sus oídos estaban los sonidos de los pitos y flautas de los soldados troyanos acampados en la llanura".

XIII

"Cuando amaneció, el Rey se preparó para la batalla colocándose el gran peto y su casco, que tenía una gran pluma de crin de caballo, colocándose en las piernas grebas que fijó con broches de plata en los tobillos, y colgando de sus hombros una gran espada que brillaba con clavos de oro, una espada que tenía una funda de plata con cadenas de oro. Sobre sus hombros se puso una gran piel de león y en el brazo un escudo que protegía todo su cuerpo. Luego tomó en sus manos dos fuertes espuelas de bronce, y así arreglado y armado estuvo listo para tomar el primer lugar en la batalla".

"Gritó y pidió a los griegos que se armaran; todos lo hicieron y salieron de detrás del muro que protegía a sus barcos, hacia la planicie de Troya. Luego los jefes abordaron sus carros y los aurigas enfilaron sus caballos hacia el lugar de la batalla".

"En lo alto de la planicie frente a ellos se habían reunido los troyanos en sus batallones y la figura del gran Héctor era claramente visible para Agamenón y sus hombres. Como una estrella que de vez en cuando se oculta detrás de una nube, así apareció Héctor al atravesar sus batallones, cubiertos por reluciente bronce. Lanzas y flechas cayeron en ambos bandos. Infantes daban muerte a infantes y jinetes daban muerte a jinetes con la espada, y en la planicie se levantó la polvareda removida por el tronar de los cascos de los caballos. Desde la madrugada hasta la mañana, y desde la mañana hasta el mediodía seguía la batalla, pero al medio día los griegos rompieron las filas de los troyanos. Entonces Agamenón se precipitó con su carro en la brecha. Inmediatamente hirió a dos hombres y lanzándose adelante, mató a dos guerreros que eran hijos del Rey Príamo. Como fuego que cae sobre el bosque e incendia la maleza, atravesó el Rey Agamenón en medio de las filas troyanas, dejando muchos carros vacíos, guiados sólo por caballos de fuertes cuellos, y a sus soldados muertos en tierra. Y enardeciendo a los hombres llegó hasta los muros de Troya, matando guerreros troyanos con su lanza. Héctor no fue tras él, porque los dioses le habían advertido que no lanzara ningún ataque hasta que Agamenón regresara de su incursión.

Pero un guerrero troyano hirió a Agamenón en el antebrazo, atravesándole bajo el codo con la punta de su lanza. Aun así Agamenón siguió matando con lanza y espada en las filas troyanas, y cuando la sangre se secó en su herida y sintió un fuerte dolor y gritó. ¡Oh amigos y capitanes! ¡no me es posible seguir peleando por siempre contra los troyanos; pero continúen ustedes luchando para mantener los barcos fuera de la batalla! El auriga de Agamenón hizo girar los caballos, los que cubiertos de espuma y polvo cruzaron la planicie llevando al Rey herido fuera del campo de batalla...

"Entonces Héctor se lanzó al ataque. Subiendo a su carro guió a los troyanos. En su primer ataque mató a nueve capitanes griegos. Sus filas se habrían roto y los griegos habrían huido a sus barcos si Odiseo no hubiera estado en ese flanco de la batalla con Diomedes, el gran jinete. Odiseo gritó "Ven Diomedes, o si no Héctor nos barrerá de la planicie y llevará la batalla a los barcos".

"Entonces los dos se lanzaron en medio de la batalla y contuvieron el ataque de Héctor hasta

que los griegos se recuperaron. Héctor se lanzó contra ellos en su carro. Diomedes levantó su poderosa lanza y la arrojó con toda su fuerza contra Héctor. El bronce de la lanza chocó con el bronce del casco, y bronce por bronce fue devuelto. El golpe derribó a Héctor, que saltando de su carro quedó aprisionado por los guerreros, apoyándose en manos y rodillas. Se le oscureció la vista por un instante, pero volvió a respirar de nuevo y saltando de nuevo a su carro, se alejó de tan peligroso lugar".

"Entonces Diomedes recibió una herida más grave de parte de Paris. Quien protegido por un pilar, le había lanzado un flechazo atravesándole el pie. Odiseo protegió a su amigo y camarada con su escudo y Diomedes pudo sacar la flecha de su herida. Sin embargo, Diomedes se vio obligado a subir a su carro y retirarse de la batalla".

Ahora Odiseo era el único capitán que se mantenía en la batalla y las tropas troyanas llegaron y lo rodearon sin dificultad. Un guerrero lo golpeó en el centro de su escudo y la lanza del poderoso troyano pasó e hirió a Odiseo. Odiseo mató al troyano y se sacó la lanza de su herida, pero tuvo que ceder terreno. Gritó tan fuerte como pudo a los otros capitanes y el fuerte Aias lo escuchó, y trajo su famoso escudo que semejaba una torre. Los soldados troyanos que lo habían cercado retrocedieron al ver a Aias, y Odiseo salió de la presión de la batalla y subiéndose a su carro, se alejó.

"Donde luchaba Aias, los troyanos cedían lugar, y eran empujados hacia la ciudad. Pero de repente pasó algo inesperado. Confundiéndose Aias, dejó tras sí el enorme escudo, y como un toro salvaje, moviéndose a un lado y a otro, retrocedió frente a los que lo atacaban. Pero una y otra vez se recuperó, y con su gran escudo detuvo a los troyanos que amenazaban los barcos. Las flechas caían tupidas en su escudo, confundiendo su mente. Y Aias pudo haber perecido bajo las flechas si sus camaradas no lo hubieran rescatado llevándolo a un lugar protegido, pero así fue que se salvó".

Durante todo este tiempo Héctor luchaba contra los griegos, que eran dirigidos por Néstor e Idomeneus, en el ala izquierda de la batalla; y desde este lado Paris lanzaba flechas que amagaban a los enemigos de la ciudad de su padre. Hirió a Macaón, que era el más experto de los curanderos de todo el ejército, y los que estaban cerca de Macaón temían que los troyanos lo capturaran y se lo llevaran.

Entonces dijo Idomeneus: "Néstor, acércate y recoge a Macaón en tu carro y sácalo de la batalla. Un curador como él vale por muchos soldados. Sálvale la vida y así tendremos quien nos saque las flechas y nos cure las heridas". Entonces Néstor levantó al curador y lo sacó de la batalla llevándolo hacia los barcos.

XIV

Aquiles, en el timón de su barco, vio la batalla según variaba de un bando a otro, pero su corazón no se conmovió de piedad por la destrucción que caía sobre los griegos. Vio al carro de Néstor ir de un lado a otro, arrastrado por sudorosos caballos y comprendió que llevaba a un hombre herido. Cuando hubo pasado, le comentó a su amigo Patroklos.

"Ve ahora, Patroklos" -dijo- "y pregunta a Néstor por el que lo ha sacado de la batalla".

"Voy, Aquiles".

Y apenas habló, salió corriendo por la fila de barcos hacia la cabaña de Néstor. Se paró en la

puerta y cuando Néstor lo vio, lo hizo entrar.

"Aquiles me manda, respetado Néstor" -dijo Patroklos- A preguntar quién es el que te sacó herido del campo de batalla. Pero no necesito preguntarlo, puesto que veo que no es otro que Macaón, el mejor de nuestros médicos".

"¿Por qué debería preocuparse Aquiles por los heridos en la lucha contra Héctor? -dijo el anciano Néstor- a él no le preocupa en absoluto los males que caigan sobre los griegos. Pero tú, Patroklos, te apesadumbrarás al saber que Diomedes y Odiseo han sido heridos y que Macaón, a quien ves aquí, también está malherido. Ah, pero Aquiles será el causante de que las huestes perezcan junto a nuestros barcos quemados cuando Héctor triunfe sobre los griegos".

"Entonces el anciano se levantó y llevando a Patroklos de la mano, lo hizo entrar a la cabaña y lo hizo sentarse en un banco al lado del herido Macaón".

"Patroklos" -dijo Néstor- "habla con Aquiles". "Tu padre te dijo que lo aconsejaras. ¿No dijo que sacaras a Aquiles de los malos momentos con palabras gentiles?. Recuerda ahora las palabras de tu padre, Patroklos, y si alguna vez hablaste a Aquiles con sabiduría, hazlo ahora. ¿Quién sabe si tus palabras puedan levantar su espíritu para que tome parte en la batalla que tenemos que dar contra Héctor?"

"No, no anciano" -dijo Patroklos- "no voy a hablar con Aquiles para pedirle tal cosa".

"Entonces" -dijo Néstor- "entra tú en la batalla y trae a los Mirmidones de Aquiles contigo. Entonces nosotros, que estamos agotados con la lucha, podremos tomar un respiro, y pídele a Aquiles que te preste su armadura para que la puedas usar en la batalla. Si tú aparecieras vestido con el bronce de Aquiles, los troyanos creerán que Aquiles ha entrado en la guerra otra vez y no nos atacarán con tanto brío".

"Lo que dijo Néstor le pareció bien a Patroklos, abandonó la cabaña y regresó a lo largo de los barcos y en su camino se encontró con Euripilos, un hombre gravemente herido, arrastrándose fuera de la batalla, y Patroklos lo ayudó a llegar a su cabaña, alentándolo con sus palabras y colocándole hierbas medicinales en las heridas".

"Y ya cuando había dejado la cabaña del viejo Néstor, Héctor estaba junto al muro que los griegos habían construido para defender sus barcos. Ya venían los troyanos con sus escudos de cuero de vaca. Desde las torres a lo largo del muro los griegos lanzaban grandes piedras sobre los atacantes troyanos".

"Sobre las huestes voló un águila, sosteniendo en sus garras una serpiente color rojo-sangre. La serpiente luchaba con el águila y el águila luchaba contra la serpiente, y ambas se habían herido profusamente. Pero mientras volaban sobre las huestes de griegos y troyanos, la serpiente hirió al águila, y el águila, herida en el pecho, soltó a la serpiente. Los troyanos se atemorizaron al ver a la serpiente rojo sangre en su trayecto, porque pensaron que era un presagio de Zeus. Habrían retrocedido de los muros si Héctor no los hubiera presionado: "¡Un presagio mejor gritó- es dar una buena lucha por nuestro país. Adelante entonces, y demos batalla a esos barcos que llegaron a nuestras costas contra la voluntad de los dioses!"

"Así habló Héctor. Luego levantó una piedra -tal piedra que ni entre dos de los más fuertes hombres vivientes habrían podido levantar- y la lanzó con toda su fuerza a la puerta. Rompió las bisagras y los barrotes y la gran puerta se derrumbó ante el impacto de la enorme piedra. Entonces Héctor saltó adentro con dos lanzas en su mano. Ningún guerrero le pudo hacer frente ahora, y los

troyanos escalaron los muros y se introdujeron a través de la puerta rota. Aterrorizados y consternados, los griegos huyeron hacia sus barcos.

"Patroklos vio caer la puerta y a los troyanos dirigirse hacia los barcos como una roca que se desliza cerro abajo. Idomeneus y Aias lideraron a los griegos que luchaban para contenerlos. Héctor lanzó una lanza a Aias y lo golpeó en el cinturón de su escudo y en la correa de su espada cruzada, pero no fue herido por el golpe. Luego Aias lanzó a Héctor una gran piedra que se usaba para empujar los barcos. Le golpeó en el pecho. Justo sobre el borde de su escudo. Bajo el peso de este golpe, el gran Héctor giró como un trompo. La lanza cayó de su mano y el bronce de su escudo y casco retumbaron al caer al suelo.

"Entonces los griegos se lanzaron dónde estaba Héctor, esperando poder arrastrarlo. Pero sus camaradas lo rodearon con sus escudos e hicieron retroceder a los guerreros que lo asediaban. Subieron a Héctor a su carro y lo retiraron de la zona de peligro, mientras se quejaba muy fuertemente de la herida causada por este terrible golpe.

"Entonces los griegos reaccionaron y volvieron gritando, haciendo retroceder a los troyanos. Los rápidos caballos del carro de Héctor lo sacaron a la planicie. Los que estaban con él lo sostenían y Héctor respiraba con dificultad brotando sangre negra. Y entonces, mientras yacía ahí, oyó la voz de un dios, tal vez de Apolo, que le decía: "Héctor, hijo de Príamo, ¿por qué estás allí desmayándote, lejos de tu hueste? Recupera tu espíritu. Pide a tu auriga que te lleve en tu carro a los barcos griegos".

Entonces Héctor se levantó y fue entre sus hombres, levantándoles el ánimo y llevándolos nuevamente al muro, y cuando los griegos vieron a Héctor nuevamente en posición de batalla, moviéndose entre sus tropas, se asustaron.

"Se subió a su carro y les gritó a los otros, y los aurigas azotaron a los caballos y llegaron como una gran ola. Cruzaron otra vez la muralla destruida y llegaron cerca de los barcos. Entonces muchos griegos se fueron a sus barcos y golpearon con largas picas a los que se acercaban".

"Y en torno de los barcos los guerreros griegos se mantenían como rocas donde las olas revientan en vano. Néstor les gritó a los griegos, pidiendo que lucharan como héroes, o si no, que perdieran toda esperanza de regresar a sus tierras si les quemaban las naves. Aias, con una larga pica en las manos, hizo retroceder a muchos troyanos, mientras que con grandes gritos, infundía coraje a los griegos. Héctor luchó su camino adelante gritando a los troyanos que trajeran fuego para quemar los barcos que habían llegado a sus costas contra la voluntad de los dioses".

"Él llegó hasta el primer barco y puso su mano en el timón. Muchos lucharon con él allí. Espadas, lanzas y armaduras cayeron al piso, algunas desde las manos, otras desde los hombros de los guerreros, y la tierra estaba roja de sangre". Pero Héctor no se alejó del barco. Y gritaba: "¡Traigan fuego para quemar el barco que ha traído al enemigo a nuestras tierras! Las calamidades que nos afligen se las debemos a la cobardía de los mayores de la ciudad, no me dejaron traer a mis guerreros aquí y atacar a los barcos cuando recién llegaron a nuestras playas. No regresaremos a la ciudad hasta que hayamos quemado los barcos".

"Pero cualquiera que trajera fuego cerca del barco era golpeado por el poderoso Aias, que se mantuvo ahí con su larga pica en mano. Todo este tiempo Patroklos estaba sentado en la cabaña de Euripilos -el hombre herido al que había socorrido- animándolo con sus palabras y colocándole hierbas medicinales en las heridas. Pero cuando vio que traían fuego a los barcos, se levantó y

dijo: "Euripilos, no puedo quedarme más tiempo contigo, aunque tienes mucha necesidad de ayuda. Tengo que conseguir ayuda para nuestros guerreros". Rápidamente salió de la cabaña y corrió donde estaba Aquiles.

"Si tu corazón" -dijo- "está aún endurecido hacia los griegos, y no deseas venir en su ayuda, déjame ir a la lucha y déjame llevar tu compañía de Mirmidones. Y oh, Aquiles, concédeme otra cosa: déjame usar tu armadura y tu casco de modo que los troyanos creen que Aquiles ha vuelto a la batalla. Entonces huirán y nuestros soldados tendrán un respiro".

Aquiles dijo, "He declarado que no cesaré en mi enojo hasta que los troyanos vengan a mis propios barcos. Pero tú Patroklos, querido amigo, puedes ir a la batalla. Y lo que has pedido te será dado libremente, mis Mirmidones y mi armadura, y aún mi carro y mis caballos inmortales. Aleja a los troyanos de los barcos, pero cuando los hayas alejado, regresa a esta cabaña. No vayas cerca de la ciudad. Regresa cuando los troyanos no estén cerca de los barcos, te lo pido Patroklos, y deja a otros la batalla en las planicies".

"Entonces Patroklos se puso la armadura que Zeus le había dado al padre de Aquiles, Peleus. En su hombro se colgó la espada de bronce con sus ribetes de plata y en su cabeza se puso el casco con su alta cresta de crines de caballo, el terrible casco de Aquiles. Entonces Aquiles le pidió al auriga que acoplara los caballos al carro, los caballos Xantos y Balios, que también eran regalo de los dioses. Y mientras todo esto se hacía, Aquiles fue donde los Mirmidones, preparándolos para la batalla y pidiéndoles recordar todas las amenazas que habían proferido contra los troyanos en el momento en que se habían retirado de la lucha".

"Entonces se retiró a su cabaña, y abriendo el baúl que su madre, Tetis, le había dado, tomó de allí una copa de cuatro asas, una copa de la cual nadie había bebido excepto Aquiles. Entonces, colocando vino en la copa y levantándola hacia el cielo, Aquiles imploró a Zeus, el más grande de los dioses:

"Mando a mi camarada a la guerra, oh Zeus que ves lejos: Fortalece su corazón, oh Zeus, que todos los triunfos sean para él, pero cuando haya alejado de nuestros barcos las lanzas de nuestros enemigos, desde el fragor de la batalla que pueda regresar indemne hacia mi, con sus armas y sus compañeros con los que luchará cuerpo a cuerpo".

"Así rezó Aquiles, y los Mirmidones gritaron junto a los barcos ansiosos por entrar a la batalla".

XV

¿Quién fue el primero de los grandes defensores de Troya en caer frente a la arremetida de Patroklos? El primero fue Sarpedón, que había llegado a ayudar a Héctor con un ejército desde una ciudad más lejana que Troya. Vio a los Mirmidones luchar junto a los barcos y romper las filas de los troyanos y apagar los fuegos de los barcos medio quemados. Él vio que el guerrero que tenía la apariencia de Aquiles asustaba a los troyanos y éstos hacían devolver sus caballos hacia la ciudad. Los Mirmidones los barrieron con Patroklos a la cabeza. Cuando lo vio salir de los barcos, Sarpedón le lanzó un dardo a Patroklos. El dardo no lo alcanzó. Entonces Patroklos le lanzó una lanza, que alcanzó a Sarpedón en el corazón, cayendo muerto desde su carro. Y entonces empezó una lucha por su cuerpo, los troyanos querían llevar su cuerpo a la ciudad para poder enterrar con todos los honores al hombre que los había ayudado, y los griegos querían llevárselo, de modo que

teniendo el cuerpo y la armadura, la muerte de Sarpedón sería un triunfo más para ellos.

"Así que siguió la batalla por el cuerpo. Ahora el compañero de Sarpedón, Glauco, pensó en Héctor, que estaba luchando en otra parte del campo de batalla, y le habló, reprochándole: "Héctor" -le dijo- "¿te has olvidado de los que han venido desde su país a ayudarte a proteger la ciudad de tu padre? Sarpedón ha caído y los Mirmidones de Aquiles le han quitado la armadura y quieren llevar su cuerpo a los barcos para que su triunfo sobre él sea aún mayor. La desgracia caiga sobre ti, Héctor, si ganan este trofeo".

"Héctor, al oír esto, sin dilación se fue al lugar donde había caído Sarpedón. Mató inmediatamente a los griegos que tenían las manos sobre él. Pero cuando luchaba, repentinamente le pareció a Héctor que los dioses habían resuelto darle la victoria a los griegos, y su espíritu se tornó abrumado y sin esperanza. Viró sus caballos hacia la ciudad y galopó para salir de la presión de la batalla. Entonces los troyanos que estaban con él abandonaron del cuerpo de Sarpedón y los griegos lo tomaron, le quitaron la armadura y lo llevaron a sus barcos".

"Fue entonces que Patroklos olvidó la orden de Aquiles de no llevar la batalla más allá de los barcos y regresar cuando los troyanos fueran repelidos hacia su ciudad. Patroklos se olvidó de todo esto, les gritó a los caballos inmortales Xantos y Balios que empujaban el carro, y matando soldado tras soldado, cabalgó a través de la planicie, y llegó hasta las mismas puertas de Troya".

"Héctor estaba tras la puerta y no había descendido de su carro. Entonces frente a él apareció uno que parecía ser el Dios Apolo, pero que tenía la apariencia de un mortal. "Héctor" -le dijo- ¿por qué has abandonado la lucha? Mira, Patroklos está frente a las puertas de la ciudad de tu padre. Vuelve tus caballos contra él y ataca para matarlo, y que los dioses te den gloria".

"Entonces Héctor ordenó a su auriga que atravesara las puertas y lo llevara a la batalla. Se acercó a Patroklos, y éste, bajando de su carro, tomó una gran piedra, y se la lanzó al carro de Héctor. Le dio en la frente y lo lanzó fuera del carro.

Héctor saltó del carro y tomó su espada en la mano, sus hombres rodearon a Patroklos y a Héctor, y la batalla empezó en torno del carro de Héctor. Tres veces se lanzó Patroklos contra las filas de los troyanos y cada vez mató a nueve, pero la perdición de Patroklos estaba cerca. Un guerrero lo golpeó en la espalda y le hizo saltar el casco, que con su cresta de largos crines de caballo rodó bajo las patas de sus corceles. ¿Qué fue lo que golpeó al Príncipe Patroklos en ese momento? La gente dice que fue el dios Apolo que no toleraba que la sagrada ciudad de Troya fuera tomada antes que los dioses lo permitieran.

"La lanza cayó de sus manos, el gran escudo que Aquiles le había dado, cayó al suelo. Cedió terreno y se retiró hacia sus compañeros. Entonces Héctor le dio el golpe mortal. Lo golpeó con su gran lanza y atravesó su cuerpo.

"Entonces Héctor gozó gritando, "Patroklos, tu juraste que saquearías nuestra ciudad Sagrada y que terminarías con los días de libertad de nuestra gente. ¡Ahora has caído y Nuestra Ciudad no deberá temerte más!

"Entonces dijo Patroklos: "Tú puedes regocijarte ahora, Héctor, aunque no es tu golpe el que me mata, sino el golpe de Apolo el que me derribó. Goza de mi muerte cuanto quieras, pero escucha lo que te voy a decir y guárdalo en tu corazón: Tu destino también está echado, y Aquiles te matará".

"Pero Héctor no escuchó lo que el moribundo Patroklos decía. Sacó de su cuerpo la armadura

de Aquiles, que había sido un regalo de los dioses. También quería llevarse a la ciudad el cuerpo de Patroklos para que su triunfo fuera más grande, pero ahora Aias llegó donde había caído Patroklos y colocó su gran escudo sobre él. Siguió la lucha y Héctor, retirándose a la planicie, se puso la armadura que había sacado del cuerpo de Patroklos. La armadura se ajustó a cada pierna y articulación, y al ponérsela, su alma sintió más valor y fuerza que nunca".

"Y los caballos inmortales que había manejado Patroklos, habiendo salido al galope del campo de batalla, se detuvieron y no querían moverse por más que su auriga hacía todo lo posible. Se mantuvieron aparte con sus cabezas gachas, y las lágrimas caían de sus ojos al suelo. Y Zeus, el más grande de los dioses, los vio y tuvo pena por ellos y se dijo: "Ah, caballos inmortales, ¿por qué los di yo al Rey Peleus, cuya generación muere mientras ustedes permanecen jóvenes y sanos? ¿Es que deben saber de las penas que afligen a los hombres mortales? Lamentable es, en verdad, el destino de los hombres de la tierra. Aún Héctor, que se vanagloria con la armadura que los dioses le dieron, pronto caerá muerto y la ciudad que defiende será quemada por el fuego".

"Así diciendo, puso valor en los inmortales caballos y éstos fueron donde los quiso conducir su auriga, saliendo indemnes del campo de batalla".

"Héctor, protegido con la armadura de Aquiles, reunió a sus compañeros y los llevó a la batalla para ganar y llevarse el cuerpo de patroklos. Pero todo el que ponía manos sobre ese cuerpo, era muerto instantáneamente por Aias. La batalla siguió todo el día, porque los griegos se decían unos a otros: "Compañeros, que la tierra se abra y nos trague antes que dejar que los troyanos se lleven el cuerpo de Patroklos." y por el lado de los troyanos se decía: "Amigos, nos dejaremos matar todos junto a este hombre, antes que retroceder ahora".

"El hijo de Néstor, Antilocos, que luchaba en el lado izquierdo del campo de batalla, escuchó que Patroklos había muerto. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su voz se cortó por el pesar, y se lanzó fuera del campo de batalla para llevar la terrible noticia a la cabaña de Aquiles. "Ha caído Patroklos" -gritó- "y griegos y troyanos luchan por su cuerpo desnudo, porque Héctor le ha sacado la armadura".

"Entonces Aquiles se desvaneció y su cabeza quedó en las cenizas de su cabaña. Al despertar gemía terriblemente. Su madre-diosa lo escuchó y salió de las profundidades del mar. Fue hasta él, que todavía se quejaba terriblemente, le tomó la mano y la golpeó diciendo: "Mi niño, ¿por qué lloras?" Aquiles dejó de lamentarse y contestó, "Patroklos, mi querido amigo, ha sido muerto. Ahora ya no tendré alegría en mi vida, salvo la alegría de matar a Héctor, que mató a mi amigo".

"Tetis, su madre-diosa, lloró cuando escuchó estas palabras de Aquiles. "Corta vida será la tuya, hijo mío" -dijo ella- "porque está indicado por los dioses que después de la muerte de Héctor, vendrá tu muerte".

"Déjame morir ahora" -dijo Aquiles- "puesto que dejé morir a mi amigo sin darle ayuda. Oh, que yo no haya dejado que mi espíritu se sobreponga a mi rabia. Aquí estoy, una carga inútil sobre la tierra, mientras mis camaradas y mi propio amigo luchaban por su tierra - yo, que soy el mejor de todos los griegos-. Pero ahora dejadme ir a la batalla y hacer ver a los troyanos que Aquiles ha vuelto, aunque haya tardado mucho".

"Pero tu armadura hijo mío" -dijo Tetis- "Ahora no tienes armadura que te proteja en la batalla. No vuelvas hasta que me veas de nuevo. Regresaré en la mañana y te traeré la armadura que

Hefastos, el herrero de los dioses, hará para ti".

"Así habló ella, alejándose de su hijo, y se fue al Olimpo, donde tienen su morada los dioses".

"La oscuridad había caído entre los que combatían en torno del cuerpo de Patroklos, y en esa oscuridad, más griegos que troyanos habían perecido. Les parecía a los griegos que Zeus había resuelto darle la victoria a los troyanos y no a ellos, y estaban desmoralizados. Sin embargo, cuatro héroes griegos levantaron el cuerpo de Patroklos sobre sus hombros intentando retirar el cuerpo mientras Aias y su hermano contenían a los troyanos. Los troyanos presionaron, golpeando con sus espadas y hachas, pero Aias y su hermano los mantuvieron a distancia. Semejando un cordón de bosques que se extiende a través de la planicie y contiene una poderosa inundación, así Aias y su hermano mantuvieron la distancia con los troyanos".

"Aquiles todavía estaba en su cabaña, quejándose de sus penas, y fuera de la cabaña, los sirvientes lanzaban fuertes lamentaciones. El día llegó a su fin pero la batalla continuó y Héctor seguía luchando contra Aias y su hermano. Entonces la figura de una diosa apareció frente a Aquiles que yacía en el suelo y le dijo: "Levántate Aquiles o Héctor arrastrará el cuerpo de tu amigo Patroklos hasta Troya".

"Y Aquiles dijo: "Diosa Iris, ¿cómo puedo ir a la batalla si los troyanos tienen la armadura que debería protegerme?".

"Iris, la Mensajera de los dioses le dijo: "Anda al muro, tal como estás, y muéstrate así a los troyanos y puede ser que se asusten al verte y al oír tu voz. Puede ser que así los troyanos den un respiro a los hombres que defienden el cuerpo de Patroklos".

"Así dijo y desapareció. Entonces Aquiles se levantó y caminó al muro que se había construido en torno de los barcos. Se paró en lo alto del muro y gritó a través de la fosa, y amigos y enemigos lo vieron y escucharon su voz. En torno de su cabeza se formó una llama de fuego como nunca se había visto antes en la cabeza de un mortal. Y al ver la llama en su cabeza y al escuchar su terrible voz los troyanos se espantaron y quedaron paralizados. Entonces los griegos tomaron el cuerpo de Patroklos, lo colocaron en una litera y lo sacaron del campo de batalla".

XVI

"Ahora Tetis, la madre de Aquiles, se fue al Olimpo a la casa de Hefastos, el herrero de los dioses. Su casa brillaba más que todas las casas del Olimpo, porque Hefastos la había hecho de bronce brillante. Y dentro de la casa había maravillas: sirvientas que no eran seres vivos, sino que hechas de oro y con tal maravillosa maestría que servían y ayudaban a Hefastos como si fueran vivas".

"Hefastos era cojo, tenía el pie torcido y caminaba a saltos. Él y Tetis eran viejos amigos, porque cuando su madre lo había abandonado debido a su pie torcido, Tetis y su hermana lo habían acogido en una caverna marina, y fue durante el tiempo que vivió con ellas que empezó a trabajar los metales. De modo que el dios cojo estuvo feliz de ver a Tetis en su casa y le dio la bienvenida, le dio un apretón de manos y le preguntó qué podría hacer por ella".

"Entonces Tetis, llorando, le habló sobre su hijo Aquiles; le contó cómo había perdido a su querido amigo patroklos, cómo había tenido que ir a luchar contra Héctor, y cómo se había quedado sin armadura para proteger su vida, pues la que los dioses habían dado a su padre estaba

ahora en manos de los enemigos, y Tetis le rogó a Hefastos que hiciera una nueva armadura a su hijo para que pudiera ir a la batalla".

"Ella no había terminado de hablar cuando Hefastos fue a su banco de trabajo y puso sus fuelles -eran veinte en total- a trabajar, y los veinte fuelles soplaban en el crisol y produjeron un brillante y caliente fuego. Entonces Hefastos lanzó al fuego bronce, estaño, plata y oro; colocó en el suelo un gran yunque y tomó en una mano su martillo y en la otra las tenazas".

Para la armadura de Aquiles hizo primero el escudo y luego un peto que brillaba como el fuego. Hizo un sólido casco y brillantes grebas para usar en los tobillos. El escudo fue hecho de cinco láminas, una lámina de metal sobre la otra, de modo que era tan fuerte y gruesa que no había lanza o flecha que lo pudiera atravesar. Y sobre el escudo martilló imágenes que eran una maravilla a los ojos de los hombres.

"Las primeras eran imágenes del sol, la luna y las estrellas que observan los pastores y los marinos: las Pléyades, las Híades, Orión y la Osa Mayor, llamada también El Carro y abajo martilló también la imagen de dos ciudades: en una la gente iba a banquetes, a tocar música, a bailar y a conversar a los mercados; la otra era una ciudad sitiada, había guerreros en los muros y había un ejército que marchaba fuera de las puertas a dar batalla a los sitiadores. Y bajo la imagen de las ciudades hizo un cuadro de un campo arado, con labradores que llevaban sus yuntas de bueyes a lo largo de los surcos, y hombres que les traían vasos de vino. E hizo el cuadro de otro campo donde los hombres cortaban el trigo y los niños juntaban las espigas, donde había un sirviente bajo un roble preparando un almuerzo y mujeres preparando cebada para la comida de los hombres que estaban cosechando, y un Rey que miraba aparte la escena, con un bastón en su mano, gozando de lo que veía.

Hizo otra imagen de una viña, con racimos de uva negra, y con parrones que colgaban de postes de plata. Y en la viña se veían niñas y jóvenes que cosechaban las uvas en canastas, y entre ellas había un niño que tocaba la viola. Además de la imagen de la viña, hizo imágenes de ganado con vaqueros y con nueve perros que cuidaban las vacas. Pero mostró dos leones que habían cogido al toro del ganado, y los perros y hombres luchaban por echarlos, pero estaban asustados. Y además de la imagen del ganado, hizo la imagen del prado, con ovejas y redil, y cabañas techadas.

"Hizo otro cuadro de jóvenes y niñas que danzaban tomados de la mano. Las niñas tenían hermosos vestidos y ramos de flores y los jóvenes tenían dagas de oro colgando de su cinturón. Un gran grupo acompañaba a los que danzaban, y entre ellos había un trovador que tocaba una lira".

"Luego, alrededor de todo el borde del escudo, Hefastos, el dios cojo, colocó una imagen del Océano, cuyos torrentes rodean al mundo. No se demoró mucho en hacer el escudo y las otras maravillosas piezas, y tan pronto estuvo lista, Tetis bajó del Olimpo, volando como un halcón, llevando la armadura a los pies de Aquiles, su hijo".

"Y Aquiles, cuando vio la espléndida armadura que Hefastos, el dios cojo, había hecho para él, se levantó de donde estaba y tomó la maravillosa pieza en sus manos. Y cuando empezó a ponerse la armadura, ninguno de los Mirmidones que lo rodeaban pudo mirarla porque brillaba tan fuerte y tenía todas las señas de haber sido hecha por un dios".

XVII

Entonces Aquiles se puso la brillante armadura, que le quedó como si fueran alas. Colocó el brillante escudo frente a él y tomó en sus manos la gran lanza que el centauro Quirón le había dado a Peleus, su padre; esa lanza que sólo Aquiles podía esgrimir. Le pidió a su auriga que enganchara los caballos inmortales Xantos y Balios. Entonces, cuando subió a su carro, Aquiles habló a los caballos y les dijo: "Xantos y Balios, esta vez traigan al héroe que va con ustedes sano de vuelta a los barcos y no lo dejen muerto en la planicie como lo hicieron con el héroe Patroklos".

"Entonces Xantos, el caballo inmortal, habló contestando por él y su camarada: "Aquiles" - dijo con su cabeza gacha y su mano en el suelo- "Aquiles, por esta vez te traeremos de vuelta a salvo de la batalla, pero llegará el día en que no te traeremos de vuelta, en que tú también yacerás con los muertos frente a los muros de Troya".

"Entonces Aquiles se sintió turbado y dijo: "Xantos, mi corcel, ¿por qué me recuerdas con tus profecías lo que yo ya sé, que mi muerte también está señalada y que voy a morir aquí, lejos de mi padre y de mi madre y de mi tierra!".

"Entonces condujo a sus inmortales corceles hacia la batalla. Los troyanos se asustaron cuando vieron a Aquiles mismo en la batalla, brillando en la armadura que Hefastos había hecho para él. Retrocedieron frente a su ataque. Y Aquiles gritó al capitán de los griegos: "No se separen de los hombres de Troya, sino que entren conmigo a la batalla y que todos pongan toda su alma en la lucha".

"Y en el lado de los troyanos Héctor gritó a sus capitanes diciendo, "No dejen que Aquiles los haga retroceder. Aunque sus manos sean tan irresistibles como el fuego y su fiereza tan terrible como el centelleante acero, iré contra él y lo enfrentaré con mi lanza".

"Pero Aquiles avanzó, y capitán tras capitán troyano fue cayendo frente a él. Entre los guerreros que divisó en la lucha, estaba Polidoro, el hermano de Héctor, y el más joven de los hijos del Rey Príamo. Príamo le había prohibido que jamás entrara en la batalla, porque lo amaba como si aún fuera un niño pequeño. Pero Polidoro había ido ese día, confiando en la rapidez de sus pies para escapar con vida. Aquiles lo vio, lo persiguió y lo mató con su lanza. Héctor vio la muerte de su hermano. Entonces no soportó más mantenerse fuera de la batalla. Se fue directo donde estaba Aquiles que manejaba su gran lanza. Y cuando Aquiles lo vio, gritó "Aquí está el hombre que más profundamente ha herido mi alma, que mató a mi querido amigo Patroklos. Ahora lucharemos los dos y Patroklos será vengado por mí". Y le gritó a Héctor: "Ahora Héctor, el día de tus triunfos y el día de tu vida han llegado a su fin".

"Pero Héctor le respondió sin miedo: "No me vas a asustar con palabras, Aquiles; ya sé que eres un hombre poderoso y más fuerte que yo. Pero la lucha entre nosotros depende de la voluntad de los dioses. Haré lo mejor contra ti, y mi lanza ha demostrado tener un lado peligroso".

"Habló, y levantando su lanza la lanzó contra Aquiles. Entonces el aliento de un dios desvió la lanza de Héctor hacia un lado, porque no estaba decidido que Héctor ni Aquiles debieran perecer en ese momento. Aquiles lanzó a Héctor para matarlo, pero un dios ocultó a Héctor en una densa niebla. Entonces Aquiles, rabioso, dirigió su carro al medio de la batalla y mató a muchos grandes capitanes. Llegó al Escamandro, el río que fluye por la planicie frente a la ciudad de Troya, y mató a tantos soldados que el río se levantó con rabia contra él por haber ahogado sus aguas con la sangre de los cuerpos".

"Luego siguió hacia la ciudad como un ardiente fuego por el valle que ardía de calor. En una torre de los muros de Troya estaba Príamo, el anciano Rey, viendo a los troyanos acercarse en una desordenada fila hacia la ciudad y vio a Aquiles con su armadura, brillante como una estrella, como la estrella que se ve a la hora de la cosecha, la estrella llamada el 'Perro de Orión' la estrella más brillante de todas las estrellas, y que sin embargo, es un signo del mal, y el anciano Príamo se apenó muchísimo mientras estaba en la torre mirando a Aquiles, porque supo en su corazón a quién iba a matar ese hombre: a Héctor, su hijo, el protector de su ciudad.

XVIII

Hasta aquí llega la historia de Aquiles, que Telémaco, el hijo de Odiseo, escuchó de los labios del Rey Menelao mientras estaba sentado con su camarada en el comedor del Rey. Y más le habría contado Menelao si Helena, su esposa no se hubiera puesto a llorar. "¿Por qué lloras tú, Helena?" -dijo Menelao- "ah, ya sé, es porque las palabras que relatan la muerte de Héctor te son penosas".

Y Helena, la hermosa dama, dijo: "Nunca el Príncipe Héctor me dijo una palabra dura o injusta durante todos los años que estuve en casa de su padre. Y si alguien me reprendía, él venía y me decía palabras amables. ¡y mucho lamenté la muerte del gentil Héctor!. Después de su esposa y su madre, fui yo la que más lo lloró y cuando alguien habla de su muerte, no puedo evitar llorar".

Dijo Menelao: "Alivia el pesar de tu corazón, Helena, apreciando a Héctor por su juventud y contando los recuerdos que guardas de él".

"Mañana lo haré" dijo Helena. Y salió del salón con sus doncellas, y los sirvientes guiaron a Telémaco y Peisistratus a sus dormitorios".

A la mañana siguiente se sentaron en el comedor el Rey Menelao, Telémaco y Peisistratus, y Helena que había llegado con ellos. Sus criadas le trajeron su canasta de plata con bordes de oro y su rueca de oro que, junto con el canasto, había sido un regalo de la esposa del Rey de Egipto. Y Helena se sentó en su silla y tomó la rueca y se puso a hilar la lana color violeta que había en la canasta; y mientras trabajaba, fue contando a Telémaco sobre Troya y Héctor, su guardián".

Helena dijo: "Los hombres mayores estaban en las puertas de la ciudad hablando sobre muchas cosas, y el Rey Príamo estaba entre ellos. Esto fue en los días en que Aquiles luchó por primera vez junto al Rey Agamenón. 'Ven aquí, hija mía' -me dijo el Rey Príamo- 'y siéntate cerca de mí y dime quiénes son los guerreros que ahora vienen subiendo por la pradera. Los has visto a todos antes, y te ruego me digas quién es cada uno de ellos. ¿Quién es aquel héroe que se ve tan poderoso? He visto hombres más altos que él por una cabeza, pero nunca he visto a alguien con aspecto tan majestuoso'.

"El héroe que ves es el jefe de los ejércitos griegos -dijo al Rey Príamo- es el famoso Rey Agamenón".

"Parece realmente un Rey" -dijo Príamo- "dime ahora quién es el otro guerrero, que es una cabeza más baja que el Rey Agamenón, pero que es más ancho de espaldas y hombros".

"Es Odiseo" -dijo- "que creció en la agreste isla de Ítaca, pero que es el más sabio de todos los reyes".

"Y un anciano que estaba junto a nosotros -Antenor- dijo: "ése es realmente Odiseo. Recuerdo que él y Menelao vinieron como embajadores a la asamblea de los troyanos. Cuando ambos están de pie, Menelao parece más alto, pero cuando se sientan, Odiseo es mucho más imponente.

Cuando hablaron en la asamblea, Menelao fue listo y hábil en la palabra. Pero mientras Menelao hablaba Odiseo mantenía su bastón tenso en su mano y sus ojos estaban fijos en el suelo. Entonces nosotros por su aspecto, pensamos que era un hombre sin inteligencia. Pero cuando Odiseo empezó a hablar, vimos que nadie lo podría superar; sus palabras caían como copos de nieve en invierno y su voz era muy resonante".

"Y Príamo dijo, '¿Quién es ese enorme guerrero? Creo que es más alto y fuerte que todos los demás'.

"Es el gran Aias -dije- que es como un baluarte para los griegos. Y a su lado está Idomeneo, que viene de la isla de Creta. Alrededor de él están los capitanes de Creta". Así hablé, pero mi corazón buscaba a mis propios dos hermanos, Castor y Pollux. No los vi en ninguna de las compañías. ¿Habrán venido con el ejército -me preguntaba- y estarán avergonzados de ser vistos entre los soldados debido a mi mal proceder? Me preguntaba mientras los buscaba. Ah, yo no sabía que ya entonces mis dos queridos hermanos estaban muertos y que la tierra de su querida patria los guardaba.

"Héctor llegó a las puertas de la ciudad, y las esposas e hijas de los troyanos llegaron corriendo hasta él y le preguntaban por sus esposos, o hijos, o hermanos, si habían muerto o si regresarían de la batalla. Les habló a todos y se fue a su casa. Pero Andrómaca, su esposa, no estaba allí, y su ama de llaves le dijo que había ido a la gran torre del muro de la ciudad a mirar la batalla y que la nodriza había ido con ella, llevando al pequeño hijito.

"Héctor bajó por la calle y llegó a la puerta donde estábamos, y Andrómaca, su esposa, fue a encontrarlo. Con ella estaba la nodriza que llevaba al niño que la gente de la ciudad llamaba Astianax, "Rey de la ciudad", porque su padre era el protector de la ciudad. Héctor estiró sus brazos hacia el infante que llevaba la nodriza, pero el niño se acurrucó alejándose, porque se asustó por el gran casco que llevaba su padre, con su cresta de crines de caballo. Entonces Héctor se rió y Andrómaca se rió con él, y Héctor se sacó el gran casco y lo dejó en el piso. Entonces levantó a su hijito y lo hizo saltar en sus brazos y rezó. "Oh Zeus, el más grande de los dioses, haz que este hijo mío llegue a ser valiente, y como yo, llegue a ser el protector de la ciudad y después, que sea un gran Rey, de modo que los hombres digan de él cuando regrese de las batallas: "Más grande fue él que su padre Héctor". Dicho esto, lo devolvió a la nodriza y dijo a Andrómaca, su esposa, que ese día estaba muy temerosa: "Querida, no estés demasiado triste. Me urges a que no vaya todos los días a la batalla y que me quede algunos días detrás del muro. Pero mi propio espíritu me prohíbe quedarme lejos de la lucha, porque siempre me he enseñado a ser valiente y luchar a la vanguardia".

"Así habló y fue a dar órdenes a sus hombres y su mujer se fue a casa, a menudo volviéndose hacia atrás a mirarlo, y dejando caer sus lágrimas. Tu conoces por Menelao, sobre los triunfos que tuvo Héctor después; cómo repelió a los griegos hasta sus barcos y los atemorizó con sus mil fogatas en la planicie; cómo hizo retroceder al ejército que Agamenón lanzó cuando Diomedes, Odiseo y Macaón fueron heridos; rompió las barreras que los griegos habían construido y prendió fuego a sus barcos, y cómo mató a Patroklos llevando la armadura de Aquiles".

XIX

Desde su torre el Rey Príamo vio a Aquiles venir a través de la pradera y gritó a Héctor: "Héctor, hijo querido, no esperes que este hombre llegue. Entra dentro de los muros de la ciudad. Ven de modo que puedas vivir y ser un protector de los hombres y mujeres de Troya. Y entra de modo que puedas salvar a mi padre que morirá si te matan".

"Pero Héctor no entró dentro de los muros de la ciudad. Se mantuvo sujetando su escudo en una saliente torre del muro. Alrededor de él estaban los troyanos, que entraron corriendo por las puertas sin esperar hablar entre ellos y preguntar quién estaba aún vivo y quién había muerto. Y cuando Héctor estaba allí, se decía: es mi culpa que los troyanos hayan sido vencidos en la pradera. Los mantuve fuera de la ciudad anoche contra el consejo de un hombre sabio, porque en mi orgullo pensé que iba a ser fácil hacer retroceder a Aquiles y a los griegos otra vez, derrotarlos completamente y destruir sus esperanzas de regresar. Ahora los troyanos han sido derrotados y deshonrados y muchos han perdido la vida por mi orgullo. Ahora las mujeres de Troya dirán: "mi confianza en el gran poder de Héctor ha traído la destrucción de todo el ejército y nuestros esposos, hijos y hermanos han perecido por su culpa. Antes de escucharlos decir tal cosa, enfrentaré a Aquiles, lo mataré y salvaré la ciudad, o si tiene que suceder, pereceré bajo su lanza".

Cuando Aquiles llegó cerca de él, Héctor le habló diciendo: "Mi corazón me pide luchar contra ti, aunque tú eres más fuerte que yo. Pero antes de empezar la lucha hagamos un acuerdo entre nosotros, con los dioses como testigos, y es que si yo te mato, te sacaré la armadura, pero no llevaré tu cuerpo a la ciudad, sino que lo entregaré a tus amigos para que lo traten con todo honor. Pero si tú me matas a mí, entregarás mi cuerpo a mis amigos".

Pero Aquiles dijo, "Entre tú y yo no puede haber ningún acuerdo. Lucha, y lucha con todo tu poder de soldado, porque ahora yo trataré de hacerte pagar todas las penas que me has causado por haber matado a Patroklos, mi amigo del alma".

"Habló, levantó su lanza y la lanzó. Pero con rapidez Héctor evitó la lanza de Aquiles levantando la suya diciendo: "Has errado, y no es la hora de mi perdición. Ahora es tu turno de recibir mi lanza".

"Él la lanzó, pero el maravilloso escudo de Aquiles desvió la lanza de Héctor, que cayó al suelo. Entonces Héctor quedó en desventaja, porque no tenía otra lanza, tomó su espada y atacó a Aquiles. Pero el casco y el escudo de Aquiles no dejaron que las grandes estocadas de Héctor tocaran su cuerpo. Y Aquiles tomó de nuevo en sus manos su gran lanza y se quedó en guardia con su escudo, mirando a Héctor y buscando un lugar donde darle el golpe. Ahora, en la armadura que usaba Héctor -la armadura que le había quitado a Patroklos - había un punto en el cuello donde había una apertura. Cuando Héctor se acercó, Aquiles apuntó a su cuello con su lanza y Héctor cayó a tierra.

"Entonces Aquiles le quitó la armadura que había usado Patroklos. Llegaron los otros capitanes griegos y vieron donde yacía Héctor y se maravillaban de su tamaño, fuerza y hermosura. Y Aquiles arrastró el cuerpo hasta su carro y se lo llevó hasta los barcos".

"La madre de Héctor, de pie en la torre del muro, vio todo lo que había pasado y estalló en un gran llanto" y todas las mujeres de Troya estallaron en llanto y se lamentaban por el Príncipe Héctor, que las había protegido a ellas y a los suyos de los enemigos. Andrómaca, su mujer, no supo sobre el hecho terrible que había acontecido. Estaba en una pieza interior de la casa de

Héctor, tejiendo una gran tela y bordándole flores, y había ordenado a sus sirvientas calentar agua para el baño, para que Héctor se pudiera refrescar cuando regresara de la batalla. Pero ahora oyó el llanto de las mujeres de Troya. Sintió miedo, porque se dio cuenta que tales lamentaciones eran por el mejor de sus guerreros.

"Salió corriendo de su pieza a la calle y llegó a los bastiones desde donde la gente estaba mirando. Vio el carro de Aquiles corriendo hacia los barcos y ella supo que arrastraba el cuerpo muerto de Héctor. Luego cayó la oscuridad ante sus ojos y se desvaneció. Las hermanas de su esposo y las esposas de sus hermanos se juntaron en torno de ella y la levantaron y por último volvió en sí y lloraba por Héctor. "Oh, mi esposo" -lloraba- "¡Para la miseria ambos hemos nacido! ¡Ahora tú has sido muerto por Aquiles y me he quedado sin esposo! Y ah, ¡calamidades para nuestro joven hijo! Extranjeros de duro corazón lo oprimirán cuando viva entre gentes que no lo querrán ni a él ni a los suyos. Y vendrá llorando a mí, su madre viuda, que vivirá para siempre penando por saber dónde estarás, Héctor, cerca de los barcos de aquellos que te mataron".

"Así habló Andrómaca y todas las mujeres de Troya la acompañaron en su pesar y lloraron por el gran Héctor que había protegido a su ciudad".

XX

Ahora que Héctor había muerto, el Rey Príamo, su padre, tenía un solo pensamiento en su mente, y era recuperar su cuerpo del poder de Aquiles y traerlo a la ciudad y poder rendirle los honores que le correspondían a un hombre que había sido el guardián de Troya. Y mientras estaba sentado con su pesadumbre pensando en su noble hijo que yacía tan lejos de los que lloraban por él ¿sabes qué ocurrió? Que apareció ante él Iris, la mensajera de Zeus, el más grande de los Dioses. Iris le dijo: 'Rey, debes rescatar de Aquiles el cuerpo de Héctor, tu noble hijo. Anda tú mismo a la cabaña de Aquiles y llévale grandes regalos en recompensa. Llévate un carro adecuado para que puedas traer el cuerpo de Héctor y lleva contigo un solo carretero viejo que pueda conducir las mulas'.

"Entonces Príamo, al escuchar esto, se levantó y fue a su cámara de tesoros y sacó de sus baúles doce lindos trajes; doce capas de colores brillantes; doce mantas suaves y diez talentos de oro; también tomó cuatro grandes ollas y dos trípodes y un maravilloso jarro que le habían regalado los hombres de Tracia cuando habían venido en una embajada a su ciudad. Luego llamó a sus hijos y les pidió que prepararan el carro y lo cargaran con los tesoros que había sacado de su cámara de tesoros. Cuando el carro estuvo cargado y las mulas enganchadas, y Príamo y su carretero se hubieron subido, Hékabe, la reina esposa de Príamo y madre de Héctor, llegó con vino y una copa de oro para que lo pudieran derramar y hacer una ofrenda a los dioses antes de partir; para saber si los dioses realmente favorecían el pedido que haría Príamo, y si él correría peligro. El Rey Príamo llenó la copa y derramó el vino sobre la tierra, y mirando al cielo rezó: 'Oh Padre Zeus, asegúranos que voy a ser bien recibido por Aquiles y envíanos, si así lo deseas, un ave de presagio, de modo que viéndolo con mis propios ojos, pueda partir confiando en que no sufriré daño alguno".

"Él rezó de este modo e inmediatamente una gran águila fue vista con sus alas abiertas sobre la ciudad. Y cuando vieron el águila se alegró el corazón de la gente, porque sabían que el Rey regresaría a salvo y con el cuerpo del Príncipe Héctor, que heroicamente había custodiado la ciudad de Troya".

"Príamo y su cochero atravesaron la planicie frente a Troya, llegaron al río que la cruza, y allí dejaron beber a las mulas. Estaban muy preocupados, porque llegaba la oscura noche y no conocían el camino a la cabaña de Aquiles. También tenían temor que algún grupo de hombres armados los asaltaran para robarles los tesoros que llevaban".

"El cochero vio a un hombre joven que se les acercaba y cuando éste los alcanzó, les habló bondadosamente y se ofreció para guiarlos a través del campo y llevarlos a la cabaña de Aquiles. Se subió al carro, tomó las riendas y guió a las mulas. Los llevó a la cabaña de Aquiles y le ayudó a Príamo a bajarse del carro y a llevar los regalos que habían traído hasta la cabaña. Debes saber, Rey Príamo, que yo no soy un mortal, sino que he sido enviado por Zeus para ayudarte y acompañarte en el camino. Entra ahora a la cabaña de Aquiles y háblale a Aquiles y pídele, en nombre de su padre, que te restituya el cuerpo de Héctor, tu hijo".

"Así habló, y partió; y el Rey Príamo entró a la cabaña. Allí el gran Aquiles estaba sentado y el Rey Príamo fue donde él, se arrodilló y tomó las manos que habían matado a su hijo. Y Aquiles se maravilló cuando lo vio allí, porque no sabía quién podría haber llegado a su cabaña y haber entrado al campamento sin ser visto. Supo entonces que había sido uno de los dioses que le había guiado. Príamo habló y dijo: "Piensa Aquiles en tu propio padre. Ahora tiene la misma edad mía, y tal vez ahora, en tu lejana patria, haya algunos que le hacen sufrir dolores y miserias. Pero por muy grandes que sean los dolores y miserias que él pueda estar sufriendo, es feliz comparado conmigo, porque sabe que tú, su hijo, estás aún vivo. Pero yo ya no tengo al que era el mejor de mis hijos. Ahora, en recuerdo de tu padre, he venido a ti, Aquiles, para pedirte el cuerpo de Héctor, mi hijo. Soy más digno de compasión que tu padre o que cualquier otro hombre, porque he venido a través de peligros a estrechar la mano del que mató a mi hijo".

"Aquiles recordó a su padre y sintió pena por el hombre que estaba arrodillado frente a él. Tomó al Rey Príamo de la mano, lo levantó y lo sentó a su lado y lloró, recordando al anciano Peleus, su padre".

"Llamó a sus sirvientas y les pidió que tomaran el cuerpo de Héctor, que lo lavaran y envolvieran en dos de las telas que Príamo había traído. Cuando hubieron hecho todo esto, tomó el cuerpo de Héctor y lo colocó en el carro. Entonces vino y dijo al Rey Príamo: "Tu hijo está sobre un ataúd, y cuando amanezca puedes llevarlo de vuelta a la ciudad. Pero ahora come y descansa aquí por esta noche".

El Rey Príamo comió, miró a Aquiles y vio cuán grande y bien formado era y Aquiles miró a Príamo y vio cuán noble y magnífico se veía. Y esta fue la primera vez que Aquiles y Príamo, el Rey de Troya se vieron realmente.

"Cuando se vieron mutuamente, el Rey Príamo dijo: "Cuando te vayas a dormir, Aquiles, permíteme que yo también me duerma. Ni una sola vez se me han cerrado los párpados para dormir desde que mi hijo Héctor perdió su vida y ahora he probado el pan, la carne y el vino por primera vez desde entonces, y podré dormir".

"Aquiles ordenó que se colocara una cama en el pórtico para el Rey Príamo y su cochero. Pero antes de que se fueran a dormir Aquiles dijo: "Dime Rey Príamo, y dime la verdad, ¿durante cuántos días deseas hacer el funeral de Héctor?, durante esos días detendré la batalla en la ciudad para que puedas celebrar el funeral en paz".

"Durante nueve días haremos guardia frente al cuerpo de Héctor. En el décimo día tendremos

el funeral, en el undécimo día haremos el túmulo sobre él y en el duodécimo día lucharemos", dijo el Rey Príamo.

"Durante doce días retendré la batalla contra la ciudad" -dijo Aquiles.

Entonces Príamo y su cochero se fueron a descansar. Pero a mitad de la noche el joven que los había guiado a la cabaña de Aquiles -era el dios Hermes- apareció frente a su cama y le pidió que se levantara, que fuera al carro y enganchara las mulas y regresara a la ciudad con el cuerpo de Héctor. Príamo despertó a su cochero, engancharon las mulas, subieron al carro, y con Hermes de guía regresaron a la ciudad.

"Y Aquiles en su cama pensaba en su propio destino, cómo él también moriría en combate, y cómo en su caso, no habría padre que lamentara su muerte. Pero él sería enterrado donde le había pedido a sus amigos que lo enterraran, junto a Patroklos, y sobre ellos los griegos harían un túmulo que sería venerado en el futuro.

"Así pensaba Aquiles. Tiempo después, una flecha disparada por Paris lo alcanzó cuando luchaba en las puertas de la ciudad y cayó muerto en el mismo lugar que él había muerto a Héctor. Pero los griegos fueron a buscar su cadáver y su armadura y los llevaron de regreso a los barcos. Y Aquiles fue lamentado, pero no por su padre, el anciano Peleus. Desde el fondo del mar vino Tetis, su madre-diosa, y con ella vinieron las doncellas del mar. Cubrieron el cuerpo de Aquiles con vestiduras maravillosas y sobre ellas se lamentaron durante diecisiete días y diecisiete noches. En el día dieciocho fue colocado en la sepultura al lado de Patroklos, su querido amigo, y sobre ambos, los griegos levantaron un túmulo que fue venerado desde entonces.

XXI

Cassandra, la hermana de Héctor fue la primera en ver regresar a su padre a través de las planicies de Troya con el carro que traía su cuerpo. Bajó a las calles de la ciudad gritando: "Oh, hombres y mujeres de Troya, ustedes que a menudo iban al encuentro de Héctor de regreso de sus victorias, vengan ahora a las rejas de la ciudad a recibir a Héctor muerto".

"Entonces todos los hombres y mujeres de la ciudad salieron por las puertas, y se acercaron al carro en el que se había colocado el cuerpo de Héctor. Y todo el día, desde el amanecer hasta que se puso el sol, lloraron por quien había sido el protector de la ciudad".

Su padre llevó el cuerpo a la casa donde Héctor había vivido y lo dejó sobre la cama. Entonces la mujer de Héctor, Andrómaca, fue a la cama y lloró junto al cuerpo. "Esposo" -lloraba- "te has ido y me has dejado viuda en esta casa, nuestro hijo es aún pequeño y no llegará a mayor edad en los salones que eran tuyos, porque mucho antes de eso, la ciudad será tomada y destruida. Ah, ¿cómo se va a mantener si tú, que eras su guardián, te has ido? La gente te lamenta, Héctor, pero para mí y mi pequeño hijo, condenado a crecer entre extranjeros y gente hostil, la tristeza por tu muerte será insoportable".

"Y Hécabe, la madre de Héctor se acercó a la cama llorando y dijo: 'De todos mis hijos, tú, Héctor, eras el más querido. Fuiste muerto porque tu modo de actuar no era cobarde; siempre fuiste el primero en dirigir a los hombres y mujeres de Troya sin jamás buscar refugio o huir, y por eso has muerto, hijo mío",

"Y yo, Helena, vengo también al lecho a lamentarme por el noble Héctor. De todos los amigos que yo tenía en Troya, tú eras el más querido, Héctor. Nunca escuché de ti una palabra dura hacia

mi, que traje las guerras y problemas a tu ciudad. En todo sentido fuiste mi hermano. Por esto, yo deploro tu muerte con tristeza en mi corazón, porque en toda Troya, no hay nadie que sea mi amigo.

"Entonces, el Rey y la gente de la ciudad se prepararon para los funerales de Héctor. Al décimo día, llorando las lágrimas más amargas, se llevaron al valiente Héctor e hicieron una tumba para él. Y sobre la tumba pusieron lápidas de piedra, sobre las que construyeron un gran túmulo. En el día undécimo cenaron en la casa del Rey Príamo, y al duodécimo día, reanudaron la batalla".

XXII

Durante muchos días Telémaco y su camarada Peisistratus se quedaron en la casa del Rey Menelao. En la tarde antes de su partida Menelao le habló de las famosas hazañas de Odiseo, su padre.

"Ahora que Aquiles estaba muerto" -dijo Menelao- "su gloriosa armadura fue ofrecida como premio al guerrero más considerado por los griegos. Dos personas competían por el premio: Odiseo y su amigo Aias. El premio fue dado a Odiseo, pero no le hizo feliz recibirlo, porque con ello hería el orgulloso espíritu del gran Aias.

"Era adecuado que Odiseo recibiera la armadura de Aquiles, porque ningún guerrero del ejército griego había sido mejor que él en el campo de batalla. Pero Odiseo todavía iba a hacer cosas más grandiosas por nosotros. Él sabía que solo un hombre podía manejar el arco mejor que Paris, que era quien había disparado la flecha que había matado a Aquiles, y que después había matado a muchos de nuestros jefes. Ese hombre era Filóctetes. Había llegado con las huestes de Agamenón a Troya. Pero Filóctetes había sido mordido por una serpiente acuática y la herida recibida era tan terrible que ninguno de nuestros guerreros se atrevía a estar cerca de él. Había sido dejado en la isla de Lemnos y el ejército ya lo había olvidado. Pero Odiseo lo recordaba, y se fue en un barco a Lemnos y se trajo devuelta a Filóctetes. Con su gran arco y las flechas de Hércules, que le pertenecían, Filóctetes le disparó a Paris sobre los muros de Troya y lo mató.

"Y entonces a Odiseo se le ocurrió la manera por la cual finalmente pudimos tomarnos la ciudad de Príamo. Nos hizo construir un gran Caballo de Madera. Lo construimos y lo dejamos en la planicie de Troya y los troyanos más tarde se maravillaron mucho al verlo. Odiseo nos aconsejó echar los barcos al agua, quemar nuestras bodegas y cabañas y hacer creer nuestros enemigos, por todos los medios, que íbamos a partir de Troya ya cansados de tantos años de guerra. Así lo hicimos y los troyanos vieron al gran ejército navegar alejándose de la ciudad. Pero ellos no sabían que una compañía de nuestros mejores guerreros estaba dentro del Caballo de Madera, ni que habíamos dejado un espía que nos haría una señal cuando pudiéramos retomar.

Los troyanos se maravillaron pensando qué nos habría hecho dejarles ese gran Caballo de Madera. Y algunos consideraban que era una ofrenda a la diosa Pallas Atenea, y pensaron que debería ser llevado dentro de la ciudad. Otros eran más cautos y pensaban que había que dejarlo afuera. Pero prevalecieron los que creían que había que entrarlo; y como el caballo era demasiado grande para que pasara por las puertas, demolieron parte del muro para que pudiera entrar. El caballo fue llevado y dejado en las calles de la ciudad y luego cayó la oscuridad de la noche.

"Ahora, Helena, mi esposa, vino donde estaba el Caballo de Madera, y sospechando que había hombres armados dentro, dio tres vueltas en torno de él, llamando a cada uno de los

capitanes griegos que sospechaba pudieran estar, usando la voz de cada una de las esposas. Y cada capitán quiso responder al sonido de una voz que no había escuchado por muchos años, pero Odiseo les colocó la mano sobre la boca a cada uno, impidiendo que fueran descubiertos".

"Habíamos dejado un espía escondido entre la playa y la ciudad. Ahora, cuando el Caballo de Madera fue llevado dentro de los muros, y la noche hubo caído, el espía encendió una gran fogata, que era la señal para los barcos que se habían alejado. Regresaron con el ejército antes que aclarara. Entonces, nosotros, que estábamos dentro del Caballo de Madera, rompimos las tablas y salimos a la ciudad con las lanzas y espadas en la mano. Los guardias de las puertas fueron muertos e hicimos una fortaleza en torno del Caballo de Madera y luchamos en torno de él. Los guerreros de los barcos cruzaron la puerta por donde había sido derribada y por las calles y llegamos a la fortaleza del Rey. Así nos apoderamos de la ciudad del Rey Príamo y de sus tesoros y yo recuperé a mi propia esposa, la bella Helena.

"Pero después de haber tomado y saqueado la ciudad del Rey Príamo, tuvimos grandes problemas. Algunos de los nuestros siguieron navegando, otros se quedaron en la playa, a pedido del Rey Agamenón, para hacer sacrificios a los dioses. Nos separamos, y la maldición de la muerte les llegó a muchos de los nuestros. A Néstor lo vi en Lesbos, pero a ninguno otro de nuestros amigos he vuelto a ver desde entonces. Agamenón, mi propio hermano, regresó a su propia tierra. Pero ¡ay! Habría sido mejor para él si hubiese muerto en las planicies de Troya y que hubiéramos hecho un gran túmulo sobre él, porque fue muerto en su propio hogar y por uno que se había casado con la mujer que había dejado en casa. Cuando el anciano Uno del Mar me contó sobre la desgracia de mi hermano, me senté en la playa y me puse a llorar. No deseaba vivir más ni volver a ver la luz del sol.

Y sobre tu padre, Telémaco, te he contado lo que yo he sabido y lo que me contó el anciano Uno del Mar: cómo permanece en una isla donde la ninfa Calipso lo retiene contra su voluntad. Pero ¿dónde está esta isla? Yo no lo sé. Odiseo está allí, y no puede proseguir el camino hacia su propio hogar ya que no tiene ni embarcación ni compañeros que lo ayuden y acompañen en su viaje a través del mar. Pero Odiseo fue siempre maestro de inventivas, y también es el protegido de la diosa Pallas Atenea. Por estas razones, Telémaco, ten esperanzas que tu padre aún llegará a su propio país y hogar.

XXIII

Ahora bien, la diosa Pallas Atenea pensaba en Telémaco, y llegó hasta él cuando descansaba en el vestíbulo de la casa de Menelao. Peisistratus dormía, pero Telémaco estaba despierto pensando en su padre.

Atenea se paró frente a su cama y le dijo: "Telémaco, ya no debes seguir vagando, es tiempo de que regreses. Vamos, despierta a Menelao y pídele que te deje seguir viaje".

Entonces Telémaco despertó a Peisistratus y le dijo que era mejor seguir viaje. Pero Peisistratus dijo: "Espera hasta que amanezca, Telémaco, cuando venga Menelao y nos ponga en camino".

Entonces, cuando aclaró, llegó el Rey Menelao. Cuando escuchó que deseaban partir, le dijo a Helena que les pidiera a las sirvientas que prepararan comida para los viajeros. Él, su esposa Helena y su hijo Megapentes bajaron a la cámara de los tesoros y trajeron como regalo para

Telémaco una copa de dos asas y una gran fuente de plata. Y Helena trajo de un baúl un hermoso vestido que ella misma había hecho y bordado. Llegaron donde Telémaco que ya estaba junto al carruaje con Peisistratus, listos para partir. Entonces Menelao le dio la hermosa copa de dos asas, que era un regalo que le había hecho el Rey de los Sidonianos. Megapentes trajo la gran fuente de plata y la puso en el carruaje y la hermosa Helena trajo el vestido bordado.

"Yo también tengo un regalo para ti" -dijo ella- "lleva este traje a casa y que te lo guarde tu madre. Quiero que lo tengas para dárselo a tu novia cuando la traigas a vivir a casa de tus padres".

"Entonces engancharon los caballos al carruaje y Telémaco y Peisistratus se despidieron de Menelao y Helena, que los habían tratado en forma tan cariñosa. Cuando estaban listos para partir, Menelao derramó el vino de una copa de oro como ofrenda a los dioses y mientras Menelao lo derramaba, Telémaco rogó que pudiera encontrar a Odiseo, su padre, en su casa.

Cuando así rezaba, un ave voló desde el lado derecho y sobre la cabeza de los caballos. Era un águila, y en sus garras llevaba un ganso de la hacienda. Telémaco le preguntó a Menelao si esto sería una señal de Zeus, el más grande de los dioses.

Y entonces Helena dijo: "Escúchenme ahora, porque voy a profetizar esta señal para ti. Así como el águila ha volado desde lejos, bajando desde las montañas y ha muerto un ganso de la hacienda, así Odiseo llegará desde lejos a su hogar y matará a los pretendientes que están allí".

"Quiera Zeus que así sea," -dijo Telémaco y fustigó a los caballos, y éstos partieron corriendo por la planicie.

Cuando llegaron cerca de la ciudad de Pylos, Telémaco habló a su camarada Peisistratus y dijo:

"No me lleves más allá de mi barco, hijo de Néstor. Tu buen padre espera que regrese a su hogar, pero temo que si lo hago, él, debido a su amistad, estará ansioso de retenerme varios días. Pero yo sé que debo regresar a Ítaca ahora."

El hijo de Néstor giró los caballos hacia el mar y éstos llevaron el carruaje donde estaba anclado el barco de Telémaco. Entonces Telémaco reunió a sus compañeros y les pidió que pusieran a bordo los regalos que Menelao y Helena le habían dado.

Así lo hicieron y levantaron el mástil y las velas y los remeros tomaron sus asientos en los respectivos bancos. Sopló una brisa y las velas se hincharon y Telémaco y sus compañeros navegaron hacia casa, y el joven ignoraba que Odiseo, su padre, se acercaba también al hogar.

Parte II

Cómo Odiseo abandonó la isla Calypso y llegó a la tierra de los Feacianos. Cómo contó que viajó con los Cíclopes y pasó por las terribles Scylla y Charibdis y llegó a la isla de Trinacia donde sus hombres mataron al ganado del sol; cómo los Feacianos le dieron un barco y llegó a su propio país; cómo echó a los pretendientes que derrochaban su fortuna y llegó a reinar nuevamente como Rey de Ítaca.

Pallas Atenea estaba preocupada por Odiseo, aunque ella no podía ayudarlo abiertamente debido a lo mal que éste se había portado con Poseidón, el dios del mar. Pero ella habló en el consejo de los dioses y obtuvo de Zeus un permiso para que Odiseo pudiera ahora regresar a su propio país. Ese día ella fue a Ítaca, y apareciéndosele a Telémaco, lo impulsó, como ya se ha dicho, a que partiera en un viaje en búsqueda de su padre. Y ese mismo día también, Hermes, por voluntad de Zeus, fue a Ogigia, aquella isla donde, como el anciano Uno del Mar le había dicho a Menelao, Odiseo era prisionero de la ninfa Calypso.

La isla era realmente hermosa. En torno a la caverna donde vivía Calypso había un bosque florido; abedules, álamos y cipreses había allí, y en sus ramas reposaban aves de largas alas: halcones y lechuzas y parlanchines cuervos marinos. Frente a la caverna había una suave pradera donde florecían miles de violetas, y cuatro vertientes que salían de la tierra y formaban claros esteros entre el pasto. A través de la caverna crecía una enredada vid, con pesados racimos de uva. Calypso estaba en la caverna, y cuando Hermes se acercó, la escuchó cantar una de sus canciones mágicas.

Ella estaba frente a un telar tejiendo las hebras con una lanzadera de oro. Y como ella conocía a Hermes, se alegró de verlo en su Isla, pero tan pronto como él habló de Odiseo y de la voluntad de Zeus de permitirle dejar la Isla, cesó su canto y la lanzadera cayó de sus manos.

"Desgraciada de mí -dijo ella-" y desgraciado todo inmortal que ama a un mortal, porque los dioses son siempre celosos de sus amores. Yo no retengo aquí a Odiseo porque lo odie, sino porque lo amo mucho y quisiera que siga viviendo conmigo aquí; mas aún Hermes, lo haría inmortal de modo que no lo alcanzara ni la vejez ni la muerte".

"Él no desea ser liberado ni de la vejez ni de la muerte" -dijo Hermes- "él desea regresar a su propia tierra y vivir con su adorada esposa, Penélope, y con su hijo Telémaco. Y Zeus, el más grande de los dioses, ordena que lo liberes y que pueda seguir su camino".

"No tengo embarcación para él" -dijo Calypso- "no existe una compañía de hombres que le ayuden a cruzar el mar."

"Él debe dejar la Isla y cruzar el mar; Zeus lo ordena" -dijo Hermes.

"Lo tendré que ayudar a hacer su viaje a través del mar si debe ser así" -dijo Calypso-. Entonces inclinó la cabeza y Hermes se retiró.

De inmediato Calypso dejó su caverna y bajó al mar. En la playa estaba Odiseo, mirando hacia el ancho mar con lágrimas en los ojos.

Ella se le acercó y le dijo "No estés más triste, Odiseo. Ha llegado el momento en que puedes partir de mi Isla. Ven ahora, te mostraré cómo te ayudaré en tu camino".

Lo llevó a un lugar de la Isla donde crecían grandes árboles y le puso en sus manos un hacha

de doble filo y una azuela. Entonces Odiseo empezó a cortar la madera. Derribó veintitrés árboles con su hacha de bronce, los talló y los transformó en tablones. Calypso llegó donde él al amanecer del día siguiente; trajo taladros para perforar y amarrar los tablones. Odiseo construyó una balsa, haciéndola muy ancha, le colocó un mástil y un timón para guiarla. Para hacerla más segura, tejió con ramas de sauce un enrejado que iba de lado a lado en la popa, como defensa contra las olas, colocándole tablas detrás. Calypso le tejió una tela para hacer el velamen, que Odiseo preparó con mucha habilidad. Luego hizo las abrazaderas, drizas y velas y con palancas empujó la balsa al mar.

Esto fue en el cuarto día. En el quinto, Calypso le dio ropas para el viaje y trajo víveres a la balsa: dos cueros llenos de vino y un gran cuero lleno de agua, maíz y muchas golosinas. Le mostró a Odiseo cómo guiarse con la estrella que algunos llaman la Osa y otros El Carro, y le deseó buen viaje. Él tomó su lugar en la balsa y orientó la vela al viento y partió de Ogiqia, la isla donde Calypso lo había retenido tanto tiempo.

Pero no fue fácil ni segura su travesía en el mar. El viento soplaba sobre la balsa y las olas la golpeaban: una fuerte ráfaga quebró el mástil por la mitad; la vela y el cordaje cayeron al mar. Odiseo cayó al medio de la balsa. Por largo tiempo quedó allí agobiado por las aguas que caían sobre él. El viento llevaba a la balsa de un lado a otro, el viento sur la llevaba hacia el norte y el viento este la lanzaba hacia el oeste.

En las profundidades del mar había una Ninfa que vio sus dificultades y angustias y le tuvo compasión. Su nombre era Ino. Surgió de las olas en forma de gaviota, se detuvo en la balsa y le habló así:

"Hombre indefenso" -dijo- "Poseidón, el dios del mar, está aún furioso contigo. Es posible que las olas destruyan la balsa en la que navegas. Entonces no habrá salvación para ti. Pero haz lo que te diga y podrás salvarte. Sácate tu ropa, ponte este velo y enróllatelo en torno de tu pecho. Mientras lo tengas enrollado en tu cuerpo, no te hundirás. Pero cuando llegues a tierra firme, suelta el velo y lárgalo al mar para que regrese a mí."

Ella le dio el velo, y en forma de gaviota, se hundió en el mar y las olas la cubrieron. Odiseo tomó el velo y lo enrolló en su cuerpo, pero no abandonó la balsa mientras los maderos se mantenían amarrados.

Entonces una gran ola destrozó la balsa. Él se sujetó a una sola viga, como uno se sujeta a un caballo, y luego, con el velo en torno de su pecho, se arrojó al mar.

Por dos noches y dos días fue llevado por las aguas. Cuando aclaró, en el tercer día, y disminuyeron los vientos, vio tierra muy cerca. Nadó ansiosamente hacia ella. Pero cuando ya estaba más cerca, escuchó el chasquido de las olas contra las rocas, íntegramente cubiertas de espuma. Entonces realmente se asustó.

Una gran ola lo lanzó hacia la costa. Sus huesos se habrían quebrado contra las rocas si no hubiera estado bien alerta; se lanzó a una roca y se aferró a ella con las dos manos hasta que la ola retrocedió. La resaca lo arrastró nuevamente al mar despellejándole las manos. Las olas lo volvieron a cubrir. Cuando volvió a emerger, nadó dando vueltas para buscar un lugar sin rocas, una entrada donde pudiera llegar a tierra.

Por fin vio la desembocadura de un río. Nadó hacia allá hasta que sintió la corriente del río fluyendo al agua del mar. Entonces, con todo su corazón, le rezó al río: "Oh, río" -dijo- "vengo a ti

como un suplicante, huyendo de la rabia de Poseidón, dios del mar. El hombre que llega, vagabundo y desamparado, es compadecido aún por los dioses. Te lo suplico, oh río, tenme compasión y ayúdame."

El agua del río se suavizó y pudo nadar a salvo hasta su desembocadura. Llegó a un lugar donde pudo poner pie a tierra, hinchado y botando chorros de agua salada por boca y nariz. Se tiró al suelo, sin respiración ni habla, desmayándose por el terrible cansancio que lo invadió. Pero al rato volvió la respiración y le renació el valor. Recordó el velo que le había dado la Ninfa marina. Se lo sacó y lo lanzó a la corriente del río. Una ola lo tomó y se lo llevó a Ino, que lo tomó en sus manos.

Pero Odiseo estaba aún temeroso, y decía para sí: "¡Ay de mí! ¿Qué me sucederá ahora? Aquí estoy, desnudo y abandonado, y no sé entre qué gente he caído. ¿Y qué haré cuando caiga la noche? Si me quedo a orillas del río, moriré de frío con la humedad y la helada y si subo hacia los bosques y busco refugio en la espesura, puedo ser atacado por bestias salvajes".

Subió desde el helado río hacia los bosques y encontró dos olivos que crecían uno al lado del otro, entremezclándose, de modo que ofrecían un resguardo del viento. Se metió entre medio en un lecho de hojas, y con ellas se cubrió completamente. En este refugio, y así abrigado, se durmió y descansó por fin de los peligros y tormentos.

II

Mientras descansaba, la diosa Pallas Atenea fue a la ciudad de los Feacianos, a cuyas tierras había llegado Odiseo. .

Ella llegó al Palacio del Rey y atravesando todas las puertas llegó a la cámara donde dormía la hija del Rey, Nausicaa. Entró en el sueño de Nausicaa, apareciéndosele como una de sus compañeras. Y en el sueño le habló a la princesa:

"Nausicaa" -dijo- "las ropas de tu casa están descuidadas, y se acerca el tiempo en que más que nunca deberás tener muchos y muy lindos vestidos. Se aproxima el día de tu matrimonio. Deberás tener muchos vestidos listos para ese momento, vestidos para llevar a la casa de tu esposo y vestidos para dar a los que te atenderán en tu boda. Hay mucho que hacer, Nausicaa. Prepárate al amanecer, junta a tus sirvientes contigo y lleva la ropa de tu casa al río para lavarla. Yo te acompañaré en el trabajo. Pide a tu padre que te dé un carro con mulas para llevar toda la ropa que sea necesario lavar"

Así habló Pallas Atenea a la Princesa, apareciéndose como su amiga, y habiendo puesto en su mente la tarea de lavar, la diosa abandonó el palacio del Rey y el país de los Feacianos.

Cuando se levantó, Nausicaa pensó en su sueño, y recorrió el palacio en busca de su padre. Éste partía a una asamblea de los Feacianos. Llegó hasta él, pero tenía temor de hablar sobre lo que había soñado -del día de su matrimonio- porque sus padres nunca le habían hablado de tal cosa. Diciendo que iría al río a lavar la ropa de la casa, pidió un carro y mulas: "¡Tengo tanta ropa sucia! Y tú también, padre, deberías tener trajes limpios para cuando vayas a las asambleas de los Feacianos. Y en casa tenemos a dos jóvenes -mis hermanos- que aún no se han casado y que están siempre ansiosos de tener ropa recién lavada para cuando van a sus bailes."

Su padre le sonrió y dijo: "Tendrás las mulas y el carro, Nausicaa, y los sirvientes lo prepararán todo en un momento."

Llamó a los sirvientes y les pidió que alistarán el carro y las mulas. Entonces Nausicaa reunió a sus sirvientas y entre todas juntaron la ropa sucia de la casa y la llevaron al carro y su madre puso una canasta de víveres y vino en el carro, para que tuvieran con qué alimentarse cuando estuvieran lejos de la casa. También les dio una jarra de aceite de oliva para que se dieran masajes con aceite cuando se bañaran en el río.

La joven Nausicaa manejó el carro. Se subió, tomó el látigo en sus manos e hizo partir a las mulas. Cruzaron los campos y haciendas y llegaron a la orilla del río. Las niñas llevaron la ropa al estero y colocándola en las partes bajas las pisaban con los pies desnudos. El carro fue desenganchado y las mulas puestas a pastar a la orilla del río. Y cuando la ropa quedó lavada, la llevaron a la orilla del mar y la pusieron a secar al sol sobre piedras limpias. Entonces Nausicaa y sus compañeras se fueron al río, se bañaron y jugaron en el agua.

Cuando se hubieron bañado, se sentaron a comer los víveres que habían puesto para ellas en el carro. La ropa aún no se había secado, y Nausicaa llamó a las niñas a jugar. De inmediato tomaron una pelota y se la lanzaban una a otra cantando una canción que iba con el juego. Y jugando en el prado hacían un lindo grupo, y la princesa Nausicaa se veía más alta, bella y noble que las demás.

Antes de abandonar la ribera para cargar el carro, jugaron una última partida. La Princesa lanzó la pelota, pero la niña que tenía que recogerla no lo hizo. La pelota cayó al río y fue llevada corriente abajo. Todas lanzaron un grito. Este grito despertó a Odiseo, quien cubierto con las hojas, dormía en el refugio de los dos olivos.

Salió de entre las ramas, cubriéndose con ramas que arrancó de los árboles y cuando vio a las niñas en el prado, quiso ir donde ellas a pedirles socorro. Pero cuando ellas lo vieron se asustaron enormemente, corriendo de un lado para otro, escondiéndose. Sólo Nausicaa se mantuvo inmóvil, porque Pallas Atenea había quitado el miedo de su mente.

Odiseo se quedó un poco distante de ella y le habló con voz suplicante: "Te ruego dama, que me ayudes en mi amarga necesidad. Me arrodillaré frente a ti y te abrazaré las rodillas, pero temo tu ira. Ten piedad de mí. Ayer cumplí veinte días en el mar, llevado de un lado para otro por las olas y el viento".

Nausicaa seguía inmóvil, y Odiseo, mirándola, sintió gran reverencia por ella, tan noble se veía. "Yo no sé, al verte, si eres una diosa o una niña mortal. Si eres una niña mortal, tu padre, tu madre y tus hermanos deben estar felices. Seguro que estarán orgullosos y alegres al verte danzar, porque eres la flor de las doncellas. Y más feliz que nadie debe estar aquél que te lleve a su hogar como su novia. Jamás han visto mis ojos alguien tan bella y de tanta nobleza. Me recuerdas una joven palmera que una vez vi brotar en el altar de Apolo en Delos, un árbol que muchos se maravillaban de ver. Oh dama, después de muchas y duras pruebas, he llegado a ti, la primera persona que veo. Sé que serás bondadosa conmigo. Muéstrame el camino a la ciudad. Dame ropa vieja para cubrirme y que los dioses te concedan lo que más anhela tu corazón, un noble esposo que te ame".

Ella le habló como lo debe hacer una Princesa, viendo que a pesar del terrible estado en que estaba, era un hombre de valor: "Extranjero" -le dijo- "puesto que has llegado a nuestra tierra, no te faltará algo para cubrirte, ni nada de lo que pide un suplicante. También te mostraré el camino a la ciudad".

Él preguntó en qué tierras estaba. "Extranjero. Ésta es la tierra de los Feacianos; Alcinous es su Rey. Yo soy Nausicaa, la hija del Rey".

Entonces ella llamó a sus compañeras, diciendo: "No se escondan, no es un enemigo, sino un hombre desamparado y solitario. Debemos ser sus amigas, porque bien se dice que los extranjeros y los mendigos son de Dios"

Las niñas volvieron y llevaron a Odiseo a un lugar protegido, lo hicieron sentarse y pusieron ropa a su lado. Una trajo la jarra de aceite de oliva para que se frota después de bañarse en el río, y Odiseo disfrutó de este aceite en su espalda y hombros que estaban cubiertos por la sal del mar. Se fue a bañar al río y se frotó con el aceite. Entonces se puso el traje que le habían dado. Se veía tan bien cuando volvió donde las niñas, que la Princesa les dijo:

"¡Miren ahora al hombre que hace un rato se veía tan terrible! Es muy hermoso y majestuoso. Ojalá se quede más tiempo con nosotros. Ahora, niñas, tráiganle al extranjero de comer y de beber"

Llegaron y sirviéronle comida y bebida, que comió y bebió con ansias, porque hacía tiempo que no comía, y mientras comía, Nausicaa y sus compañeras fueron a la playa, y cantando recogieron la ropa que ya se había secado. Pusieron los arneses a las mulas, doblaron la ropa y la pusieron en el carro.

Cuando estuvieron listas para partir, Nausicaa fue donde Odiseo y le dijo: "Extranjero, si quieres ir a la ciudad, ven con nosotras, que te serviremos de guía. Pero primero escucha lo que te voy a decir. Mientras crucemos por campos y haciendas, camina detrás, manteniéndote cerca del carro, pero cuando entremos a la ciudad, no sigas con nosotras. La gente puede murmurar maliciosamente de mí si me ve con un extranjero como tú. Pueden decir: "¿A quién trae Nausicaa a casa de su padre? Seguramente a alguno que quiere hacer su esposo". Para no tener que enfrentarnos con esa rudeza, prefiero que llegues sólo a casa de mi padre. Escúchame y te diré cómo podrás hacer esto".

"Hay una gruta de la diosa Pallas Atenea a un grito de distancia de la ciudad. En esa gruta hay una fuente, y cuando pasemos cerca, yo te pediré que vayas a descansar allí. Entonces, cuando hayas calculado que nosotras ya llegamos a casa de mi padre, entra a la ciudad y pregunta por el palacio del Rey. Cuando lo encuentres, atraviesa rápidamente el patio y la gran cámara y llega hasta donde mi madre se sienta a tejer a la luz del fuego. Mi padre estará sentado por allí cerca, bebiendo su vino al atardecer. Pasa frente a su asiento y llega hasta mi madre. Junta tus manos a la altura de sus rodillas y pídele ayuda. Si le caes en gracia, serás ayudado por nuestra gente y se te darán los medios para que puedas regresar a tu tierra".

Así le habló Nausicaa. Luego azotó a las mulas y partió el carro. Odiseo caminó detrás con las niñas. A la puesta del sol llegaron a la gruta que estaba fuera de la ciudad, la gruta de Pallas Atenea. Odiseo entró allí y se sentó junto a la vertiente. Y mientras descansaba en su gruta, le rezó a la diosa: "Escúchame, Pallas Atenea, y concédeme que pueda llegar frente al Rey de esta ciudad y sea digno de su piedad y su ayuda."

III

Cuando hubo pasado suficiente tiempo para que la niña Nausicaa hubiera llegado a casa de su padre, Odiseo se levantó de su asiento a un costado de la vertiente en la gruta de Pallas Atenea, y se dirigió a la ciudad. Allí encontró a uno que le mostró el camino al palacio del Rey Alcinous.

Las puertas del palacio eran doradas y los marcos eran de plata. Y había un jardín cerca de la gran puerta, con árboles frutales: peras y granados, manzanos, higueras y olivos. Más abajo había un viñedo con racimos de uva. La huerta y el viñedo eran unas maravillas, porque la fruta nunca caía, o era cosechada, sin que otra fruta madurara para tomar su lugar. En cada estación había fruta lista para ser cosechada en la parcela del Rey.

Odiseo se detuvo frente al umbral de bronce y le vinieron muchos pensamientos. Pero por último, y encomendándose a Zeus, cruzó el umbral y atravesó el gran salón. En esa tarde los capitanes y consejeros de los Feacianos estaban sentados tomando vino con el Rey. Odiseo pasó frente a ellos, sin detenerse frente al trono del Rey, y se dirigió donde se sentaba la Reina Arete. Se arrodilló frente a ella y abrazándole las rodillas con sus manos, le habló suplicando:

"¡Reina Arete! ¡Después de muchos sufrimientos y peligros, he llegado a ti, a tu esposo y a tus huéspedes! Que los dioses les den a todos los que están aquí una vida feliz y que cada uno vea a sus hijos en segura posesión de sus casas. He llegado hasta ti para rogarte que me des la posibilidad de viajar a mi propia tierra; por largo tiempo he sufrido aflicciones muy lejos de los míos".

Luego, después de haber hablado, Odiseo se retiró y se sentó con su cabeza inclinada, entre las cenizas del fogón. Nadie habló por largo rato. Después, un anciano consejero que estaba allí habló al Rey:

"Oh Alcinous" -dijo- "no es correcto que un extranjero se sienta entre las cenizas de tu fogón. Pídele que se levante, que le den una silla y le traigan la cena".

Entonces Alcinous tomó a Odiseo de la mano, lo levantó de donde estaba sentado y le pidió a su hijo Laodamas que le hiciera un lugar. Se sentó en una silla con guarniciones de plata, y una sirvienta le trajo pan, vino y comida. Él comió, y el Rey Alcinous habló a la gente y dijo:

"Mañana los reuniré a todos y festejaremos al extranjero con un banquete en nuestros salones y pediremos consejo sobre cómo podremos ayudarlo a regresar a sus tierras".

Los capitanes y consejeros estuvieron de acuerdo y cada uno se levantó y se fue a su propia casa. Odiseo se quedó solo en el salón con el Rey y la Reina. Ahora, Arete, mirando de cerca a Odiseo, reconoció el manto que usaba, porque ella misma lo había tejido con sus sirvientas y cuando toda la gente hubo salido, le habló a Odiseo diciéndole:

"Extranjero, ¿quién eres? ¿no hablabas de haber venido hasta nosotros a través del mar? Y si viniste así, ¿quién te dio la ropa que tienes puesta?"

Dijo Odiseo: "Señora, durante diecisiete días navegué por los profundos mares, y en el día décimo octavo vi las colinas de tu tierra. Pero mis pesares no habían terminado aún. Los tormentosos vientos destruyeron mi balsa, y cuando traté de llegar a tierra, las olas me dominaron, arrojándome a un lugar desolado. Por último llegué a un río, nadé hacia su desembocadura y encontré refugio del viento. Yací allí entre las hojas toda la noche y desde el amanecer hasta el mediodía. Entonces bajó por el río tu hija. Observé su juego con sus amigas y a ella le supliqué ayuda. Me dio pan y vino y me proporcionó esta ropa, y mostró una comprensión más allá de lo que corresponde a sus años".

Entonces dijo el Rey Alcinous: "Nuestra hija no hizo bien al no traerte directamente a nuestra casa".

Odiseo dijo: "Mi Señor, no culpes a la niña. Me pidió que siguiera en su compañía, y sólo fue

cuidadosa de que nadie tuviera razones para pensar mal sobre el extranjero que ella había encontrado".

Entonces Alcinous el Rey, alabó a Odiseo, y dijo que le gustaría que tal hombre habitara en su casa y le daría tierras y riquezas en el país de los Feacianos.

"Pero si no es tu voluntad vivir con nosotros" -dijo- "te daré un barco y una compañía de hombres para que te lleven a tu propia tierra, aunque esa tierra esté tan lejos como Eubea, que, según dicen nuestros hombres, es la más lejana de todas las tierras". Cuando dijo esto, Odiseo rezó en su corazón: "Oh, Padre Zeus, permite que el Rey Alcinous pueda cumplir todo lo que ha ofrecido y que por esto su fama nunca se apague y que yo pueda regresar a mi tierra".

Arete pidió entonces a las sirvientas que prepararan una cama para Odiseo. Así lo hicieron, colocando tibias sábanas y mantas de color púrpura sobre ellas. Y cuando Odiseo se acostó en la cama y reposó en ella, después de los vaivenes de las olas, su descanso allí le pareció maravillosamente bueno.

Al amanecer fue con el Rey a la Asamblea de los Feacianos. Cuando los Príncipes, Capitanes y consejeros se hubieron reunido, Alcinous les habló así:

"¡Príncipes, capitanes y consejeros! Este extranjero ha llegado a mi casa en sus vagabundeos, y desea que nosotros le demos un barco y una compañía de hombres, de modo que pueda cruzar los mares y llegar a su propia tierra. Como lo hemos hecho en tiempos pasados, ayudémoslo en su viaje. Más aún, echemos ahora un barco negro al mar, pongamos a cincuenta y dos de nuestros más nobles jóvenes a bordo y preparémoslo para el viaje. Pero antes de que parta, vengan todos ustedes a una fiesta que daré a este extranjero en mi casa; y más aún, llevemos al bardo de nuestra tierra, al ciego Demodocus para que sus canciones alegren nuestra fiesta."

Así habló el Rey, y los príncipes, capitanes y consejeros de los Feacianos fueron con él al palacio. Y al mismo tiempo cincuenta y dos jóvenes fueron a la orilla del mar, bajaron un barco, le pusieron un mástil y velas y colocaron los remos en las abrazaderas forradas con cuero. Hecho esto, se fueron al palacio donde empezaba la fiesta y donde se juntaba mucha gente.

El encargado del palacio hizo entrar al bardo, el ciego Demodocus. A él, los dioses lo habían dotado de buena y mala fortuna: la gracia del canto y la falta de vista. El encargado lo llevó a través de la gente y lo colocó en un asiento con guarniciones de plata, colocando su lira en el pilar sobre su asiento. Cuando los invitados y el bardo terminaron de cenar, el ciego Demodocus tomó la lira y cantó sobre temas que ya eran famosos: los hechos de Aquiles y Odiseo.

Y cuando escuchó las palabras que pronunciaba el bardo, Odiseo levantó su manto rojo y ocultó su cabeza. Las lágrimas le caían por las mejillas, y tenía vergüenza que lo vieran. Nadie notó su llanto excepto el Rey, y el Rey se preguntaba por qué su huésped estaba tan conmovido por lo que relataba el bardo.

Cuando finalizaron los festejos y el bardo terminó de cantar, Alcinous dijo: "Sigamos ahora con juegos y deportes para que nuestro huésped extranjero le pueda contar a sus amigos, cuando esté entre ellos, lo que hacen nuestros jóvenes",

Todos salieron del palacio hacia el lugar de los juegos. Hubo carreras a pie, competencias de lucha y lanzamientos de pesas. Todos los jóvenes presentes participaron en los juegos, y cuando terminaron las pruebas, Laodamas, el hijo del Rey, dijo a sus amigos:

"Vengan, mis amigos, y preguntémosle al extranjero si es experto o si practica algún deporte".

Y diciendo esto, se acercó a Odiseo y le dijo: "Amigo y extranjero, ven y ensaya tu experiencia en los deportes. No tengas preocupaciones, porque tu partida no será retrasada por mucho. En este momento el barco ya está en el agua y tenemos con nosotros a los jóvenes que te ayudarán a llegar a tus tierras"

Dijo Odiseo: "La pena está más cerca de mi corazón que los deportes, porque he sufrido mucho en tiempos no lejanos".

Entonces. Un joven que estaba con Laodamas, Eurialus, que había triunfado en la lucha, dijo insolentemente: "Laodamas seguramente se equivoca al pensar que eres bueno para los deportes. Al mirarte, pienso que eres uno de esos que hacen viajes por provecho, un comerciante cuyo único pensamiento es su carga y sus ganancias".

Entonces dijo Odiseo con rabia: "No has hablado bien, joven. Tienes belleza, seguro, pero no tienes gracia ni en tus modales ni en tu hablar, y has revuelto mi espíritu en mi pecho diciéndome tales palabras".

Entonces cubierto como estaba con su manto, Odiseo saltó y tomó una pesa más grande que las que se habían levantado y con un impulso la lanzó de sus manos. Voló más allá de todas las marcas, y uno de los que observaba de lejos, gritó: "Aún un ciego sabe que tu pesa no se confunde con las otras, sino que cayó mucho más lejos. En esta competencia ningún Feaciano puede sobrepasarte, extranjero".

Y Odiseo, volviéndose al joven le dijo: "El que desee, que supere esta marca. Y si alguno de ustedes desea competir conmigo en boxeo o en lucha, o aún en carrera, que lo haga, cualquiera menos Laodamas, porque él es de la casa y me ha brindado su amistad. Sería un hombre muy rudo el que luchara con su huésped".

Todos mantuvieron silencio. Entonces el Rey Alcinous dijo: "Para que tengas algo que contarle a tus amigos cuando llegues a tus tierras, te mostraremos los juegos en que somos más expertos. Porque nosotros, los Feacianos no somos perfectos boxeadores ni luchadores, pero les ganamos a todos en correr, danzar y remar. ¡Ahora, danzantes! Salgan al frente y muestren su destreza, para que el extranjero pueda contarle a sus amigos, cuando esté con ellos, en cuánto sobrepasamos a todos en la danza, en el bogar y en el correr."

Se emparejó un lugar para la danza, y el bardo ciego, Demodocus, tomó la lira en sus manos y tocó música mientras los jóvenes bailarines golpeaban el piso con sus pies. Odiseo, al mirarlos, quedó maravillado de su gracia y espíritu. Cuando la danza terminó, le dijo al Rey: "Mi Señor Alcinous, has alabado a los danzarines "como los mejores del mundo, y tu palabra no ha sido desmentida. Me he maravillado al verlos".

Al final del día Alcinous le habló a la gente diciendo: "Este extranjero, en todo lo que dice y hace, muestra ser un hombre sabio y poderoso. Démosle ahora cada uno de nosotros un regalo al extranjero. Aquí hay doce Príncipes de los Feacianos y yo soy el número trece. Démosle cada uno un regalo de valor, y después nos vamos a mi casa y nos sentamos a comer. En cuanto a Eurialus, cuando le dé su regalo, que se corrija frente al extranjero por su rudeza al hablar.

Todos aprobaron las palabras del Rey, y Eurialus fue donde Odiseo y le dijo: "Extranjero, si he hablado mal y te he ofendido, que los vientos tormentosos barran lejos esas palabras. Ruego a los dioses que puedas llegar a ver a tu esposa y a tu propio país. Has sufrido largo tiempo lejos de tus amigos".

Así diciendo, Eurialus le regaló a Odiseo una espada de bronce con una empuñadura de plata y una vaina de marfil. Odiseo la tomó y dijo: "Y tú, mi amigo, que los dioses te concedan la felicidad y que nunca te haga falta la espada que me has dado. Tu excelente discurso ha borrado todas las ofensas.

Cada uno de los Príncipes dio regalos a Odiseo, los que fueron llevados al palacio y entregados a la Reina. Y Arete misma le dio a Odiseo un hermoso cofre con ropas y oro. Y Alcinous, el Rey, le dio una hermosa copa, íntegramente de oro.

En el palacio le prepararon el baño, y sintió un gran agrado al sentir el agua caliente, porque no se había dado un baño así desde que abandonara la isla de Calypso. Salió del baño y se puso el hermoso traje que le habían regalado, caminó por el salón con el talante de un rey entre los hombres.

La niña Nausicaa estaba junto a un pilar cuando él entró al salón y supo que nunca había visto antes un hombre más espléndido. Ella había pensado que el hombre que había salvado y que estaba en casa de su padre algún día sería su esposo. Pero ahora comprendió que por ningún motivo se quedaría a vivir en tierra de los Feacianos. Cuando él pasó a su lado, ella le dijo: "¡Adiós, Oh extranjero! Y cuando estés en tu tierra, piensa a veces en mí, Nausicaa, que te ayudó". Odiseo tomó su mano y le dijo: "¡Adiós hija del Rey Alcinous! Quiera Zeus que regrese a mi tierra. Allá todos los días rendiré homenaje a tu recuerdo, a quien debo la vida".

Siguió caminando y llegó al lugar donde se sentaban los Príncipes, Capitanes y Consejeros de los Feacianos. Su asiento estaba junto al Rey. Entonces un escudero trajo al bardo, el ciego Demodocus, y lo guió hasta un asiento junto a un pilar. Y a la hora de servir la cena Odiseo le envió un trozo de carne. Habló también, elogiando al bardo, diciendo: "Cantas bien de los griegos y de todo lo que lucharon y sufrieron, da la impresión que hubieras estado en la guerra de Troya. Me pregunto si puedes cantar sobre el caballo de madera que le trajo la ruina a los troyanos. Si tú puedes hacerlo, seré testigo, entre todos los hombres, de cómo los dioses, con toda seguridad, te dieron el don de la canción".

Demodocus tomó la lira y cantó. Su canción contó cómo una parte de los griegos se había alejado con sus barcos, y cómo otra parte, con Odiseo de jefe, estaban ahora en el centro de la ciudad de Príamo escondidos en el gran Caballo de Madera que los mismos troyanos habían arrastrado a través del muro roto. Allí estaba el Caballo de Madera y la gente discutía sobre lo que debería hacerse con una cosa tan maravillosa si romper las maderas, o llevarlo a un alto cerro y largarlo contra las rocas, o dejado como una ofrenda a los dioses. Por último, fue dejado como ofrenda a los dioses. Entonces el bardo cantó cómo Odiseo y sus camaradas salieron a través de un agujero en el caballo y conquistaron la ciudad.

Cuando cantaba el bardo el corazón de Odiseo se enternecía y las lágrimas caían por sus mejillas. Nadie del grupo lo vio llorar, excepto el Rey Alcinous. Pero el Rey gritó a la audiencia diciendo: "que el bardo cese de cantar, porque hay uno entre nosotros para quien este canto no es agradable. Desde que empezó, el extranjero ha estado llorando con lágrimas que caen de sus mejillas".

Cesó el bardo y todos miraron sorprendidos a Odiseo, que estaba sentado con la cabeza inclinada y cubierta por su manto. ¿Por qué lloraba? Todos se preguntaban. Nadie le había preguntado su nombre, porque todos pensaban que era más noble servir a un extranjero sin saber

su nombre.

Dijo el Rey hablando nuevamente: "En el palacio de un hermano está el extranjero y el suplicante, y como un hermano eres para nosotros. Oh, huésped desconocido, sé fraternal con nosotros y dínos con qué nombre te llaman en tu propia tierra; cuéntanos también de tu tierra y tu ciudad, y cuéntanos también por dónde has pasado en tus viajes y qué tierras y gente has encontrado. Y como a un hermano, cuéntanos por qué llorabas y te lamentabas por la guerra de los griegos con los troyanos. ¿Tuviste algún pariente que cayó frente a la ciudad de Príamo, el esposo de una hija, o el padre de alguna esposa, o alguien más cercano por la sangre, o algún gran amigo que cayó allí, alguien muy querido tuyo que fuera como tu hermano?"

El Rey le hizo estas preguntas, y Odiseo, sacándose el manto de su cabeza, se volvió hacia la gente.

IV

Entonces Odiseo habló así al grupo y dijo: "Oh Alcinous, famoso Rey, es bueno escuchar a un bardo como Demodocus. En cuanto a mí, no hay mayor delicia que cuando los hombres celebran juntos de todo corazón, cuando las mesas son abundantes y cuando te llenan de buen vino las copas y cuando un bardo te canta nobles canciones. Pero tú me has pedido que hable de mis viajes y de mis sufrimientos. ¡Ay, dónde puedo empezar esa historia, porque los dioses me han dado más sufrimientos que los que un hombre puede contar!

"Pero primero les declaro mi nombre y mi país. Yo soy Odiseo, hijo de Laertes, y mi tierra es Ítaca, una isla entre muchas otras islas. Ítaca es una isla agreste, pero buena formadora de hombres duros, y yo, como otros, creo que no hay lugar más bello que la tierra propia de un hombre. Pero ahora te contaré a ti, Rey, y a los príncipes, capitanes y consejeros de los Feacianos, la historia de mis vagabundeos".

"El viento llevó mis barcos desde las costas de Troya, y con las velas izadas llegamos al cabo llamado Malea. Si hubiésemos podido doblar el cabo, pronto habríamos podido llegar a nuestro país, sanos y salvos. Pero llegó el viento norte y nos sacó de nuestra ruta y nos llevó más allá de Citera".

"Luego, durante nueve días fuimos lanzados por terribles vientos y lejos de toda tierra conocida. Al décimo día llegamos a un país extraño. Muchos de mis hombres bajaron allí. La gente de esa tierra era inofensiva y amistosa, pero la tierra era sumamente peligrosa. Porque allí crecía la flor del loto, dulce como la miel, que hace que la gente olvide su pasado y descuide su futuro. Y aquellos de mis hombres que comieron el loto que los habitantes de esta tierra les ofrecieron, se olvidaron de su país y del camino de retorno; quisieron quedarse para siempre en la tierra del loto. Lloraban al recordar los sufrimientos que les esperaban y los que ya habían pasado. Los devolví a los barcos, y tuve que dejarlos debajo de los bancos y mantenerlos amarrados. Y ordené a los que habían comido el loto que se volvieran de inmediato a los barcos. Entonces, tan pronto estuvieron todos los hombres a bordo, nos apuramos en partir.

"Después llegamos a la tierra de los Cíclopes, unos gigantes. Hay una isla desértica frente a la bahía, y en ella había un pozo con agua cristalina en torno al que crecen los álamos. Llegamos a esa isla desierta, bajamos la velas y subimos nuestras embarcaciones a la playa.

"Tan pronto como amaneció recorrimos la isla desierta, espantando los rebaños de cabras

salvajes, disparándoles con nuestras flechas. Matamos tantas cabras salvajes que tuvimos nueve para cada barco.

Después miramos hacia la tierra de los Cíclopes y escuchamos el sonido de voces, vimos humo de fogatas y escuchamos el balido de rebaños de ovejas y cabras.

"Reuní a mis compañeros y les dije: "Es bueno que algunos de nosotros vayamos a esa otra isla. Con mi propio barco y con la gente que hay allí, iré yo mismo. El resto permanecerá aquí. Veré qué clase de gente la habita, y si nos tratan con bondad y nos dan los regalos que se acostumbra dar a los extranjeros tendremos provisiones para nuestro viaje".

"Nos embarcamos y llegamos a tierra. Había una caverna cerca del mar, y cerca de la caverna había grandes rebaños de ovejas y cabras. Tomé doce hombres conmigo y el resto quedó de guardia en el barco. Entramos a la caverna y no encontramos hombres allí. Había canastos llenos de queso y vasos de suero de leche y pailas y fuentes de leche. Mis hombres querían que tomara algo de queso, me llevara algunos de los corderos y cabritos, y que nos fuéramos. Pero yo no quise hacer eso, porque prefería que el dueño nos lo diera por propia voluntad, como el ofrecimiento a los extranjeros.

"Mientras estábamos en la caverna regresó el dueño de casa. Llevaba en sus hombros una gran cantidad de leña para su fuego. Nunca en nuestras vidas habíamos visto una criatura tan aterradora como este Cíclope. Su tamaño era el de un gigante, y lo que le hacía parecer tan terrible era que tenía un solo ojo, y este ojo estaba en el medio de la frente. Lanzó al suelo la leña que acarrea haciendo tal estruendo que huimos aterrorizados a los rincones y escondites de la caverna. Después entró sus rebaños y empezó a ordeñar las ovejas y cabras. Y cuando tuvo los rebaños adentro, tomó una piedra, que ni entre todos habríamos podido mover, y cerró la entrada de la caverna.

"El Cíclope encendió el fuego, y cuando éste ardió, nos vio en los rincones y huecos de la caverna. Nos habló. No sabíamos lo que decía, pero nuestros corazones estaban aterrorizados con el ruido de su profunda voz.

"Yo le hablé diciendo que éramos los hombres de Agamenón de regreso a casa después de haber tomado la ciudad de Príamo, y le rogué que nos tratara bondadosamente en 'nombre de Zeus', que siempre acompaña a los extranjeros y suplicantes. Pero él me contestó diciendo: 'Nosotros los Cíclopes no rendimos cortesía a Zeus ni a ninguno de tus dioses. Con nuestra fuerza y nuestro poder consideramos que somos más poderosos que ellos. No te protegeré, ni te daré nada en nombre de Zeus, sino lo que yo mismo desee. Y lo primero que quiero es que me digas cómo llegaste a nuestra tierra.'

"Sabía que era mejor que el Cíclope no supiera que mi barco y mis compañeros estaban en la bahía de la isla. Por lo tanto, le hablé engañosamente, "contándole que mi barco se había hecho pedazos contra las rocas, y que yo y mis hombres éramos los únicos que habíamos escapado del desastre.

"Le rogué por lo tanto que nos tratara como los hombres justos tratan con los extranjeros y suplicantes. Pero él, sin decir una palabra, tomó a dos de mis hombres y tirándolos de las piernas los lanzó de cabeza contra el suelo. Los cortó en trozos y los comió ante nuestros ojos. Lloramos y rogamos a Zeus al presenciar un hecho tan terrible.

"Después el Cíclope se estiró entre sus ovejas y se puso a dormir cerca del fuego. Entonces

pensé si debería tomar mi espada y tratar de ubicar su corazón y matarlo allí mismo. Pero unos segundos de pensamiento me hicieron retenerme de hacer tal cosa. Habría podido matarlo, pero ni aún con mis compañeros hubiera sido capaz de remover la enorme piedra que tapaba la entrada a la caverna.

"Vino el amanecer y el Cíclope se despertó. Prendió el fuego y ordeñó sus rebaños entonces tomó otros dos de mis compañeros y los preparó para el almuerzo de medio día y ahora rodó la piedra y sacó sus rebaños fuera de la caverna.

"Yo había pensado en una forma de escapar, y meditaba en cómo podríamos burlar al Cíclope. Yo tenía conmigo un gran cuero con vino, y pensaba que si podíamos emborrachado, entonces lo podríamos dominar. Pero había que preparar otras cosas primero. En el suelo de la caverna había una gran viga de olivo que el Cíclope había cortado para hacer un bastón cuando la madera estuviera seca. Aún estaba verde. Con mis compañeros cortamos una braza de madera, le sacamos punta y la pusimos a las brasas para endurecerla, luego escondí la viga en un rincón de la caverna.

"El Cíclope regresó en la tarde y abriendo la caverna entró al ganado. Cerró la caverna y se puso a ordeñar las ovejas y las cabras. Otra vez tomó a dos de mis compañeros. Yo fui donde la terrible criatura con la jarra de vino en mis manos, la tomó, se la bebió y gritó: 'Dame otra jarra de eso y dime tu nombre para que te traiga regalos por darme este líquido con gusto a miel'.

"Otra vez le hablé engañosamente y le dije: 'Nadie es mi nombre, Nadie el nombre de mi padre y mi madre me llama.'"

"Dame más de esa bebida Nadie" -gritó- "y el regalo que te haré será que serás el último de ustedes que me voy a comer".

"Le di vino nuevamente, y cuando se hubo bebido la tercera jarra, se echó de espaldas con su cara hacia arriba y se quedó dormido. Entonces yo, con cuatro compañeros, tomamos la vara de olivo transformada ahora en una dura y puntiaguda estaca y la colocamos en las brasas del fuego. Cuando la punta estuvo al rojo, la sacamos de las llamas. Entonces, junto con mis compañeros, tomamos la gran estaca, y dirigiéndonos al Cíclope se la lanzamos en su ojo. Lanzó un terrible grito que hizo temblar las rocas y nosotros nos escondimos en los recodos de la caverna.

"Sus gritos atrajeron a otros Cíclopes que se acercaron a la boca de la caverna, y éstos, llamándolo por el nombre Polifemo, le preguntaban por qué gritaba. 'Nadie' -gritó- 'me está matando con engaño'. 'Si Nadie te está matando, no hay nada que podamos hacer por ti, Polifemo. Lo que te pasa te lo han mandado los dioses' y diciendo esto, se alejaron de la entrada de la caverna, sin intentar sacar la piedra.

"Polifemo entonces, rugiendo de dolor, sacó la piedra y se sentó frente a la entrada de la caverna con sus manos extendidas sobre el suelo, pensando que nos atraparía si salíamos. Les mostré a mis compañeros cómo podríamos esquivarlo. Tomé algunos carneros del rebaño y amarré a tres de ellos con ramas flexibles, luego, en el carnero del medio, até a uno de mis hombres. Así, por cada tres carneros que salieran, pasaría un hombre. Tan pronto como amaneció, los carneros salieron a pastar, y a medida que pasaban, Polifemo ponía sus manos en el primero y en el tercero de cada tres que salían. Salieron y Polifemo no sospechó que el carnero que no tocaba llevaba un hombre.

"Para mí, tomé el camero que me parecía el más fuerte y más lanudo de todo el rebaño, y me puse debajo, colgándome de la lana de su barriga. Cuando este carnero, el mejor del rebaño, pasó, Polifemo, colocando sus manos sobre él, dijo: "Si tú, el mejor de mis carneros, pudieras hablar, me podrías decir dónde está escondido *Nadie*, que me ha dejado ciego". El camero pasó junto a él, y cuando estuvo algo alejado de la caverna, me solté y liberé a mis compañeros.

"Reunimos varias de las ovejas de Polifemo, y las llevamos a nuestro barco. Los hombres que habíamos dejado en el barco lloraron al saber lo que había pasado con seis de sus compañeros. Pero yo les pedí que subieran al barco las ovejas que habíamos traído, sacaran el barco a flote y lo alejaran de tierra. Cuando ya estábamos a cierta distancia de la costa no pude evitar gritar mis vituperios hacia la caverna de Polifemo: 'Cíclope' -grité- 'creías que tenías la compañía de un loco y a una débil criatura para comértela. Pero has sido dañado por mí, y tus malos hechos han sido castigados".

"Así grité, y Polifemo salió a la entrada de la caverna enfurecido. Tomó pedazos de roca y los lanzó hacia el barco, pero cayeron frente a la proa. Los hombres se lanzaron a los remos y alejaron el barco antes de que fuera hecho pedazos por las rocas que el cíclope le largaba. Y cuando estuvimos más lejos, grité:

'Cíclope, si algún hombre te pregunta quién te hizo esa marca, dile que fue Odiseo, el hijo de Laertes'.

"Entonces escuché a Polifemo gritar: 'Pido a Poseidón, el dios del mar cuyo hijo soy, que me vengue de ti, Odiseo. Pido a Poseidón que me asegure que tú nunca puedas llegar a tu casa; y si los dioses ordenan tu regreso, que llegues allá después de mucho trabajo y sufrimiento, en mala situación, en un barco extranjero, para encontrar penas en tu casa'.

"Así rezó Polifemo, y para mi mala fortuna, Poseidón oyó su ruego. Pero nosotros seguimos en nuestro barco felices de haber escapado. Llegamos a la isla desierta donde estaban mis otros barcos. Toda la compañía gozó al vernos, aunque tuvieron que lamentar los seis compañeros muertos por Polifemo. Dividimos entre los barcos las ovejas que le habíamos quitado a Polifemo e hicimos sacrificios a los dioses. Al amanecer del día siguiente izamos velas en todos los barcos y partimos navegando.

V

Llegamos a la Isla donde tiene su residencia Eolo, el Señor de los Vientos, que es quien puede dar a los marineros un buen o un mal viento. Con sus seis hijos y seis hijas, Eolo vive en una isla flotante que tiene en todo su entorno un muro de bronce. Cuando llegamos a su isla el Señor de los Vientos nos trató bondadosamente y nos mantuvo en su residencia por un mes. Y cuando llegó el momento de partir, Eolo no trató de retenenos en la isla. Y a mí, cuando bajaba a los barcos me dio una bolsa hecha con vejiga de buey, y en esa bolsa estaban todos los vientos que soplan. La salida de la bolsa estaba asegurada con una correa de plata, de modo que no podría escaparse ningún viento que pudiera sacarnos de nuestro curso. Entonces mandó al Viento del Oeste que soplara en nuestras velas para que llegáramos a nuestra tierra tan pronto como nuestros barcos nos pudieran llevar.

"Durante nueve días navegamos con Viento Oeste, y al décimo día llegamos a la vista de Ítaca, nuestra tierra. Vimos sus playas y las señales de fuego en las costas y a la gente atendiendo

a las fogatas. Entonces pensé que la maldición del Cíclope había sido inútil y que no nos había hecho daño, una pesadilla que me había perseguido por mucho tiempo, y me relajé y me dormí.

"Entonces, cuando dormía, la desgracia por la que había velado cayó sobre mí. Mis hombres hablaban entre ellos y se dijeron: 'Allá está nuestra tierra natal. Y regresamos después de diez años de luchas y sufrimientos con las manos vacías. Distinto es el caso de nuestro señor Odiseo. Trae oro y plata de la cámara de los tesoros del Rey Príamo de Troya. Y Eolo también le ha dado un tesoro en una vejiga de buey. Pero saquemos algo de la vejiga mientras duerme.

"Así dijeron y abrieron la boca del saco. Y ¡escuchen lo que ocurrió!. Todos los vientos que estaban aprisionados allí se escaparon. Y los vientos se llevaron nuestros barcos a alta mar y lejos de nuestra tierra. No sé lo que sucedió con los otros barcos. Me desperté y vi que los vientos nos llevaban de un lado para otro. No sabía si debería saltar al mar y así terminar con mis problemas, o si debería afrontar esta terrible mala suerte. Envolví mi cabeza con mi capa y me tendí en la cubierta de mi barco.

"El viento nos devolvió a la isla flotante. Desembarcamos y fui a la casa del Señor de los Vientos. Me senté cerca de los pilares de la entrada y él vino y me habló así: '¿Qué pasa Odiseo? ¿Cómo es que has regresado tan pronto? ¿No te di un viento bueno para que te llevara a tu tierra y no amarré todos los vientos que te podrían ser perjudiciales?

"Mis malvados compañeros -dije- han sido mi perdición. Han deshecho todo lo bueno que has hecho por mí. Oh, Rey de los Vientos, abrieron el saco y dejaron volar todos los vientos. Y ahora, ayúdame, oh Señor Eolo, una vez más.

"Pero Eolo me dijo: 'estoy lejos de querer ayudar a un hombre como tú, un hombre seguramente maldito por los dioses. Fuera de mi isla, porque no haré nada por ti'. Entonces salí de su casa y me dirigí al barco.

"Con gran pesadumbre nos alejamos de la isla de Eolo. Llegamos después a la Isla de Aean, donde encontramos a Circe la Hechicera. Durante dos días y dos noches estuvimos en esa isla sin ver señales de una habitación. Al tercer día vi humo saliendo de una fogata. Hablé con mis hombres, y nos pareció bueno que fuera un grupo para ver si encontrábamos gente que nos pudiera ayudar. Echamos suertes para ver quienes irían y le tocó ir a Euriloco con parte de la gente, mientras yo quedaba con la otra parte.

"Así es que Euriloco se fue con veintidós hombres. En las ciénagas del bosque encontraron una casa hecha de piedras pulidas. En tomo de la casa rondaban bestias salvajes: lobos y leones. Pero estas bestias no eran bravas. Cuando Euriloco y sus hombres se acercaron a la casa, se acariciaban entre ellos como perros domésticos.

Pero los hombres estaban asustados y se mantuvieron fuera de la reja del patio. Escucharon una voz cantando dentro de la casa, y les pareció que era la voz de una mujer que cantaba mientras seguía el vaivén frente a una red que estaba tejiendo en un telar. Los hombres gritaron, y la que estaba cantando abrió la pulida puerta y salió de la habitación. Era de muy hermoso aspecto. Al abrir la puerta pidió a los hombres que entraran, y ellos pasaron a los salones. "Pero Euriloco se quedó atrás. Miró a la mujer y la vio darle comida a los hombres. Pero vio que ella mezclaba una droga con la comida que les daba y con el vino que les daba de beber. Tan pronto hubieron comido la comida y bebido el vino ella los tocó con una varilla y ¡miren! Los hombres se transformaron en chanchos. Entonces la mujer los sacó de la casa y los puso en el porquerizo y les dio de comer

bellotas y comida para chanchos.

"Cuando Euriloco vio esto, arrancó a través del bosque y me lo contó todo. Entonces me coloqué al hombro mi buena espada de bronce, y pidiéndole a Euriloco que se quedara en el barco, me fui por el bosque hasta la casa de la hechicera. Me quedé afuera y llamé. Entonces Circe la Hechicera abrió completamente la puerta y me pidió que entrara. Entré a su casa, me dio una silla y me colocó un piso para los pies. Entonces me trajo una copa de oro con vino en la que había echado una peligrosa droga.

"Cuando me pasó la copa saqué mi espada y salté hacia ella como alguien deseoso de matarla. Saltó hacia atrás y gritó: ¿Quién eres tú que puedes adivinar mis encantamientos? ¿Eres tú realmente Odiseo, de quien me ha hablado Hermes? No, baja tu espada y seamos amistosos. ¡En todo te trataré bondadosamente!

"Pero yo le dije: 'No Circe, primero debes jurarme que no me tratarás traicioneramente' .

"Juró por los dioses que no me trataría traicioneramente y guardé mi espada".

Entonces las sirvientas de Circe me prepararon el baño, me bañé y me hice masajes con aceite de oliva, y Circe me dio un nuevo manto y jubón. Las sirvientas trajeron mesas de plata, y sobre ellas, pusieron dorados canastos con pan y carne, y otras sirvientas trajeron copas con vino con sabor a miel. Me senté frente a una mesa de plata, pero no sentí deseos de probar los alimentos.

"Cuando Circe me vio sentado en silencio y preocupado dijo: ¿Por qué, Odiseo estás sentado como si fueras mudo? ¿Piensas que hay alguna droga en tu comida? Pero si he jurado que no te trataré traicioneramente, y ese juramento lo mantendré.

Y yo le dije: 'Oh Circe, Hechicera, ¿qué hombre de buen corazón podría comer y beber cuando sus compañeros están como chanchos en las porquerizas? Si quieres verme comer y beber, primero déjame ver a mis compañeros en su verdadera forma.

"Circe, al oír esto, fue a las porquerizas y untó a cada chancho que estaba allí con un encantamiento. Al hacerlo, las cerdas cayeron y se vieron las piernas de los hombres. Mis compañeros volvieron a ser hombres otra vez, y eran más altos y buenos mozos que antes.

Después de esto, vivimos en la isla de Circe en amistad con la hechicera. No nos trató traicioneramente nunca más, y nos banqueteamos por un año en su casa.

Pero todos añorábamos nuestra tierra. Y mis hombres me pidieron que rogara a Circe que nos dejara seguir nuestro viaje a casa. Nos dejó ir y nos contó sobre los muchos peligros que encontraríamos en nuestro viaje.

VI

"Cuando se puso el sol y se oscureció, mis hombres se fueron a acostar a la proa del barco. Entonces Circe la Hechicera tomó mi mano y haciéndome sentar a su lado, me habló del viaje que nos esperaba.

"Primero llegarás donde las Sirenas; ellas se sientan en su campo de flores y embrujan a todos los hombres que se les acercan. El que escucha el canto de las Sirenas y se acerca a ellas sin conocer sus métodos, nunca más volverá a ver a su mujer ni a sus hijos, ni tendrá la alegría de volver a su casa. Alrededor del lugar donde se sientan las Sirenas hay grandes montones de huesos de hombres. Pero yo te diré, Odiseo, cómo puedes evitarlas.

"Cuando estés cerca, pon cera en los oídos de tus hombres, no vaya a ser cosa que alguno

de ellos escuche el canto de las Sirenas. Pero si tú mismo deseas escucharlas, pide a tus hombres que te amarren de pies y manos al mástil. Y si al escuchar el canto tú pides que te suelten, ellos deben amarrarte con sogas más fuertes. Cuando tus compañeros hayan llevado el barco más allá de donde se escuche el canto de las Sirenas, ahí te podrán soltar.

"Pasando el lugar donde se sientan las Sirenas, hay un lugar realmente peligroso. A un lado hay grandes rocas que los dioses llaman Rocas Vagabundas. Ningún barco que vaya en esa dirección puede escapar. Todo alrededor de estas rocas está lleno de los tablones de los barcos, y los cuerpos de los hombres son movidos por olas del mar y tormentas de fuego. Solo un barco logró pasar por allí, el barco Argo, de Jasón, y ese barco habría sido destrozado contra las rocas si la diosa Hera no lo hubiera socorrido al pasar, y esto debido a su amor por el héroe Jasón.

"Mas allá de las Rocas Vagabundas hay dos picachos, entre los cuales debes hacer pasar tu barco. Un picacho es suave y alto, llega hasta las nubes del cielo. Al medio tiene una caverna y esa caverna es el refugio de un monstruo llamado Scilla. Este monstruo tiene seis cuellos y cada cuello una malvada cabeza. Mantiene sus cabezas sobre el golfo, buscando su presa y gruñendo horriblemente. Ningún barco ha pasado por allí, sin que Scilla haya sacado en cada boca el cuerpo de un hombre.

"El otro picacho está cerca. Podrías lanzar una flecha desde el refugio de Scilla. En el picacho crece una higuera, y bajo la higuera Charibdis tiene su hogar. Se sienta allí chupando el agua y la lanza hacia adelante. No estés cerca cuando chupa el agua, porque en ese caso no tendrás salvación. Mantente más cerca de Scilla que de la roca de Charibdis. Es preferible perder seis de tus hombres que perder tu barco y toda la tripulación. Pasa cerca de la roca Scilla y atraviesa rápido.

"Si consigues pasar las mortales rocas vigiladas por Scilla y Charibdis, llegarás a la Isla de Trinacia. Allí pasta el Ganado del Sol, cuidado por ninfas inmortales. Si llegas a esa isla, no dañes al ganado. Si lo dañas, preveo la ruina de tu barco y de tus hombres, aunque tú puedas escapar.

"Así me habló Circe, después de lo cual, tomó su camino isla arriba. Entonces me fui al barco y desperté a mis hombres. Rápidamente subieron a bordo, y habiendo tomado sus asientos en los bancos, empezaron a remar. Se izaron las velas y llegó la brisa alejándonos de la Isla de Circe, la Hechicera.

Le dije a mis compañeros lo que Circe me había contado sobre las Sirenas en sus campos de flores. Tomé un gran trozo de cera y lo amasé hasta que quedó blando. Entonces cubrí los oídos de mis hombres y ellos me amarraron al mástil del barco. Cayó el viento y el mar estaba calmado como si un dios hubiera tranquilizado las aguas. Mis hombres tomaron los remos y se alejaron. Cuando el barco estaba a un grito de distancia de la tierra a la que nos habíamos acercado, las sirenas nos espiaban y empezaron a cantar.

"Acércate, acércate oh Odiseo' -cantaban las Sirenas- detén tu barco y escucha nuestras canciones. Nadie ha seguido su camino en su barco sin antes haber escuchado de nuestros propios labios la voz dulce como la miel y la haya disfrutado y luego continuado su camino como un hombre más sabio. Sabemos todo lo que ocurrió, todo el trabajo que tuvieron los griegos en la guerra de Troya, y sabemos todo lo que en el futuro ocurrirá en la tierra. Odiseo, Odiseo, ven a nuestros campos floridos y escucha las canciones que cantaremos para ti.

"Mi corazón estaba loco de deseos de escuchar a las Sirenas. Moví la cabeza pidiendo a mi

gente que me soltaran, pero me apretaron más las cuerdas, se inclinaron sobre los remos y remararon hacia adelante. Cuando hubimos pasado el lugar de las Sirenas, los hombres se sacaron la cera de los oídos y me soltaron del mástil.

Pero tan pronto nos alejamos de la Isla, vi levantarse humo y escuché el horrible rugido del mar. Mis hombres soltaron los remos de terror. Fui donde ellos a darles valor, y les hice recordar cómo, con mi ingenio, habíamos escapado de la caverna del Cíclope. Nada les dije del monstruo Scilla, para que el miedo a ella no les partiera el corazón. Y ahora empezábamos a navegar por el angosto estrecho. A un lado estaba Scilla y al otro Charibdis. El miedo aterró a los hombres cuando vieron que Charibdis se tragaba el mar. Pero cuando pasamos, el monstruo Scilla agarró a seis de mis hombres, los más bravos de los hombres que estaban conmigo. Cuando eran levantados en las bocas de sus seis cabezas, me llamaban en su agonía. Pero no pude hacer nada en su ayuda. Fueron sacados para ser devorados en la caverna del monstruo. De todas las visiones que he tenido en mis viajes por el mar, ésta fue la más dolorosa.

"Habiendo pasado las rocas de Scilla y Charibdis, llegamos a la Isla de Trinacia. Mientras aún estábamos en el barco escuché el mugido del Ganado del Sol. Le hablé a mi gente. Les dije que deberíamos pasar de largo y no aventuramos a abordarla.

"El corazón de mis hombres se partió dentro de ellos al escuchar eso, y Euriloco me contestó tristemente:

"Es fácil para ti, oh Odiseo, hablar así, porque tú nunca estás cansado, y tienes energía más allá de toda medida. ¿Pero es que tu corazón es también de hierro que no sufre porque tus compañeros no puedan poner pie en la playa y descansar un poco del mar y prepararse una cena con comodidad?

"Así habló Euriloco y el resto lo apoyó. Su fuerza era mayor que la mía. Entonces dije: 'Júrenme solemnemente cada uno de ustedes, que si vamos a esta Isla, ninguno de ustedes matará ganado de ninguna manada'.

"Ellos juraron en la forma que yo les dije. Llevamos el barco a una bahía y desembarcamos junto a un estero de agua fresca y los hombres prepararon su cena. Habiendo comido, se pusieron a llorar por los compañeros perdidos que Scilla había devorado. Después se durmieron.

"Llegó el amanecer, pero vimos que no podíamos partir con el barco porque el Viento Norte y el Viento Este soplaban en forma huracanada. Así es que nos quedamos en la Isla, y pasaron los días y las semanas. Cuando se hubo agotado el grano, los hombres recorrieron la isla pescando y cazando. Poco encontraron para aplacar su hambre.

"Un día, mientras yo dormía, Euriloco le dio a la gente el más péfido consejo: 'Toda muerte' -dijo- 'le es odiosa al hombre, pero la muerte por hambre es la peor de todas. Antes de morir de hambre, usemos el mejor ganado de la manada del Sol. Luego, si los dioses nos hacen naufragar en el mar por esto, que lo hagan. Yo prefiero morir entre las olas que morir por los tomentos del hambre'.

"Así habló, y el resto estuvo conforme con lo que dijo. Mataron el ganado y asaron su carne. Entonces desperté de mi sueño. Cuando bajé del barco, me llegó el olor de la carne asada. Entonces comprendí que algo terrible se había cometido y que nos sucedería algo espantoso.

"Durante seis días mi gente se alimentó con lo mejor del ganado. Al séptimo día el viento se calmó. Entonces fuimos al barco. Y pusimos el mástil y las velas y salimos nuevamente al mar.

Pero habiendo dejado la isla, no aparecía otra tierra, y sólo se veía mar y cielo. Una nube se mantenía sobre nuestro barco, y bajo esa nube el mar estaba oscuro. El Viento Oeste entró con una ráfaga quebrando el mástil que cayó en la cabeza del piloto, que fue a dar al mar. Un rayo cayó en el barco y los hombres fueron barridos de la cubierta. Nunca más volví a ver a ninguno de mis hombres.

"Cesó de soplar el Viento del Oeste, pero llegó el Viento del Sur e hizo retroceder al barco. Lo empujó a las terribles rocas de Scilla y Charibdis. Toda la noche fui arrastrado, y a la salida del sol me encontré cerca de Charibdis. Mi barco fue chupado, pero alcancé a pescarme de una rama de la higuera que crecía en la roca, y me colgué de ella como un murciélago. Allí me quedé hasta que los maderos de mi barco fueron lanzados hacia arriba de nuevo por Charibdis. Me dejé caer en ellos. Sentado en las tablas, remé con mis manos y pasé la roca de Scilla, sin que el monstruo me viera.

"Entonces durante nueve días fui llevado por las olas, y en el décimo día llegué a Ogigia, donde vive la ninfa Calypso. Me llevó a su residencia y me trató bondadosamente. Pero ¿para qué contar el resto de mis penurias? A ti, oh Rey, y a tu noble esposa he contado cómo llegué desde la Isla de Calypso, y no soy de los que repitan una historia ya contada."

VII

Odiseo terminó, y la gente en el salón quedó sentada en silencio, como si estuviesen encantados. El Rey Alcinous habló y dijo: "Nunca, en cuanto concierna a los Feacianos, tú, Odiseo, serás desviado del camino a tu casa. Mañana te daremos un barco y una escolta, y te dejaremos en Ítaca, tu propio país." Los príncipes, capitanes y consejeros, maravillados de haber conocido al famoso Odiseo, se retiraron cada uno a su casa. Cuando llegó el amanecer, cada cual llevó su regalo para Odiseo al barco en que él navegaría.

Cuando el sol estaba por ocultarse, todos regresaron al salón del Rey para despedirse de Odiseo. El Rey derramó una gran copa de vino como ofrenda a los dioses. Entonces Odiseo se levantó y puso en las manos de la Reina una copa de dos asas y dijo "¡Adiós a ti, oh Reina! Que por largo tiempo goces de tu casa, de tus hijos y de tu esposo, Alcinous, el famoso Rey".

Atravesó el umbral de la casa del Rey y bajó al barco. Subió a bordo y se tendió en la cubierta, sobre una sábana y una alfombra que habían sido extendidas para él. Inmediatamente los marineros tomaron los remos e izaron velas y el barco partió como una poderosa ave marina. Odiseo durmió. Y el barco tomó velocidad, llevando a ese hombre que había sufrido tantas penurias, pasado por guerras entre hombres y por mares turbulentos. El barco aceleró, y él durmió, olvidando todo lo que había ocurrido.

Cuando amaneció, el barco estaba cerca de la Isla de Ítaca. Los marineros llevaron el barco a un puerto cerca del cual había una gran caverna. Llevaron el barco a tierra y levantaron a Odiseo, envuelto en la sábana y alfombra, aún dormido. Lo dejaron en una playa de arena de su propia tierra. Luego tomaron los regalos que le habían hecho el Rey, la Reina, los príncipes, capitanes y consejeros de los Feacianos, y los colocaron cerca de un olivo, algo retirado del camino, para que ningún caminante los fuera a encontrar antes de que despertara Odiseo. Entonces regresaron al barco y partieron de Ítaca rumbo a su país.

Odiseo despertó en la playa de su propio país. Una niebla lo cubría todo, y no sabía dónde

estaba. Pensó que los Feacianos lo habían dejado abandonado en una tierra desconocida. Al mirar en torno suyo, vio una persona que se acercaba, con aspecto de hijo de un Rey.

Cuando se acercó más, vio que no era un joven, sino la diosa Pallas Atenea, que se le apareció como un joven. Odiseo se levantó y le preguntó en qué tierra estaba. La diosa le contestó diciendo: "Esta es Ítaca, una tierra buena para cabras y ganado, una tierra de bosques y vertientes". Y mientras hablaba, se convirtió en una mujer alta y hermosa: "¿No me conoces, Odiseo? Soy Pallas Atenea, la hija de Zeus, que siempre te ha ayudado" -dijo la diosa- "hubiera estado más frecuentemente a tu lado, sólo que no quise estar abiertamente contra mi hermano, Poseidón, el dios del mar, a cuyo hijo Polifemo dejaste ciego."

Mientras hablaba la niebla que cubría la tierra se iba disipando, y Odiseo vio que realmente estaba en Ítaca, su propio país. Él conocía la bahía y la caverna, y el cerro Neritón, todo cubierto con sus bosques. Y sabiendo esto, se arrodilló y besó la tierra de su país.

Entonces la diosa le ayudó a colocar sus regalos en la caverna, el oro y el bronce y los trajes tejidos que los Feacianos le habían regalado. Lo hizo sentarse a su lado bajo el olivo mientras le contaba sobre las cosas que estaban sucediendo en su hogar.

"Hay problemas en tus salones, Odiseo" -le dijo- "y será bueno para ti que no te des a conocer por un tiempo. Endurece tu corazón para que soportes por un tiempo más malos tratos de manos de los hombres". Le contó acerca de los pretendientes de su mujer, que ocupaban sus salones todo el día, que derrochaban su fortuna, y que lo asesinarían si trataba de castigarlos por su insolencia. "Para que la fatalidad de Agamenón no te caiga también a ti -ser asesinado en tu propio salón- te cambiaré la apariencia, para que nadie te reconozca" -dijo la diosa.

Entonces le cambió la apariencia, que sería mala, pero que sería sólo temporal. Hizo su piel más pálida, y le disminuyó el brillo de los ojos. Su pelo rubio lo hizo gris y escaso. Entonces cambió su ropa por la de un pordiosero, rota y manchada de humo. En su hombro colocó una vejiga de ciervo y en su mano un bastón de mendigo, con una andrajosa bolsa y una cuerda para amarrarla. Y cuando hubo hecho estos cambios, la diosa dejó a Odiseo y se fue de Ítaca.

Fue entonces cuando la diosa partió donde Telémaco en Esparta, y le aconsejó abandonar la casa de Menelao y Helena; ya hemos contado cómo él había partido con Peisistratus, el hijo de Néstor, y llegado a su propio barco. Su barco fue saludado por un hombre que huía de los que lo querían asesinar, y a este hombre Telémaco lo recibió a bordo. El nombre del extranjero era Teoclimenus, era un adivino, y sabía leer el futuro.

Y Telémaco, al regresar a Ítaca, corría peligro de muerte. Los cortejantes de su madre habían descubierto que había partido de Ítaca en un barco. Dos de los cortejantes, Antinous y Eurimachus, estaban muy enojados por el atrevido acto de Telémaco. "Ha ido a Esparta en busca de ayuda" -dijo Antinous- "y si encuentra quienes lo ayuden, no podremos defendernos de su orgullo. Nos hará sufrir por todo lo que hemos derrochado en su casa. Pero actuemos ahora. Tomaré un barco con veinte hombres y lo esperaré en un estrecho entre Ítaca y Samos, y pondré fin a la búsqueda de su padre".

Entonces Antinous llevó veinte hombres a un barco, y levantando mástil y velas, se hicieron a la mar. Hay una pequeña isla entre Ítaca y Samos - se llama Asteris - y en la bahía de esa isla se quedaron esperando a Telémaco.

VIII

Cerca del lugar donde Odiseo había desembarcado, vivía un anciano que era un fiel sirviente de su casa. Su nombre era Emaús, y era criador de cerdos. Se había construido una casa para él en la parte más agreste de la isla, y había levantado un muro en torno de ésta, y como pocilga había hecho en el patio doce corrales, y en cada corral tenía cincuenta cerdos. El viejo Emaús vivía en este lugar cuidando cerdos, con tres jóvenes que le ayudaban. Los corrales eran vigilados por cuatro perros que eran fieros como bestias del bosque.

Cuando se acercó, los perros se arrojaron sobre él, gruñendo y tirando mordiscos; y Odiseo pudo haber sido mal herido si el criador de cerdos no hubiera salido corriendo a detenerlos y alejarlos. Viendo delante de él a un hombre que parecía un anciano mendigo, Emaús le dijo: "Anciano, está bien que los perros no te hayan hecho pedazos, porque me habrían traído la vergüenza de tu muerte. Tengo bastantes dolores y penas, los dioses lo saben, sin que eso suceda. Aquí estoy, penando por mi noble patrón y engordando puercos para que otros se los coman, mientras él tal vez vague hambriento en alguna ciudad hostil. Pero entra, anciano, tengo pan y vino que darte".

El criador de cerdos hizo entrar al patio al supuesto mendigo, lo hizo sentar en un montón de ramas y extendió para él una vieja piel de cabra. Odiseo estaba feliz con la recepción de su antiguo sirviente, y dijo: "Que Zeus y todos los otros dioses te concedan el más querido de tus deseos por la bienvenida que me has dado",

Dijo Emaús, el criador de cerdos: "Un buen hombre considera a todos los extranjeros y mendigos como venidos de Zeus mismo, y el deseo más querido por mi corazón es que mi patrón Odiseo regrese. Ah, si Odiseo estuviera aquí, me daría algo que yo consideraría como propio - un trozo de tierra que arar, y una esposa que me conforte. Pero mi patrón no retornará, y nosotros los siervos viviremos en el temor cuando los jóvenes lores vengan a gobernar".

Se fue a las porquerizas y trajo dos cerdos lechones; los mató, los cortó en pedazos y los puso a asar. Cuando todo estuvo cocinado, le trajo a Odiseo una porción con harina de cebada, y trajo también vino en una cuenca profunda de madera de hiedra. Y cuando Odiseo hubo comido y bebido, Emaús, el criador de cerdos, le dijo:

"Anciano, ningún caminante pasa por esta tierra sin que nuestra señora Penélope lo mande buscar y lo atienda en la esperanza que tenga algo que contar sobre su señor Odiseo. Todos lo hacen como tú lo harías si llegaras hasta ella a contarle lo que hayas visto o escuchado sobre su señor- para ganar su atención. Pero en cuanto a Odiseo, cuenten lo que cuenten los caminantes o vagabundos, yo creo que nunca regresará. Perros, o aves silvestres, o los peces de mares profundos, habrán antes devorado su cuerpo. Nunca más encontraré un patrón tan bueno ni tan bondadoso, aún si yo regresara a mi propia tierra y viera la cara de mi padre y de mi madre, a quienes yo no echo tanto de menos como a mi patrón".

Odiseo dijo: "Tú dices que tu patrón no regresará jamás, pero veo que eres lento para creer tus propias palabras. Ahora yo te digo que Odiseo regresará y en este mismo año. Y tan seguro como que la vieja luna desaparece y la nueva nace, él se vengará de aquellos sobre los que has hablado, de aquellos que devoran sus bienes y deshonoran a su esposa y a su hijo. Lo digo y lo juro."

"Yo no tomo en cuenta tu juramento" -dijo Emaús, el cuidador de cerdos- "yo no escucho cuentos de vagabundos sobre mi patrón desde que un extranjero vino aquí y nos mintió con una

historia. Nos dijo que había visto a Odiseo en la tierra de Creta, en casa del héroe Idomeneus, reparando sus barcos estropeados por las tormentas, y que estaría aquí en verano o durante las cosechas, trayendo con él muchas riquezas".

Mientras conversaban, los jóvenes ayudantes llegaron de los bosques, trayendo el rebaño de puercos al redil. Hubo un gran estrépito mientras los puercos eran introducidos a los corrales. Llegó la hora de la cena y Emaús, Odiseo y los jóvenes porquerizos se sentaron a cenar. Emaús cortó la carne de cerdo y dio la mejor porción a Odiseo, a quien trataba como al huésped de honor. Y Odiseo dijo: "Emaús, seguro que estás aconsejado por Zeus, ya que das lo mejor de la carne a uno tan modesto como yo".

Y Emaús, pensando que Odiseo lo alababa por tratar tan bondadosamente a un extranjero, dijo: "Come extranjero, y alégrate con la comida que hay aquí".

Llegó la noche, fría y lluviosa. Entonces Odiseo, para probar la bondad del criador de chanchos, dijo: "¡Oh, si yo fuera joven y pudiera soportar esta amarga noche! ¡Oh, si yo estuviera en mejores condiciones! ¿Querría alguno de ustedes darme algo para protegerme del viento y de la lluvia? Pero, realmente, soy un paria, debido a mi pobre vestimenta".

Entonces Emaús preparó para Odiseo una cama cerca del fuego. Odiseo se tendió, y Emaús lo cubrió con un manto que él usaba cuando había grandes tormentas, y él, para cuidar mejor a sus animales, se envolvió en una capa, y llevándose una espada y una jabalina para espantar las bestias salvajes, si llegaran a aparecer, se fue a tender cerca de los corrales.

Cuando llegó la mañana, Odiseo dijo: "Voy a la ciudad a mendigar, así es que no necesito más de ti. Manda a alguien conmigo para que me sirva de guía. Iré a la casa de Odiseo, y veré si puedo saber algo sobre los pretendientes que están allá. Les podría servir a ellos perfectamente si es que me quieren tomar a su servicio. No puede haber un mejor servidor que yo, si se trata de partir leña, encender un fuego y cortar la carne".

"No, no", dijo Emaús, "no vayas allá, extranjero. Aquí nadie pierde nada con tu presencia. Quédate hasta que el hijo de Odiseo, Telémaco, llegue, y él hará algo por ti. No vayas cerca de los pretendientes. No será uno como tú a quien ellos tomarán como sirviente. Quédate este día con nosotros".

Odiseo no fue a la ciudad, sino que se quedó todo el día con Emaús. Y en la noche, cuando él, Emaús y los jóvenes ayudantes estaban sentados en torno del fuego, Odiseo dijo: "Tú, Emaús, has vagado lejos y has tenido muchas penas. Cuéntanos cómo llegaste a ser un siervo y un criador de chanchos"

LA HISTORIA DE EMAÚS EL CRIADOR DE CERDOS

Dijo Emaús: "Hay una Isla al otro lado de Ortigia. Esa isla tiene dos ciudades, y mi padre reinaba en ambas.

"Llegó a la ciudad donde vivía mi padre, un barco con comerciantes de la tierra de los Fenicios. Entonces yo era un niño y en casa de mi padre había una esclava fenicia que me alimentaba. Una vez, cuando estaba lavando ropa, uno de los marineros del barco fenicio habló con ella y le preguntó si le gustaría volver con ellos a su tierra natal.

"Ella habló al marinero y le contó su historia: 'Soy de Sidón de Fenicia' -le dijo- 'y mi padre se

llamaba Artibás, y era famoso por sus riquezas. Unos piratas me vieron un día cuando cruzaba los campos, y me raptaron, me trajeron aquí y me vendieron al dueño de aquella casa'.

"El marinero le dijo: 'Tu padre y tu madre están aún vivos, lo sé, y no han perdido nada de su riqueza. ¿No te gustaría volver con nosotros y verlos de nuevo?'

"Entonces la mujer hizo jurar a los marineros que la llevarían a salvo a la ciudad de Sidón. Les dijo que cuando el barco estuviera listo, ella bajaría al barco, y traería todo el oro que pudiera agarrar de la casa de su amo, y que también traería al niño que ella estaba alimentando. 'Es un niño muy inteligente, y lo podrán vender como esclavo cuando lleguen a tierra extranjera'.

"Cuando el barco fenicio estuvo listo para partir, los marineros le mandaron un aviso a la mujer. El hombre que trajo el mensaje, trajo también una cadena de oro con perlas de ámbar, para vendérsela a mi madre. Y cuando mi madre y sus sirvientas estaban mirando la cadena, el marinero hizo una señal a la mujer y ella salió, llevándome de la mano.

"El sol se puso y todos los caminos estaban oscuros. Pero la mujer fenicia bajó al puerto y subió a bordo. Y cuando el marinero que había ido a casa de mi padre volvió a bordo, levantaron mástil y velas y zarparon de nuestra tierra. Navegamos lejos y yo quedé con el corazón hecho pedazos. Durante seis días navegamos en el mar, y la mujer murió al séptimo día y su cadáver fue lanzado al mar. El viento y las olas nos trajeron a Ítaca, y allí los hombres me vendieron a Laertes, el padre de Odiseo.

"La mujer de Laertes me trató bondadosamente, y yo crecí con la más joven de sus hijas, la bella Ctímene. Pero Ctímene se fue a Samos, y se casó con uno de los príncipes de esa isla. Después de eso, la esposa de Laertes me mandó a trabajar al campo, pero siempre me trataba cariñosamente. Ahora la esposa de Laertes está muerta - se murió de pesar cuando ya no tuvo más noticias de su hijo único, Odiseo. Laertes aún vive, pero desde la muerte de su noble esposa, nunca sale de casa. Todo el tiempo se sienta al lado del fuego, dicen, y piensa en la desgracia de su hijo, y de cómo derrochan la fortuna de su hijo, y cómo el hijo de su hijo tendrá muy poco que heredar".

Así Odiseo pasó parte de la noche, con Emaús contándole parte de sus viajes y de sus penas. Y mientras hablaban, Telémaco, el hijo de Odiseo llegó a Ítaca en su buen barco. Antinous lo había esperado en vano, y había colocado centinelas para vigilar el paso de su barco; sin embargo, Telémaco logró pasar sin ser visto por sus enemigos. Y habiendo llegado a Ítaca, le pidió a uno de sus camaradas que llevara el barco a la dársena de la ciudad, mientras él iba a otro lugar. Bajándose del barco, llegó donde el sirviente en quién más confiaba: la choza de Emaús, el criador de chanchos.

IX

En la mañana de su cuarto día en Ítaca, cuando él y el cuidador de chanchos cenaban juntos, Odiseo escuchó el sonido de pasos que se acercaban a la cabaña. Los perros bravos estaban afuera y él esperaba escucharlos ladrar al extraño que se acercaba. Ningún sonido llegó de ellos. Entonces vio a un hombre joven llegar a la entrada del patio, y a los perros jugando con él.

Cuando Emaús vio a este joven, se le cayó la olla que estaba llevando, y corriendo hacia él, le besó la cabeza, los ojos y las manos. Mientras lo besaba y lloraba sobre él, lo escuchó decir:

"Telémaco, ¿Has vuelto a nosotros? ¡Tú has aparecido como la luz en la oscuridad! Pensé

que ya no te volveríamos a ver cuando supe que habías tomado un barco para Filos. Entra querido hijo, entra, para poder verte nuevamente en mi casa."

Odiseo levantó la cabeza y miró a su hijo. Como un león puede ver a su cachorro, así miraba Odiseo a Telémaco. Pero ni el criador de cerdos ni Telémaco observaron las miradas de Odiseo.

"He venido a verte, amigo Emaús" -dijo Telémaco- "porque antes de ir a la ciudad, quiero saber si mi madre está aún en la casa de Odiseo, o si alguno de los pretendientes la ha llevado por fin como esposa a su casa"

"Tu madre está aún en la casa de tu padre" -aseguró Emaús. Entonces Telémaco entró. Odiseo, disfrazado de viejo mendigo, se levantó de su asiento, pero el joven le dijo cortésmente: "Quédate sentado, amigo. Ya buscarán otra silla para mí. "

Emaús esparció ramas verdes y colocó un vellón encima, y Telémaco se sentó. Luego Emaús le trajo un plato de comida: torta de avena, carne de cerdo y vino. Mientras comían, el criador de cerdos dijo:

"Tenemos aquí un extranjero que ha viajado por muchos países, y que ha llegado a mi casa como un mendigo. ¿Lo tomarías a tu cargo, Telémaco?"

Dijo Telémaco: "¿Cómo puedo mantener yo a un hombre? No tengo la fuerza para mantener mi propia casa. Pero por este hombre haré lo que pueda. Le daré una manta y un jubón, con zapatos para sus pies y una espada para defenderse, y lo mandaré donde quiera ir. Pero Emaús, no lo voy a enviar cerca de la casa de mi padre. Los pretendientes se ponen más insolentes cada día, y podrían burlarse del extranjero si anda entre ellos".

Entonces dijo Odiseo, hablando por primera vez: "Joven señor, lo que dices me parece extraño. ¿Te sometes voluntariamente a la insolencia en la casa de tu propio padre? Pero a lo mejor la gente de tu ciudad te odia y no desea ayudarte contra tus enemigos. ¡Ay! Sí yo tuviera la juventud como tengo el espíritu, o si yo fuera hijo de Odiseo, iría contra ellos hoy mismo y liquidaría a cada uno de ellos. Preferiría morir en mi propio hogar que ver la vergüenza sobre la que se habla - extranjeros riéndose, sirvientes injuriados y vino y alimentos derrochados"-.

Dijo Telémaco: "La gente de la ciudad no me odia, y me ayudarían si pudieran, pero los cortejantes de mi madre son poderosos hombres que hacen que la gente se atemorice. Y si yo me opusiera, seguro que sería asesinado en la casa de mi padre, porque ¿cómo voy a poder vencer a tantos?".

"¿Qué te gustaría que yo hiciera por ti, Telémaco? -dijo el criador de cerdos. "Yo te pediría que fueras a casa de mi madre, Emaús" -dijo Telémaco- "y le digas que llegué sin novedad de Filos".

Emaús de inmediato se colocó sandalias y tomó su bastón. Le pidió a Telémaco que descansara en la cabaña, dejó el patio y partió a la ciudad.

Telémaco descansó en su asiento y cerró los ojos de cansancio. Él vio -aunque pensó que solamente soñaba- a una mujer que entraba por la reja del patio. Era hermosa, alta y espléndida, y los perros se retiraron agachados y con un gemido. Tocó al mendigo con una vara de oro. Al hacerlo, las señas de la edad y mendicidad desaparecieron de él, y el hombre se irguió con un alto y noble aspecto.

"¿Quién eres tú?" -gritó Telémaco, deteniéndose- "hace un corto rato parecías un anciano mendigo. Ahora apareces como un Rey. ¿Eres acaso uno de esos inmortales?"

Odiseo lo miró y dijo: "Hijo mío, no me hables así a mí. Yo soy Odiseo, tu padre. Después de

mucho sufrir y mucho viajar, he llegado a mi propio país". Besó a su hijo con lágrimas en sus mejillas, y Telémaco arrojó su brazos al cuello de su padre, pero le costaba creer que el padre que había buscado con tanto afán estuviera frente a él.

Pero ya no le quedaron dudas cuando Odiseo le empezó a hablar, y le contó cómo había llegado a Ítaca en un barco que le habían proporcionado los Feacianos, y cómo había traído regalos de bronce y trajes que había escondido en la caverna, y también le contó cómo Pallas Atenea había cambiado su aspecto al de un anciano pordiosero.

Y cuando hubo acabado su historia, dijo: "Ven hijo mío, cuéntame sobre los pretendientes que derrochan los bienes de nuestra casa - dime cuántos son, y quiénes son-, y así prepararemos el modo de tratar con ellos"

"Aunque tú eres un gran guerrero, padre, tú y yo no tenemos esperanza de tratar con ellos. Han venido, no sólo de Ítaca, sino de todas las islas vecinas - de Dulichium y Samos y Zacintus. No podemos luchar con tal banda".

Odiseo dijo: "Haré un plan para tratar con ellos. Anda a casa y mantente en contacto con los pretendientes. Más tarde el criador de cerdos me llevará a la ciudad e iré a la casa con la apariencia de un mendigo y si tú ves que alguno de los pretendientes me trata mal, endurece tu corazón para soportarlo - aunque me arrastren de los pies a la puerta de la casa-, quédate quieto y no dejes que nadie, ni siquiera tu madre Penélope, ni mi padre Laertes, sepa que Odiseo ha regresado".

Telémaco dijo: "Padre mío, pronto sabrás qué espíritu hay en mí, y qué sabiduría tengo".

X

Mientras conversaban, el barco en que Antinous había viajado cuando había ido a esperar a Telémaco, regresó. Los pretendientes se reunieron y debatían si deberían matar a Telémaco, porque veían el peligro que él pudiera movilizar a la gente a su favor, y formar una fuerza que pudiera echar a los pretendientes de Ítaca. Pero no se pusieron de acuerdo en matar a Telémaco en ese momento, porque había uno que estaba contra esa idea.

Emaús trajo las noticias a Telémaco y a Odiseo sobre el regreso del barco de Antinous. Regresó a la cabaña en la tarde. Pallas Atenea había dado nuevamente la apariencia de un mendigo a Odiseo, y el criador de cerdos no notó ninguna diferencia en su huésped.

Ya era tiempo que Telémaco fuera a la ciudad. Se puso las sandalias y tomó su lanza y, hablando al criador de cerdos, le dijo:

"Amigo Emaús, voy ahora a la ciudad a ver a mi madre y a contarle de mis propios labios la historia de mi viaje. Y tengo una orden que darte. Llévate al extranjero a la ciudad, que vaya donde quiera, pidiendo limosna de la gente".

Odiseo, con la apariencia de un mendigo, dijo: "Te lo agradezco, señor Telémaco. No me quedaré aquí, porque no tengo edad para quedarme en la cabaña y el patio, obedeciendo las órdenes de un amo, aunque ese amo sea un hombre tan bueno como tu criador de cerdos. Sigue tu camino, señor Telémaco, y que Emaús, como se lo has pedido, me guíe hasta la ciudad".

Telémaco entonces salió del patio y siguió su camino hasta llegar a la ciudad. Cuando entró a la casa, la primera persona que vio fue a su niñera, la anciana Euricleia, que lo recibió con mucha alegría. A Euricleia le habló del invitado que había venido en su barco, Teoclimenus. Le dijo que el invitado llegaría a la casa ese día, y que debería ser tratado con todo honor y reverencia. Los

pretendientes entraron al salón y lo rodearon, hablándoles bellas palabras. Entonces todos se sentaron a la mesa y Euricleia les sirvió pan de trigo, vino y exquisiteces.

Justo en ese momento Odiseo y Emaús viajaban hacia la ciudad. Odiseo, con la apariencia de un mendigo, tenía un andrajoso saco sobre el hombro y llevaba un bastón que le había dado el criador de cerdos para apoyarse en los terrenos resbalosos. Se fueron por un sendero abrupto y llegaron a un lugar donde brotaba una vertiente cuya agua se acumulaba en una pileta con un altar donde los hombres hacían ofrendas a las ninfas.

Cuando Emaús y Odiseo estaban descansando en la vertiente, llegó un sirviente de la casa de Odiseo. Era un cabrero llamado Melantius. Llevaba un rebaño de cabras para los pretendientes, y cuando vio al criador de cerdos con el que parecía mendigo, gritó:

"Ahora vemos a un vil llevando a otro vil. Dime criador de cerdos: ¿A dónde llevas a ese miserable? Es fácil ver de qué clase de tipo se trata. Es de la clase que se frota los hombros contra los postes de las puertas mendigando sobras. No es bueno para nada más. Pero si me lo das, criador de cerdos, haré que me cuide mis campos, limpie mis pesebres y lleve agua fresca a los cabritos. Yo le daré un plato de cebada. Pero un tipo como ése no desea un trabajo honesto - prefiere haraganear a lo largo del país, llenar su barriga, sin hacer nada por la gente que lo alimenta. Si va a la casa de Odiseo, espero que sea echado de su puerta".

Dijo todo esto mientras llegaba hasta ellos con su rebaño de cabras. Cuando pasó, le dio un puntapié a Odiseo.

Odiseo pensó si debería golpearlo con su bastón o echarlo al suelo, pero endureció su corazón para aguantar el insulto y dejó al cabrero seguir su camino. Pero volviéndose al altar que estaba junto a la vertiente, rezó:

"¡Ninfas de la vertiente! Si Odiseo alguna vez les ha hecho alguna ofrenda, cúmplanme este deseo, que él - Odiseo - pueda llegar a su propia casa y tenga poder para castigar la insolencia que hay en tomo de su casa".

Siguieron caminando, y cuando estaban cerca, escucharon tocar la lira dentro de la casa. Los pretendientes estaban de fiesta en ese momento, y Femius, el bardo, les estaba cantando. Y cuando Odiseo llegó frente a su propia casa, agarró repentinamente la mano del criador de cerdos y dijo:

"Mira ahora, yo, que he viajado por muchas ciudades, he llegado por fin a casa de Odiseo. Ahí está, en pie como siempre, con un edificio tras otro, con sus muros y sus almenas; sus patios y sus puertas. ¡Realmente, la casa de Odiseo! ¡Y mira! Adentro hay gente que no es bienvenida, y se levanta el humo de sus fiestas y se escucha el sonido de la lira que tocan para ellos"

Dijo Emaús: "¿Qué deseas que haga por ti. Amigo? ¿Te llevo al salón frente al grupo de los pretendientes mientras yo me quedo aquí, o deseas que yo entre antes que tú?".

"Prefiero que tú entres primero" -dijo Odiseo.

Cuando pasaban por el patio. Algo hizo que se llenaran de lágrimas los ojos de Odiseo. Un lebrel yacía en el polvo del patio, un lebrel que era muy viejo. Completamente abandonado, yacía entre la suciedad y el polvo, viejo y débil. Pero había sido un famoso lebrel, y Odiseo mismo lo había entrenado antes de partir a la guerra de Troya. Se llamaba Argos. Cuando se le acercó Odiseo, el lebrel Argos lo reconoció, se irguió frente a él, gimió y agachó las orejas, pero no tenía fuerzas para acercársele. Odiseo conocía al lebrel, se detuvo y lo miró: "Un buen lebrel yace ahí" -

dijo a Emaús- "en una época, creo, era tan rápido que ninguna bestia del bosque podía escapársele". Luego siguió caminando y el lebrelo Argos volvió a echarse, y el mismo día se le fue la vida.

Detrás de Emaús el criador de cerdos, entró en su propio salón, con la apariencia de un mendigo, haraposamente vestido, y apoyado en un bastón de anciano. Odiseo miró a los jóvenes señores que cortejaban a su mujer, y se sentó en una orilla y no penetró en el salón.

Telémaco estaba allí. Viendo a Emaús lo llamó y le dio pan y carne y le dijo: "Da esto al extranjero que está en la puerta y di le que puede pasar y pedir limosna a cada uno".

Odiseo comió mientras el bardo terminaba su canción. Cuando terminó, se levantó y entró al salón, pidiendo limosna a cada uno de los cortejantes.

Al verlo, Antinous, el más insolente de los cortejantes, gritó: "Oh notable criador de puercos, ¿por qué trajiste a este tipo? ¿No tenemos suficientes vagabundos? ¿No te importa nada que tipos inútiles vengan aquí a devorar los bienes de tu patrón?"

Oyendo tales palabras de Antinous, Telémaco dijo: "Antinous, veo que cuidas mucho de mí y lo mío, me maravilla que tengas tanto cuidado. Pero ¿harías que echara a un extranjero de la puerta de mi casa? Los dioses prohíben que haga tal cosa. No, Antinous. Que le den al extranjero algo por cuenta de la casa".

"Si toda la gente le da tanto como le doy yo, tendrá razones para no mendigar por tres meses" -dijo Antinous, queriendo decir que le haría algún daño al mendigo.

Odiseo se puso frente a él: "Dicen que eres el más noble de los pretendientes" dijo- "y por esa razón, tu deberías darme algo mejor que lo que los otros me han dado. Mírame, yo también tuve una casa propia, y fui considerado rico entre los hombres, y tenía sirvientes que me atendían. Y muchas veces di la bienvenida a viajeros y les di algo de mis bodegas."

"Quédate lejos de mi mesa, desgraciado" -dijo Antinous.

Entonces dijo Odiseo: "Tienes belleza, señor Antinous, pero no sabiduría. Desde tu propia casa no darías ni un grano de sal a un pordiosero. Y ahora que te sientas a la mesa de otro hombre, tú no eres capaz de dar algo de lo mucho que tienes ante ti."

Así habló Odiseo y Antinous se puso furioso. Tomó una banqueta y con ésta le dio un golpe en la espalda a Odiseo, en la base del hombro derecho. Tal golpe habría derribado a cualquier hombre, pero Odiseo se mantuvo firme ante él.

Telémaco sintió una gran rabia por el golpe que le habían dado a su padre. Pero no dejó caer una sola lágrima de sus ojos, y se sentó muy tranquilo, mascullando en su corazón maldiciones para los pretendientes. Odiseo, después de un rato, levantó su cabeza y dijo:

"Pretendientes de la famosa reina" -dijo- "escuchen lo que el espíritu que hay dentro de mí me pide que les diga. No hay ni dolor ni vergüenza en el golpe que un hombre recibe en una batalla. Pero en el golpe que Antinous me ha dado -un golpe dirigido a un limosnero- hay dolor y hay vergüenza. Y ahora pido al dios que es el vengador de los insultos a los pobres, que le traiga, no una boda a Antinous, sino un presagio de muerte".

"Siéntate allí y come tu comida en paz" -dijo Antinous- "o si no, serás arrastrado de tus tobillos por toda la casa, y te arrancarán la carne de tus huesos".

En ese momento Penélope había entrado al salón. Escuchando que había un extranjero, pidió a Emaús que se lo trajera, para preguntarle si había escuchado algo sobre Odiseo. Emaús le dio el

recado a Odiseo, pero Odiseo dijo: "Emaús, tengo la mejor voluntad de contarle la verdad sobre Odiseo a la hermosa y sabia Penélope, pero ahora no le puedo hablar. Anda y dile que cuando los pretendientes se hayan ido, yo le hablaré, y pídele que me dé un asiento cerca del fuego, para que pueda sentarme y calentarme mientras hablo, porque las ropas que tengo no son confortables. "

Cuando Emaús daba el mensaje a Penélope, uno que estaba ahí, Teoclimenus, el invitado que había llegado en el barco de Telémaco, dijo: "Oh, esposa del famoso Odiseo. Quédate segura que tu señor regresará a casa. Cuando venía en el barco con Telémaco, tu hijo, vi un suceso que es presagio del regreso de Odiseo. Un ave voló desde la derecha, una lechuza. En sus garras llevaba una paloma, la desplumó y echó las plumas al barco. Por lo que conozco de presagios, el señor de esta gran casa, regresará, y golpeará aquí con mucha rabia".

Penélope dejó el salón y se fue a sus dependencias. Luego Emaús se fue a cuidar sus cerdos. Pero los pretendientes seguían festejándose aún, y Odiseo aún seguía sentado ante su propia casa, disfrazado de pordiosero.

XI

Había en Ítaca un pordiosero común; era muy ambicioso, y tenía como apodo Irus, porque acostumbraba llevar recados a los sirvientes de la casa de Odiseo. Llegó en la tarde, y viendo un aparente pordiosero sentado en el umbral, se puso furioso y le gritó:

"Ándate de aquí, antes que te arrastren de la mano o del pie. ¡Mira tú! Desde dentro de la casa los señores me están haciendo señales para que te haga salir. Pero no puedo ni soñar en tocar a alguien como tú. Levántate ahora y ándate, antes que me ponga furioso contigo".

Odiseo lo miró y dijo: "Yo no te he hecho daño ni de hecho ni de palabra, y no codicio nada de lo que tú puedas obtener de esta casa. El umbral es bastante ancho para dos personas".

"¡Qué cosas dice este tipo!" -dijo el mendigo Irus- "habla como un gran señor. No gastaré más palabras en él. Levántate, pesado panzón, y prepárate para pelear, porque le voy a mostrar a los señores que puedo mantener la puerta libre para ellos".

"No me provoques" -dijo Odiseo- "porque viejo como soy, puedo hacerte sangrar".

Pero Irus siguió gritando: "Te sacaré los dientes de tus mandíbulas, te voy a zurrar". Antinous, el más insolente de los pretendientes, vio la riña, y gozó viendo cómo se desafiaban mutuamente. "Amigos" -dijo- "los dioses son buenos con nosotros, y no dejan de enviarnos entretenciones. El mendigo extranjero y nuestro propio Irus se desafían mutuamente. Veamos que no se desistan de luchar. Veamos quién gana".

Todos los pretendientes se agolparon en la entrada y rodearon a los andrajosos. Antinous pensó en hacer más divertida la contienda. "Hay dos grandes pasteles en la despensa" -dijo- "démoselos como premio a estos pugilistas. Vamos Irus. Vamos extranjero. Hay ricos pasteles para el que gane. Ah, y más aún: el que gane tendrá permiso para comer todos los días en este salón, y ningún otro pordiosero será permitido cerca de la casa. Hombres poderosos, a luchar". Se juntaron todos los pretendientes y azuzaban a los hombres para que lucharan.

Odiseo dijo: "Amigos, un viejo como yo no puede pelear con uno que es más joven y capaz."

Pero le gritaron: "Adelante, adelante, métete a la pelea o si no, recibirás azotes". Entonces Odiseo dijo: "Júrenme todos que ninguno de ustedes será parcial a Irus ni que me darán un golpe a mansalva".

Todos los pretendientes gritaron que no favorecerían a Irus ni le darían un golpe a mansalva. Y Telémaco, que estaba presente, dijo, "El hombre que te golpee, tendrá que pedirme autorización".

Inmediatamente Odiseo se sacó los harapos. Cuando sus grandes espaldas, hombros y músculos quedaron a la vista, los pretendientes quedaron sorprendidos e Irus se asustó. Se habría escurrido hacia fuera si Antinous no lo hubiera agarrado y le hubiera dicho, ¡tú, patán, tú!, si no te enfrentas con este hombre, te voy a lanzar a mi barco y enviarte al Rey Echetus, que te cortará las orejas y la nariz y dará tu carne para que se la coman los perros". Tomó a Irus y lo llevó al ring.

Los luchadores se miraron. Pero Odiseo, con las manos en alto, se quedó un rato sin moverse, porque estaba pensando si le daría un golpe suave o fuerte. Le pareció mejor golpearlo suavemente, de modo que su fuerza no se hiciera aparente ante los pretendientes. Irus golpeó primero. Golpeó a Odiseo en el hombro. Luego Odiseo le golpeó en el cuello, justo bajo el oído, y el mendigo cayó al suelo sangrando por la boca y la nariz.

Los pretendientes no tuvieron lástima por Irus. Se reían hasta caerse de espaldas. Entonces Odiseo tomó a Irus de los pies y lo arrastró fuera de la casa y a las rejas del patio. Lo levantó y lo dejó parado contra el muro. Poniéndole el bastón en la mano, le dijo: "Siéntate allí, y espanta a los perros y a los chanchos y no permitas que otro como tú, pretenda mandar a los extranjeros. Algo peor te podría haber sucedido".

Luego volvió al salón, con su saco de mendigo al hombro y sus harapos más rotos que nunca, y cuando los pretendientes lo vieron, estallaron en carcajadas de risa y gritaron:

"Oh, extranjero, quiera Zeus concederte los deseos más queridos de tu corazón. Serás mendigo en Ítaca". Se rieron y rieron de nuevo cuando Antinous trajo el gran pastel de premio al ganador. Odiseo lo tomó de sus manos. Y otro pretendiente brindó por él en una copa de oro, diciendo: "Que vuelvas a ser tú mismo, oh, mendigo, y que la felicidad sea tuya en el futuro".

Mientras esto sucedía, la mujer de Odiseo, Penélope, llamó a Euricleia y le dijo, "Esta tarde entraré al salón de nuestra casa y hablaré con mi hijo Telémaco. Pide a mis dos sirvientas que estén listas para acompañarme, porque no me gusta andar sola entre los pretendientes".

Euricleia fue a decirles eso a las sirvientas, y Penélope se lavó los rastros de lágrimas de su rostro, porque había llorado todo el día. Entonces se sentó a esperar a sus sirvientas. Cuando esperaba cayó en un profundo sueño. Y mientras dormía, la diosa Pallas Atenea le lavó la cara con el Agua de la Belleza, quitó todo signo de cansancio de su cuerpo, y le restauró toda su juventud. El ruido de las voces de las sirvientas que entraban la despertó. Y Penélope se levantó para ir al salón.

Ahora. Cuando entró al salón pasando entre ellos con una sirvienta a cada lado. Los pretendientes estaban admirados porque nunca habían visto a alguien tan bella. Todos quedaron prendados de amor por ella, y cada uno soñaba con poder hacerla su esposa.

Penélope no miró a ninguno de los pretendientes, sino que fue directamente donde su hijo Telémaco, diciéndole:

"Telémaco, he escuchado que un extranjero ha sido maltratado en esta casa. ¿Cómo, hijo mío, has permitido que tal cosa suceda?"

Telémaco dijo: "Mi señora madre, no tienes derecho para estar enojada por lo que sucedió en este salón". Así hablaron uno a otro, madre e hijo. Entonces, uno de los pretendientes, de

nombre Eurimaco, le dijo a Penélope:

"Señora, si además de nosotros, otros pudieran contemplar tu belleza, tantos más pretendientes tendrías mañana".

"No me hables así señor Eurimaco" -dijo Penélope- "no me hables de mi belleza, que se fue por la tristeza que tuve cuando mi señor partió a las guerras de Troya". Odiseo se puso de pie y miró a su mujer que estaba entre los pretendientes. Eurimaco lo vio, y yendo hacia él, dijo: "Extranjero, ¿quieres que te contrate? Si aceptas trabajar en mis tierras, te daré alimentación y ropas. Pero creo que tú sólo has vivido de fraudes y evasivas, y preferirías seguir pidiendo limosnas por todo el país" .

Odiseo, allí parado, le dijo al orgulloso pretendiente: "señor Eurimaco, si hubiera una competencia de trabajo entre nosotros dos, yo sé quien saldría ganando. Me gustaría que ambos estuviéramos juntos con una hoz en la mano y un buen prado para ser segado - entonces competiría contigo desde el amanecer hasta la puesta del sol-. O si hubiera que arar. Entonces verías quien araría por más tiempo y con mejores surcos. O si ambos estuviéramos en una guerra. Entonces veríamos quién estaría al frente de la batalla. Te consideras un gran hombre, pero si Odiseo regresara, esa puerta, ancha como es, se haría angosta para tu huída".

Tan enojado estaba Eurimaco con este discurso, que habría golpeado a Odiseo si Telémaco no hubiera salido de entre los pretendientes, diciendo: "Este hombre no debe ser nuevamente golpeado en este salón. Señores, si han terminado de cenar y ya están listos, regresen a sus casas, y vayan en paz, se lo ruego". Todos quedaron admirados al ver que Telémaco pudiera hablar así. Nadie le respondió. Porque uno dijo: "Lo que dijo es justo. No tenemos nada que decir en contra de eso. Abusar de un extranjero en la casa de Odiseo es una vergüenza. Ahora hagamos un brindis a los dioses con vino y después cada uno se va a su casa".

XII

Odiseo dijo a Telémaco: "Hijo mío, debemos sacar las armas del salón. Descolguémoslas de los muros". Telémaco y su padre sacaron los escudos y cascos y las afiladas lanzas. Entonces dijo Odiseo mientras las sacaban: "Mañana, cuando los pretendientes echen de menos las armas y se pregunten '¿por qué las han sacado?', les contestarás diciendo: "El humo del fuego las ha ennegrecido, y ya no se ven como las que dejó mi padre cuando partió a la guerra de Troya. Además, temo que algún día la gente en el salón se ponga a pelear y tomen las armas con rabia. Ya ha empezado la pelea aquí, y el hierro atrae al hierro, dice la gente."

Telémaco sacó las armas fuera del salón y las ocultó en el aposento de las mujeres. Luego, cuando el salón quedó despejado, fue a su aposento.

Entonces Penélope regresó al salón para hablar con el extranjero. Estaba allí una de sus sirvientas, de nombre Melanto, y le hablaba airadamente. Melanto era orgullosa y de duro corazón, porque Antinous conversaba a menudo con ella. Cuando Penélope llegó. Melanto le estaba justo diciendo:

"Extranjero ¿todavía estás allí, husmeando y espiando a los sirvientes?. Agradece la comida que te han dado y ándate de aquí".

Odiseo, mirándola con dureza, le dijo: "¿Por qué me hablas así? Si ando con ropas raídas y pido limosnas es porque lo necesito. Tiempo atrás tuve una casa con sirvientas y con mucha

riqueza, y los extranjeros que llegaban no eran maltratados".

Penélope llamó a su sirvienta y le dijo: "Tú, Melanto, escuchaste de mis propios labios que yo deseaba hablar con el extranjero para preguntarle si tenía noticias de mi esposo. Por lo tanto, no es correcto que lo trates mal". Le habló a la antigua nodriza que había venido con ella y le dijo: "Euricleia, arrima una banqueta cerca del fuego, con un vellón encima, para que el extranjero se sienta y me cuente su historia".

Euricleia trajo la banqueta y Odiseo se sentó cerca del fuego. Entonces Penélope dijo: "Primero extranjero, cuéntame quién eres, y cuál es tu nombre, tu raza y tu país".

Dijo Odiseo: "Pregúntame todo lo que quieras, pero no me preguntes mi nombre, o raza, o país, para que no llenes mi corazón con más tristeza de la que soy capaz de soportar. Realmente soy un hombre que ha sufrido mucho. Pero, ¿no tienes nada que me puedas contar? Sabemos de ti, Penélope, porque tu fama llega hasta el cielo, y ningún mortal puede encontrar falta en ti".

Entonces Penélope dijo: "Nada malo he hecho desde que mi señor Odiseo salió de este salón hacia las guerras de Troya. Y desde que partió, me han sucedido muchas cosas malas. ¡Ah! Me gustaría que estuviera aquí para cuidarme. Los señores de todas las islas vecinas -Dulichium y Samos y Zacintus- y los señores de la tierra de Ítaca, han venido aquí y me cortejan contra mi voluntad. Devoran las riquezas de esta casa y mi hijo se está empobreciendo.

"Hace tiempo un dios puso en mi mente un ardid para mantener lejos de mí la idea de un matrimonio con alguno de ellos. He empezado una gran tela en mi telar y les he dicho a los cortejantes que posiblemente Odiseo esté muerto, pero deseo que no apresuren este matrimonio conmigo, y que esperen que yo termine la tela que estoy tejiendo. Es un sudario para el padre de Odiseo, y quiero tenerlo para el día que él se muera. No habrá mujer que cuide de Laertes una vez que yo deje la casa de su hijo, y yo no dejaría a tal héroe sin su sudario, no vaya a ser que las mujeres de nuestra tierra me culpen de descuido con el padre de mi esposo en sus últimos días.

"Así hablé, y ellos estuvieron de acuerdo en esperar hasta que la tela estuviera terminada. Tejía durante el día, pero en la noche deshacía el tejido. Así pasaron tres años. Llegó el cuarto año, y mis cortejantes se pusieron muy difíciles. Mis sirvientas traidoras los hicieron pasar cuando estaba deshaciendo la tela. Y ahora no se me ocurre otro plan para detener este casamiento. Mis padres me ordenan elegir a uno de mis pretendientes. Mi hijo no puede tolerar más tiempo el derroche de la fortuna de esta casa y de estos campos y el destrozo de las riquezas que le pertenecen. Él también desea que me case. Y no hay razón para que no me case otra vez, porque con seguridad, Odiseo, mi esposo, está muerto"

Dijo Odiseo: "Tu señor me era conocido. En su viaje a Troya, pasó por mi país, porque el viento lo desvió de su curso, y lo hizo vagar más allá de Melea. Durante doce días se quedó en mi ciudad, y yo lo atendí bien, y vi que nada le faltara, ni ganado, ni vino, ni cebada".

Cuando Odiseo terminó de hablar, el corazón de Penélope estaba conmovido, y las lágrimas corrían por sus mejillas. Odiseo tuvo piedad de su mujer al verla llorar por el hombre que en ese momento estaba sentado a su lado. Las lágrimas también habrían corrido por sus mejillas, pero él era suficientemente fuerte para no dejarlas correr.

Dijo Penélope: "Extranjero, no puedo evitar hacerte preguntas sobre Odiseo. ¿Qué ropa tenía cuando lo viste?"

Dijo Odiseo: "Señora, es difícil recordarlo después de tantos años. Hacen veinte años que

lo vi. Usaba un manto púrpura sujeto con un broche y ese broche tenía grabada la imagen de un lebrele sosteniendo un cervatillo con sus patas delanteras. Toda la gente se maravillaba al ver este broche, porque era de oro, y el cervatillo y el lebrele parecían vivos, y recuerdo que Odiseo tenía un servidor que era algo mayor que su amo, de hombros redondeados, de piel negra y cabellos crespos. Se llamaba Euribates, y Odiseo lo estimaba más que a nadie de su compañía".

Cuando terminó dando estas noticias de Odiseo, Penélope lloró de nuevo, y cuando hubo llorado por un largo rato, le dijo:

"Extranjero, eres bienvenido, pero ahora serás honorablemente recibido en este salón. Me has hablado de la ropa que llevaba Odiseo. Fui yo quien le dio dicha ropa, doblándosela yo misma, y sacándola del aposento. Y fui yo quien le dio el broche que has descrito. ¡Ah, fue un cruel destino que lo alejé de mí, levándolo a Troya, lugar que no quisiera nunca nombrar".

Odiseo se inclinó ante ella y le dijo: "No malgastes tu corazón con llantos sin fin, señora. Cesa de lamentarte y escucha con atención las palabras que te voy a decir. Odiseo está cerca. Ha perdido a todos sus compañeros, y no sabe cómo llegar a este hogar, si abiertamente o en forma furtiva. Lo juro. Por el hogar de Odiseo al cual he venido, juro que Odiseo mismo estará aquí antes que la luna vieja desaparezca y aparezca la luna nueva".

"Ah, no" -dijo Penélope- "a menudo los viajeros me han dicho tales cosas para consolarme, y les he creído. Ahora sé que tus palabras no pueden ser cumplidas. Pero es tiempo que vayas a descansar, extranjero. Mis doncellas harán una cama para ti en el vestíbulo, y luego vendrán a lavarte los pies".

Dijo Odiseo: "Benditas tus doncellas que toquen los pies de un vagabundo como yo. Pero si hay en la casa una anciana que haya sufrido lo que yo he sufrido, me gustaría que ella me lavara los pies".

Dijo Penélope: "Hay una anciana que alimentó y atendió al desdichado Odiseo. Ella lo tomó en sus brazos cuando nació. Euricleia, lava los pies a este hombre, que conoció a tu amo y al mío".

Entonces, la vieja nodriza, Euricleia, juntó agua, tanto fría como caliente y la llevó junto al fogón y parada frente a Odiseo, a la oscilante luz del fogón, dijo: "Voy a lavar tus pies, tanto por complacer a Penélope, como a ti mismo. Mi corazón se ha conmovido al verte. Muchos extranjeros han llegado a este salón, pero nunca había visto a nadie que se pareciera tanto a Odiseo".

Dijo Odiseo: "Mucha gente ha dicho que nos parecemos".
Sus pies estaban en el agua, y Euricleia puso su mano sobre uno de ellos. Cuando hizo esto, Odiseo movió la cara hacia otra parte, hacia la oscuridad, porque de repente se le ocurrió que la vieja Euricleia podría reconocer la cicatriz que tenía en ese pie.

¿Cómo llegó a tener esa cicatriz? Había sido mucho tiempo atrás cuando el colmillo de un jabalí había herido su pie. Odiseo era entonces joven, y había ido al monte Parnaso a visitar a la madre de su padre.

Un día, el joven Odiseo había ido con sus tíos a las faldas del monte Parnaso a cazar con lebreles. En el espeso matorral había un enorme jabalí. Cuando sintió los pasos de los hombres, el jabalí se plantó, con ojos brillantes, delante de ellos. Odiseo, con la lanza en la mano, corrió hacia él. Pero antes que pudiera herirlo, el jabalí cargó, hundiéndolo su colmillo profundamente en su piel. Odiseo le hundió la lanza en el hombro y lo mató. Sus tíos le vendaron la herida y se quedó con ellos en el monte Parnaso, en casa de su abuelo, hasta que se curó de la herida.

Y ahora, cuando Euricleia le pasaba la mano, le soltó el pie bruscamente. Su rodilla se golpeó contra el baño y dio vuelta la jarra de agua. La nodriza tocó el mentón de Odiseo y le dijo: 'Tú eres Odiseo'.

La nodriza miró hacia donde estaba Penélope para hacerle una señal, pero Penélope miraba para otro lado. Odiseo puso su mano en la boca de Euricleia, y con la otra la acercó a él.

"Mujer" -le dijo- "No digas nada; calla, no vaya a ser que mis enemigos sepan lo que tú sabes ahora".

"Me quedaré callada" -dijo la nodriza Euricleia- "tú me conoces, soy firme y no cedo, y por ningún signo daré a conocer que has regresado a tu hogar".

Así diciendo, salió del salón a buscar agua para reemplazar la que había derramado. Regresó y terminó de lavar sus pies. Entonces Odiseo arregló los harapos en su pie para tapar la herida y movió la banqueta más cerca del fuego.

Penélope se volvió hacia él otra vez. "Eres sabio, huésped mío" -le dijo- "y podríais ser justo el hombre que sepa interpretar un sueño que me viene constantemente. Tengo veinte gansos en el patio exterior. En mis sueños los veo, y entonces una gran águila baja desde las montañas, les rompe el cuello y los mata a todos, y los amontona en este salón. Yo lloro y me lamento por mis gansos, pero el águila regresa y parada en una viga del techo, me dice con voz de hombre: "Sé valiente, esposa de Odiseo, esto no es un sueño, sino una visión real. Porque estos gansos que tú has visto, son tus pretendientes, y yo, que aparezco como un águila, soy tu esposo, que le traeré la muerte a tus pretendientes". Entonces termina mi sueño, me despierto y a la luz del día, veo a mis gansos en el patio, comiendo el trigo del comedero. ¿Puedes interpretar este sueño.?"

"Señora" -dijo Odiseo- "los sueños se interpretan por sí solos. Todo sucederá como lo has soñado".

"Ah" -dijo Penélope- "pero no puede ser ahora, porque el día de mi infortunio está próximo. Mis parientes me obligan a elegir esposo entre mis pretendientes, y a salir de casa de Odiseo".

"¿y cómo elegirás entre ellos?" -dijo Odiseo-

"De este modo haré mi elección" -dijo Penélope- "el gran arco de mi esposo está aún en casa. Aquel que pueda doblar el arco y disparar una flecha a través de los agujeros hechos en los mangos de doce hachas colocadas una tras otra, ese será elegido como mi esposo".

Dijo Odiseo: "Tu idea es buena, Penélope, y algún dios te ha inspirado a hacerlo así. Pero no retrases más la competencia del arco. Que sea mañana".

"¿Es ése tu consejo, Oh, extranjero?" -dijo Penélope.

"Es mi consejo," -dijo Odiseo.

"Te agradezco el consejo" -dijo ella. "Y ahora, hasta luego, debo ir a mi descanso. Y quédate en el vestíbulo, en la cama que te han preparado".

Así habló Penélope, y luego se fue a sus aposentos con sus sirvientas. Y en su cama repensó todo lo que el extranjero le había dicho sobre Odiseo, y volvió a llorar por él.

XIII

Odiseo estuvo despierto toda la noche, dándose vueltas de un lado a otro, meditando sobre cómo podría matar a los pretendientes y salvar su casa de ellos. Tan pronto como amaneció, salió al aire libre, y levantando las manos, rezó a Zeus, el más grande de todos los dioses, para recibir

algún signo sobre si saldría victorioso o si encontraría la derrota.

Y entonces, cuando entraba de nuevo a la casa oyó la voz de una mujer que molía cebada entre dos piedras. Era una de doce mujeres, pero las otras se habían quedado dormidas entre las piedras del molino. La que trabajaba era una desvalida anciana, toda cubierta con el polvo de los granos. Odiseo se le acercó y ella levantó sus manos y rezó con una débil voz:

"¡Oh, Zeus, por muy miserable que yo sea, escúchame esta plegaria! ¡Has que sea éste el último día en que los pretendientes celebren banquetes en casa de Odiseo! Se me han soltado las rodillas con el cruel trabajo que me obligan a hacer al moler la cebada para el pan que ellos comen. ¡Oh, Zeus, que esto termine hoy!"

Así habló la molinera, y Odiseo traspasó el umbral. Estaba feliz de escuchar esa plegaria, porque le pareció un presagio de Zeus, y que la venganza pronto caería sobre los orgullosos y despiadados hombres que derrochaban las riquezas de la casa y oprimían a los sirvientes.

Y entonces las sirvientas entraron al salón desde el departamento de las mujeres. Algunas limpiaban las mesas mientras otras tomaban jarras e iban a la fuente a buscar agua. Los mozos entraron y cortaron leña para el fuego. Otros sirvientes entraron al patio; Emaús el cuidador de cerdos, traía cerditos gordos -lo mejor de su rebaño- y Filoteo, el ganadero, traía un ternero. El cabrero Melanto, el mismo que Odiseo y Emaús habían encontrado en el camino el día anterior, también llegó trayendo las mejores cabras de su rebaño para el banquete de los pretendientes.

Cuando el cuidador de ganado, Filoteo, vio al extranjero disfrazado de mendigo, lo llamó mientras entraba su ternero al patio: "¡Hola, amigo extranjero! Mis ojos se llenan de lágrimas cuando te miro. Siempre, aunque vestido de harapos, me haces recordar a mi amo Odiseo, que puede estar vagando como tú, en tierras hostiles. ¡Ah, ojalá llegara y echara a los pretendientes de este salón!". Emaús, el criador de cerdos, se acercó a Filoteo e hizo el mismo ruego. Estos dos más la vieja molinera, fueron los únicos sirvientes a los que les escuchó rogar por su regreso.

Y entonces los pretendientes empezaron a llegar al salón. Filoteo, el cuidador de ganado y Melanto, el mal cabrero, estaban entre ellos repartiéndoles pan, carne y vino. Odiseo se quedó fuera del salón hasta que Telémaco fue a buscarlo y lo hizo entrar .

Había entre los pretendientes un hombre llamado Ctesipo, y era el más rudo y fuerte de todos. Cuando vio que Telémaco traía a Odiseo, gritó: "Aquí hay un huésped de Telémaco a quien le debemos hacer algún regalo hoy. Sería inapropiado si no consiguiera nada hoy. Por eso, voy a otorgarle esto como muestra".

Diciendo esto, Ctesipo tomó una pata de buey y se la lanzó a Odiseo. Odiseo se echó para atrás y la pata le pegó al muro. Entonces Odiseo le sonrió torvamente a los pretendientes.

Dijo Telémaco: "Realmente, Ctesipo, ese lanzamiento te ha resultado afortunado. Porque si hubieras dado en el blanco, habría una ceremonia fúnebre en lugar de un matrimonio en la casa de tu padre. Yo mismo te habría atravesado con mi lanza".

Todos los pretendientes se quedaron en silencio cuando Telémaco dijo estas palabras. Pero pronto se largaron a reír por algo que uno de ellos dijo. El invitado del barco de Telémaco, Teoclimeno, estaba ahí, y empezó a levantarse para salir del salón.

"¿Por qué te vas, huésped mío? -dijo Telémaco.

"Veo los muros y las vigas del techo chorreados de sangre" -dijo Teoclimeno, el hombre clarividente- "escucho la voz del llanto; veo mejillas mojadas de lágrimas; los hombres frente a mí

tienen mortajas sobre ellos; el patio está lleno de fantasmas" .

Así habló Teoclimeno, y todos los pretendientes se rieron del adivino que caminaba dando tumbos en el salón como si estuviera en la oscuridad. Entonces, uno de los pretendientes dijo: "Guíen a este hombre fuera de la casa, porque seguro que no sabe distinguir el día de la noche".

"Me iré de este lugar," -dijo Teoclimeno- "veo aproximarse a la muerte. Nadie de este grupo podrá evitarla".

Así diciendo, el adivino salió del salón. Los pretendientes se miraron y se volvieron a reír, y uno de ellos dijo:

"Telémaco no tiene suerte con sus invitados. Uno es un sucio limosnero, que sólo piensa en lo que pueda llevar de la mano a la boca, y el otro quiere pararse aquí y jugar al adivino". Así hablaban los pretendientes en son de burla, pero ni Telémaco ni Odiseo prestaron atención a sus palabras, porque sus mentes estaban ocupadas pensando en el momento de la venganza.

XIV

En la cámara de los tesoros de la casa de Odiseo se guardaba un gran arco. Ese arco se lo había dado hacía mucho tiempo, un héroe llamado Hito. Odiseo no se lo había llevado al partir a la guerra de Troya.

Penélope fue a la cámara de los tesoros. Llevaba en su mano la gran llave que abría las puertas -una llave toda de bronce con un mango de marfil-. Cuando introdujo la llave en la cerradura, las puertas gruñeron como gruñe un toro. Entró y vio el gran arco en su percha. Lo bajó y lo colocó en sus rodillas, y pensó largo rato en el hombre que lo había tensado.

Al lado del arco había muchas flechas con contrapesos de bronce en un carcaj. Las sirvientas tomaron el carcaj y Penélope el arco, y se fueron desde la sala del tesoro al salón donde estaban los pretendientes.

Cuando entró, les habló a los pretendientes diciendo: "Señores de Ítaca y de las islas vecinas: Han venido aquí, cada uno deseando casarse conmigo. Ha llegado el momento en que yo elija a uno de ustedes. Yo haré la elección de este modo":

"Este es el arco de Odiseo, mi señor que ya no está. Aquél que sea capaz de tensar este arco y disparar una flecha que atraviese los agujeros de los mangos de doce hachas que colocaré en forma adecuada, con él me casaré, y a su casa me iré, abandonando la casa de mi matrimonio, esta casa tan llena de tesoros y riquezas, esta casa que recordaré en mis sueños".

Mientras hablaba, Telémaco tomó las doce hachas y las puso paradas en una línea recta, de modo que se pudiera disparar una flecha que pasara por el agujero de cada hacha. Entonces Emaús, el viejo cuidador de cerdos, tomó el arco de Odiseo y lo puso frente a los pretendientes.

Uno de los pretendientes tomó el arco y trató de tensarlo, pero no pudo, y lo dejó a la salida de la puerta, con la flecha al lado. Los otros tomaron el arco, lo calentaron al fuego, y lo untaron con grasa para hacerlo más dúctil. Mientras hacían esto, Emaús, el criador de cerdos y Filoteo, el guardador de ganado, salieron del salón.

Odiseo los siguió al patio. Puso las manos en cada uno de ellos y dijo: "Cuidador de cerdos y cuidador de ganado, tengo algo que decirles, pero ¿lo mantendrán en secreto? Y además, ¿qué harían ,para ayudar a Odiseo si regresara? ¿Estarían de parte de él o de los pretendientes? Respóndanme con toda franqueza".

Respondió Filoteo, el cuidador de ganado: "¡Que Zeus cumpla mi deseo y traiga de vuelta a Odiseo! Entonces tú sabrás de parte de quién estoy." Y Emaús dijo: "Si Odiseo regresa, estaré de su lado, y eso con toda mi fuerza".

Cuando hubieron dicho eso, Odiseo se descubrió. Levantando su mano al cielo, dijo: "Yo soy su patrón, Odiseo. Después de veinte años he vuelto a mi propio país, y encuentro que de todos mis sirvientes, sólo ustedes dos deseaban mi regreso. Si desean ver algo que les convenza que soy Odiseo, miren mi pie, aquí está la marca que me dejó el jabalí en los días de mi juventud".

De inmediato se sacó los harapos de la cicatriz, y el criador de cerdos y el cuidador de ganado la vieron y lo reconocieron. Sabiendo que era realmente Odiseo, lo abrazaron y le besaron en la cabeza y en los hombros. Y Odiseo se conmovió con sus lágrimas, y besó sus cabezas y sus manos. Cuando regresaban al salón, le dijo a Emaús que le trajera el arco cuando lo paseaba por el salón. Le pidió también que le ordenara a Euricleia, la fiel nodriza, que cerrara las puertas hacia el aposento de las mujeres al final del salón, y que le pidiera que, aunque sintieran gruñidos y estrépitos, que no entraran al salón. Y le encargó al cuidador de ganado Filoteo, que cerrara las puertas del patio.

Cuando entró al salón uno de los pretendientes, Eurimaco, estaba tratando de tensar el arco. Mientras trataba de hacerlo, gruñó en voz alta:

"No gruño porque no me pueda casar con Penélope, sino porque nosotros, los jóvenes de hoy, somos más débiles que Odiseo, cuyo arco no podemos tensar".

Entonces Antinous, el más orgulloso de los pretendientes, contestó diciendo:

"¿Por qué luchamos por tensar el arco hoy?' No, dejemos el arco a un lado, Eurimaco, y dejemos que los servidores de vino nos llenen las copas. En la mañana haremos sacrificios al dios de los arcos, y rogaremos para que el arco se tense en alguna de nuestras manos".

Entonces Odiseo se adelantó y dijo: "Señores, hacen bien en dejar el arco por hoy. Pero ¿no pondrían el arco en mis manos, para que yo trate de tensarlo y yo pueda juzgar si me queda algo de la fuerza que tenía antes?"

Todos los pretendientes estaban furiosos porque un aparente mendigo osara tensar el arco; lo que ninguno de ellos había podido hacer. Antinous le habló insolentemente diciendo: "¡Tú desgraciado pordiosero! ¿No es suficiente que te permitan entrar a este gran salón a recoger las sobras, sino que además te permites escuchar nuestra conversación? Si tú llegaras a tensar ese arco, te cortaremos en pedazos, te lo prometo. Te colocaremos en un barco y te enviaremos al Rey Echetus, que te cortará en pedazos y dará tu carne a los lebreles".

El viejo Emaús tomó el arco. Cuando iba con éste hacia Odiseo, uno de ellos le gritó: "¿Dónde vas con ese arco, loco? Ponlo abajo" Emaús se confundió con esos gritos, y dejó el arco en el piso.

Entonces Telémaco le dijo: "Emaús, ten cuidado con ser el hombre que sirve a muchos amos". Emaús, al escuchar estas palabras, lo tomó de nuevo y se lo llevó a Odiseo, poniéndolo en sus manos.

Mientras Odiseo se paraba en la entrada del salón con el arco en sus manos, y las flechas desparramadas a sus pies, Emaús fue donde Euricleia y le ordenó cerrar la puerta del aposento de las mujeres. Entonces Filoteo, el cuidador de ganado, salió del salón y cerró las rejas que conducían al patio.

Por un largo momento se quedó con el arco en sus manos, tocándolo como el bardo maneja

la lira cuando estira una cuerda o aprieta una clavija. Entonces tensó el gran arco; lo logró sin hacer ningún esfuerzo, y cuando tocó la cuerda del arco, ésta hizo un sonido como el llanto de una paloma. Los pretendientes, al verlo tensar el arco, sintieron, todos ellos, un agudo dolor en el corazón. Vieron a Odiseo tomar una flecha y colocarla en la cuerda, y estirándola, disparar justo entre los agujeros de los mangos de las doce hachas.

Entonces, mientras Emaús levantaba las hachas y las sacaba afuera, Odiseo dijo: "Tú ves, Señor Telémaco, que tu huésped no te avergüenza con falsos alardes. He tensado el arco de Odiseo y he lanzado la flecha en el justo lugar. Pero ha llegado el momento de dar la fiesta a los señores que pretenden a tu señora madre. Mientras aún hay luz, el banquete debe serles servido, y con el banquete deben tener música y danza".

Diciendo esto, hizo una señal a Telémaco, frunciendo sus terribles cejas. Telémaco instantáneamente ciñó su espada y tomó su lanza. Afuera se sintió el trueno de Zeus, y ahora Odiseo se sacó los harapos y se quedó rígido, con aspecto de señor de los hombres, el poderoso arco en sus manos, y a sus pies muchas flechas con contrapesos de bronce.

XV

"Ha terminado" -dijo Odiseo- mi prueba ha terminado, Ahora haré otra marca". Diciendo esto, puso la flecha con contrapeso de bronce en la cuerda del arco y le disparó al primero de sus enemigos.

Fue a Antinous a quien le apuntó con la flecha; a Antinous que aún estaba levantando la copa llena de vino y que estaba sonriendo, con la muerte lejos de sus pensamientos. Odiseo le apuntó a la garganta y la punta le pasó limpia a través del cuello, la copa de vino cayó de sus manos y Antinous cayó muerto a lo largo de la mesa. Entonces todos los pretendientes lanzaron un grito, amenazando a Odiseo por tirar una flecha perdida. No se les ocurría pensar que este extranjero-pordiosero hubiera disparado a matar a Antinous. Pero Odiseo les respondió con un grito: "Ustedes, perros, ustedes que decían que Odiseo jamás regresaría a su hogar, ustedes, que derrocharon mis riquezas, inquietaron a mi esposa e injuriaron a mis sirvientes, ustedes que no mostraron tener miedo al cielo, ni al justo juicio de los hombres; vean el regreso de Odiseo, y sepan que les ha llegado la hora de morir".

Entonces Eurimaco gritó: "Amigos, este hombre no mantendrá quieta su mano, ni cesará de dispararnos con el arco hasta que nos mate a todos. Debemos librar una batalla contra él. Saquen las espadas, levanten las mesas como escudos frente a ustedes, y avancen contra él".

Pero mientras hablaba, Odiseo, con un terrible grito, le disparó una flecha que le atravesó el pecho. Soltó la espada y cayó muerto al suelo.

Uno de la banda corrió hacia Odiseo con la espada en la mano. Pero Telémaco estaba atento, y le tiró la lanza entre los hombros. Entonces Telémaco corrió rápidamente a la pieza donde estaban las armas y las armaduras. El criador de cerdos y el cuidador de ganado se le unieron y todos se pusieron las armaduras. Odiseo, mientras le quedaban flechas para defenderse, siguió disparando y matando pretendientes. Cuando se le acabaron las flechas, se puso el casco en la cabeza y tomó el escudo que le pasó Telémaco y las dos grandes lanzas.

Pero ahora Melanto, el cabrero -que era enemigo de Odiseo- fue a la cámara donde se guardaban las armas, y trajo lanzas, escudos y cascos, y se las dio a los pretendientes. Viendo que

el cabrero volvía por más armas, Telémaco y Emaús se lanzaron a la cámara, lo alcanzaron y lo amarraron con un cordel, y lo arrastraron hasta cerca de las vigas del techo, y allí lo dejaron colgado. Luego cerraron y sellaron la puerta, y se quedaron de guardia.

Muchos de los pretendientes yacían muertos en el suelo del salón. Entonces, uno llamado Agelao, avanzó y le pidió a los pretendientes que tiraran lanzadas a Odiseo, pero ninguna de las lanzas lo alcanzaron porque sabía cómo evitarlas.

Entonces Odiseo le ordenó a Telémaco, a Emaús y a Filoto que dispararan sus lanzas. Cuando las lanzaron, junto con Odiseo, cada uno alcanzó a un pretendiente y los cuatro cayeron. Y nuevamente Odiseo les ordenó disparar las lanzas, y nuevamente alcanzaron a sus enemigos. Persiguieron de un lado a otro del salón a los que quedaban, y los mataron a todos.

Enseguida se abrieron las puertas del departamento de las mujeres, y apareció Euricleia. Vio a Odiseo de pie entre los cuerpos de los muertos cubiertos de sangre. Habría lanzado un grito de victoria si Odiseo no le hubiera pedido calma. "Alégrate dentro de tu corazón," -le dijo- "pero no grites fuerte, porque no es una cosa santa hacerlo sobre hombres que yacen muertos. A estos hombres los han vencido los dioses, debido a sus duros e injustos corazones".

Mientras hablaba, las mujeres salieron de sus aposentos, llevando antorchas en sus manos. Cayeron sobre Odiseo y lo abrazaron y besaron sus manos. Le vino un gran deseo de llorar, porque a cada una de las sirvientas que estaban allí las recordaba desde muchos años.

XVI

Euricleia, la anciana nodriza, fue a la cámara superior, donde Penélope yacía en su cama. Se inclinó sobre ella y le dijo: "Despiértate Penélope, querida niña. Baja y ve con tus propios ojos lo que ha pasado. Los pretendientes han sido derrotados. Y aquél a quién tú tanto deseabas ver, ha regresado. Odiseo, tu esposo ha retornado. Ha matado a los orgullosos pretendientes que te han maltratado por tanto tiempo".

Pero Penélope sólo miró a la nodriza, porque creyó que su cerebro estaba trastornado.

Nuevamente Euricleia seguía diciendo: "Es verdad que Odiseo está aquí, es el huésped que los pretendientes trataron tan mal en el salón".

Al escuchar estas palabras de Euricleia, Penélope saltó de la cama y le puso los brazos al cuello. "Oh, dime -si lo que dices es verdad- dime cómo el extranjero mató a los pretendientes, que eran tantos".

"Yo no vi la matanza" -dijo Euricleia- "pero escuché los lamentos de los hombres cuando eran muertos. Y después vi a Odiseo de pie entre muchos muertos, y mi corazón se sintió confortado al verlo allí como un león arrogante. Ven conmigo ahora, señora, para que ambos se sientan confortados -ustedes que han sufrido tanto-. Tu señor ha regresado vivo a su propio hogar, y ha encontrado a su esposa y a su hijo vivos y bien".

"¡Ah, no!" - dijo Penélope- "Ah no, Odiseo no ha regresado; el que ha muerto a los pretendientes es uno de los dioses inmortales, que ha venido a castigarlos por su maldad y dureza de corazón. Odiseo hace mucho tiempo que perdió el camino de regreso, y yace muerto en alguna tierra lejana".

"No, no" -dijo Euricleia- "te puedo demostrar que es realmente Odiseo el que está en el salón. En su pie está la cicatriz que le hizo hace tiempo el colmillo de un jabalí. Se la vi anoche cuando le

estuve lavando los pies. Te lo habría dicho anoche mismo, pero me puso una mano en la boca para que no hablara. Caramba, apuesto por mi vida que es él y no otro el que está abajo en el salón".

Así diciendo, tomó a Penélope de la mano y la llevó del aposento superior al salón. Odiseo estaba parado cerca de una alta columna. Allí esperó que su esposa llegara y le hablara. Pero Penélope se quedó inmóvil, lo miró largo rato, y no dio ningún paso hacia él.

Entonces, Telémaco dijo: "Madre, ¿es que se te ha puesto tan duro el corazón? Aquí está mi padre, y tú no vas donde él ni le preguntas nada".

Dijo Penélope: "Mi mente está atónita, y no tengo energías para hablar, ni para preguntarle nada, ni siquiera para mirarlo a la cara. Si es realmente Odiseo quien ha llegado a su casa, hay que prepararle un lugar"

Entonces Odiseo habló a Telémaco y dijo: "Anda ahora al baño y lávate las manchas de la batalla. Yo me quedaré a hablar con tu señora madre".

"Extraña señora" -le dijo a Penélope- "¿tan endurecido está tu corazón?"

Ninguna mujer en el mundo, pienso yo, se quedaría tan lejos de su esposo quien, después de muchos sufrimientos y mucho esfuerzo, regresa después de veinte años a su hogar. ¿No hay lugar para mí aquí y debo dormir otra vez en la cama del extranjero?"

Dijo Penélope: "No dormirás en la cama del extranjero, mi señor. Ven Euricleia. Prepara para él su propia cama fuera de su aposento."

Entonces Odiseo le dijo con ira: "¿Cómo es eso que mi cama puede ser movida de aquí para allá?" Una cama así no es la que yo construí para mí. ¿No sabes cómo construí mi cama? Primero, había en el patio un olivo. En torno de ese olivo construí una cámara, le puse un buen techo y le puse puertas. Entonces corté todas las ramas pequeñas y labré el tronco con una azuela transformándolo en el pilar de la cama. Partiendo de éste, elaboré una cama, y cuando la terminé, la alhajé con plata y marfil. Esa es la cama que me hice, y esa cama no puede ser movida de un lado para otro" .

Entonces supo con seguridad absoluta que el hombre que estaba frente a ella era realmente su esposo, el resuelto Odiseo - nadie más sabía dónde estaba su cama y cómo había sido construida-.

Penélope se largó a llorar y se echó con sus brazos al cuello de Odiseo.

"Oh Odiseo, mi señor" -dijo- "no te enojas con tu esposa. Siempre temía que algún extranjero malvado podría llegar diciendo que era Odiseo, y que yo debería aceptarlo como esposo. ¡Qué terrible habría sido tal cosa! Pero ahora mi corazón no tiene dudas. No estés enojado conmigo, Odiseo, por no echarme en tus brazos, como lo hicieron las mujeres de esta casa".

Ambos lloraron juntos, y Penélope dijo: "Los dioses son los que nos han hecho esto, Odiseo -los dioses que nos envidiaban la felicidad que teníamos en los días de nuestra juventud"-.

Después hablaron de las cosas que pasaron durante los veinte años en que estuvieron separados; Odiseo habló de sus propios tormentos y tristezas, y Penélope, sobre lo que había sufrido con las impertinencias de los pretendientes. Y mientras se contaban historias uno al otro, les llegó el sueño, y el amanecer los encontró durmiendo juntos.

XVII

Y aún había muchos peligros que afrontar. Los pretendientes que Odiseo había matado eran los más ricos y poderosos de los señores de Ítaca y de las islas vecinas; todos ellos tenían padres y hermanos que deseaban vengarse del que había muerto a su pariente .

Antes que nadie en la ciudad supiera que había regresado, Odiseo fue a la granja donde residía Laertes, su anciano padre. Cuando se acercaba, divisó a un anciano trabajando en la viña, excavando en tomo de una planta. Cuando llegó a su lado, vio que no era ni un esclavo ni un sirviente, sino Laertes, su anciano padre.

Cuando lo vio, agotado por la edad y por falta de cuidado, Odiseo se detuvo, apoyando la mano en un peral, con tristeza en el corazón. El viejo Laertes mantenía la cabeza inclinada y siguió cavando en el suelo porque no vio a Odiseo hasta que éste se paró al frente y le dijo:

"Anciano, cuidas bien de tu jardín, y todo florece a tu alrededor: la higuera, la vid, el olivo y el peral. Pero a la vista de un extraño, tu propia persona no está bien cuidada" .

"¿Quién eres tú que me habla así?" -dijo Laertes levantando la cabeza.

"Soy un extranjero en Ítaca" -dijo Odiseo- " y busco a un hombre que hace mucho tiempo traté bondadosamente en mis tierras; un hombre cuyo nombre era Odiseo. El era un extranjero que llegó hasta mí y me dijo que era de Ítaca y que algún día me devolvería las atenciones que yo le había hecho. No sé si ese hombre aún sigue vivo".

El anciano Laertes lloró frente a Odiseo. "Ah" -dijo- "si tú lo hubieras encontrado aquí, las atenciones que le hiciste no habrían sido en vano. Habrías recibido verdadera hospitalidad de Odiseo, mi hijo. Pero él ha perecido -ha perecido lejos de su tierra, y su madre no pudo llorar sobre su cuerpo, ni su esposa, ni yo, su padre"-.

Así habló y entonces tomó tierra del suelo y se la colocó en la cabeza en señal de dolor. El corazón de Odiseo se conmovió de pena. Saltó adelante y abrazó el cuello de su padre, y besándolo le dijo:

"Mira, estoy aquí, soy yo, tu hijo, padre mío. Yo, Odiseo, he regresado a mi propio país. Cesa en tus lamentaciones hasta que te cuente las cosas que han sucedido. He matado a los pretendientes de mi mujer en el salón de mi casa, y he vengado todas sus injurias y todas sus maldades. ¿No lo crees, padre mío? Entonces mira lo que te voy a mostrar. Mira en mi pie la marca del colmillo del jabalí - allí está desde los días de mi juventud".

Laertes miró al pie desnudo, y vio la cicatriz, pero aún su mente estaba nublada por las dudas. Pero entonces Odiseo lo llevó por el jardín, y le indicó los árboles frutales que Laertes había plantado para Odiseo cuando era un niño que seguía a su padre por el jardín - trece perales, diez manzanos y cuarenta higueras.

Cuando Odiseo le mostró esto, Laertes comprendió que realmente era su hijo quien estaba frente a él; su hijo, que había regresado después de errar por veinte años. Le lanzó sus brazos al cuello, y Odiseo lo tomó desmayado en sus brazos y lo llevó a la casa.

En la casa estaban Telémaco, Emaús el criador de cerdos y Filoto el cuidador de ganado. Todos le dieron la mano a Laertes y sus palabras le levantaron el espíritu. Entonces le dieron un baño, y al salir del baño lo frotaron con aceite de oliva, y se veía sano y fuerte. Odiseo le dijo: "Padre, seguro que algún dios te ha hecho mejor y más grande de lo que eras hace un rato".

Dijo el viejo héroe Laertes: "Ah, hijo mío, si pudiera tener la fuerza que tenía cuando, mucho antes que tú nacieras, conquisté el castillo de Nerico, allá en tierra firme. Con esa fuerza y la cota de malla sobre mis hombros, me habría gustado estar contigo ayer, cuando luchabas con los pretendientes".

Mientras hablaban así, el rumor de la muerte de los pretendientes se esparció por la ciudad. Entonces los parientes de los hombres muertos fueron al patio de la casa de Odiseo, y se llevaron los cuerpos. Los que pertenecían a Ítaca fueron enterrados, y los de las islas fueron colocados en barcos y enviados con pescadores a sus respectivos lugares. Muchos estaban furiosos con Odiseo por la muerte de algún amigo. El más enojado era Eupeito, el padre de Antinous.

Hubo una asamblea con los hombres del país, y Eupeito habló en ella. Todos los que asistieron le tuvieron piedad. Él contó cómo Odiseo se había llevado en sus barcos a los mejores hombres de Ítaca, y los había perdido. Y les contó que cuando Odiseo regresó, mató a los hombres más nobles de Ítaca y de las islas vecinas en su propio salón. Pidió matar a Odiseo, diciendo: "si no nos vengamos por la muerte de nuestros parientes, seremos tratados como cobardes para siempre, y para mí, la vida ya no será deseable. Más bien muero y me quedo con los que han partido. Ahora ataquemos a Odiseo y a sus seguidores antes que tomen un barco y huyan por el mar."

Muchos de los asistentes a la asamblea se pusieron las armaduras y siguieron al viejo Eupeito. Y cuando cruzaban la ciudad, se encontraron con Odiseo y sus acompañantes que regresaban de la casa de Laertes.

Cuando los dos bandos se encontraban cerca - Odiseo con Telémaco y Laertes; con el cuidador de cerdos y el cuidador de ganado; con Dolio, el sirviente de Laertes y los seis hijos de Dolio - y Eupeito con sus amigos - una gran figura apareció en el medio. Era la figura de una mujer alta, hermosa y espléndida. Odiseo la reconoció como la diosa Pallas Atenea.

"Detengan sus manos antes de iniciar una lucha terrible, hombres de Ítaca" dijo la diosa con una voz terrible. Inmediatamente cayeron las armas de manos de los hombres. Entonces la diosa los reunió y los hizo convenir que todo hecho de sangre y agravios pasados fueran olvidados, y que Odiseo gobernara en paz, como Rey de Ítaca.

Así termina la historia de Odiseo, que fue con el Rey Agamenón a la guerra de Troya; que llevó a cabo el plan del Caballo de Madera, por medio del cual la ciudad fue finalmente conquistada; que perdió el camino de regreso y llegó a la Tierra de los comedores de loto; que llegó a la terrible tierra de los Cíclopes, a la isla de Eolo y a la casa de Circe, la Hechicera; que escuchó el canto de las Sirenas, y llegó a las Rocas Vagabundas, y a la terrible Charibdis y a Scilla, al pasar la cual, ningún otro hombre ha salido indemne; quien desembarcó en la isla donde pasta el Ganado del Sol; quien estuvo en Ogigia, el hogar de la ninfa Calypso. Así termina la historia de Odiseo, que habría sido hecho inmortal por Calypso y no habría envejecido si no hubiera preferido volver a su hogar y a su tierra.

Y a pesar de sus tribulaciones y sufrimientos, fue afortunado, porque encontró a una esposa fiel, a un hijo cumplidor y a un padre aún vivo que lloró por él.

Aportación de Carlos M.